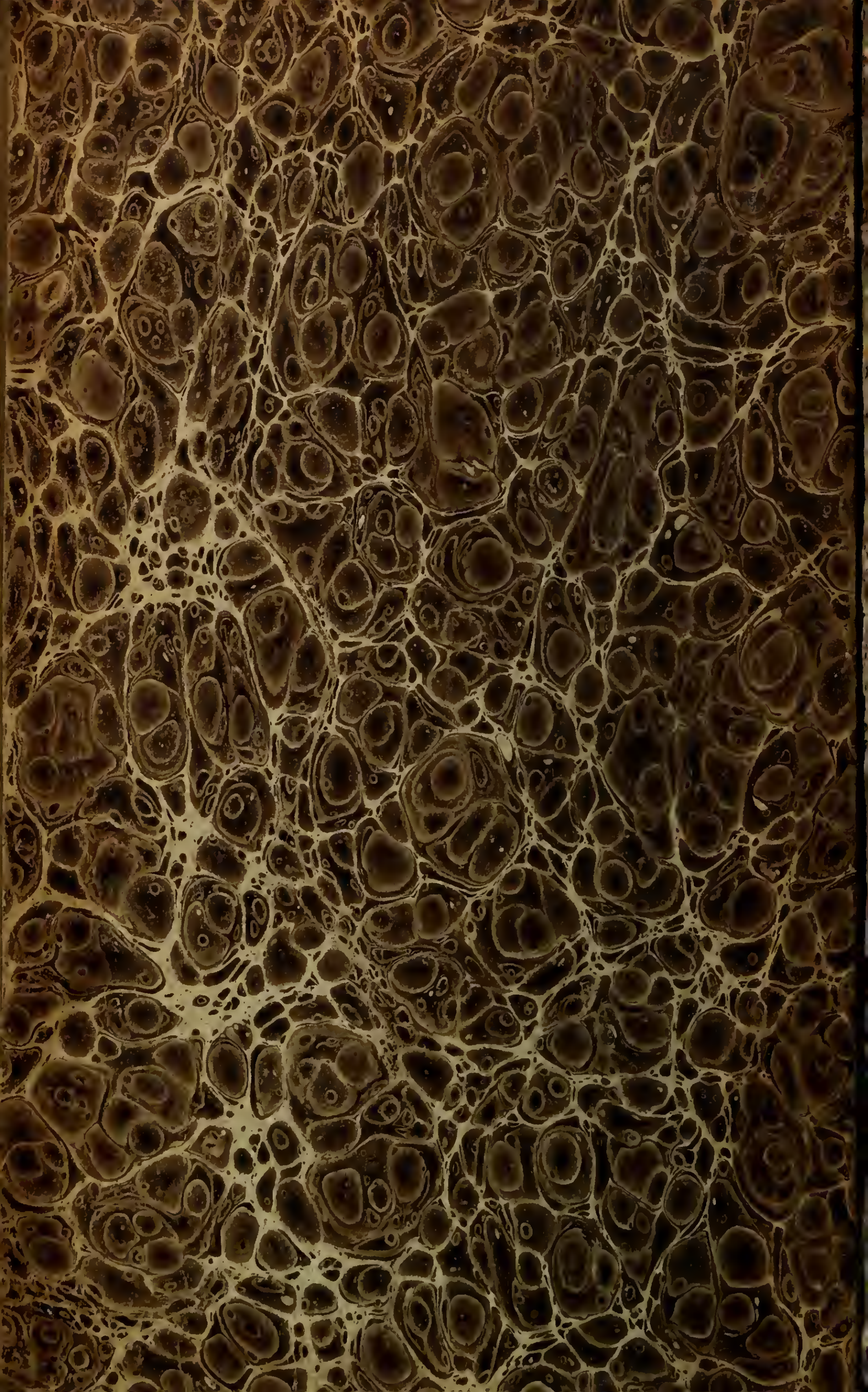
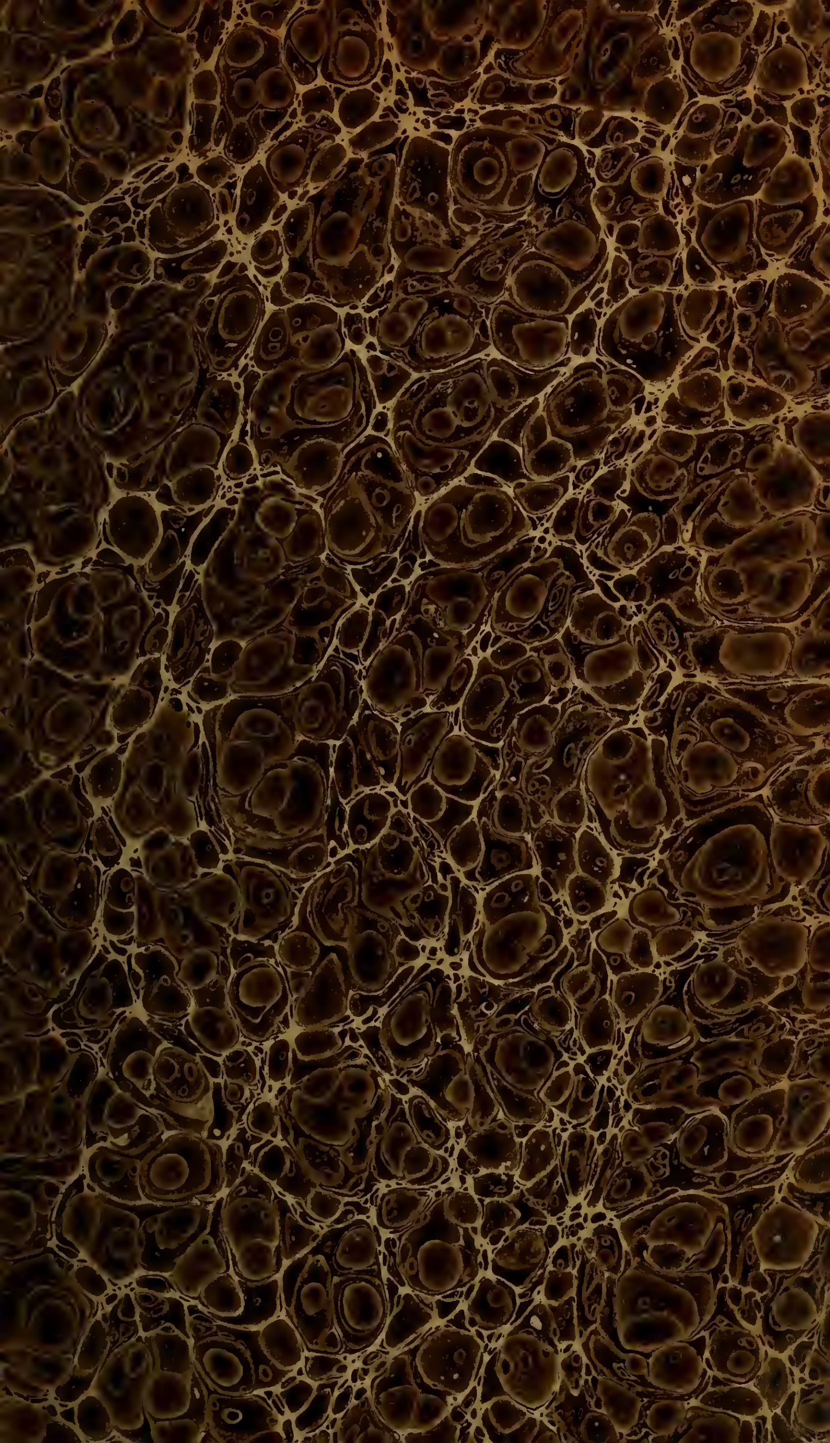

3 1761 08831869 6





COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

CRÍTICOS

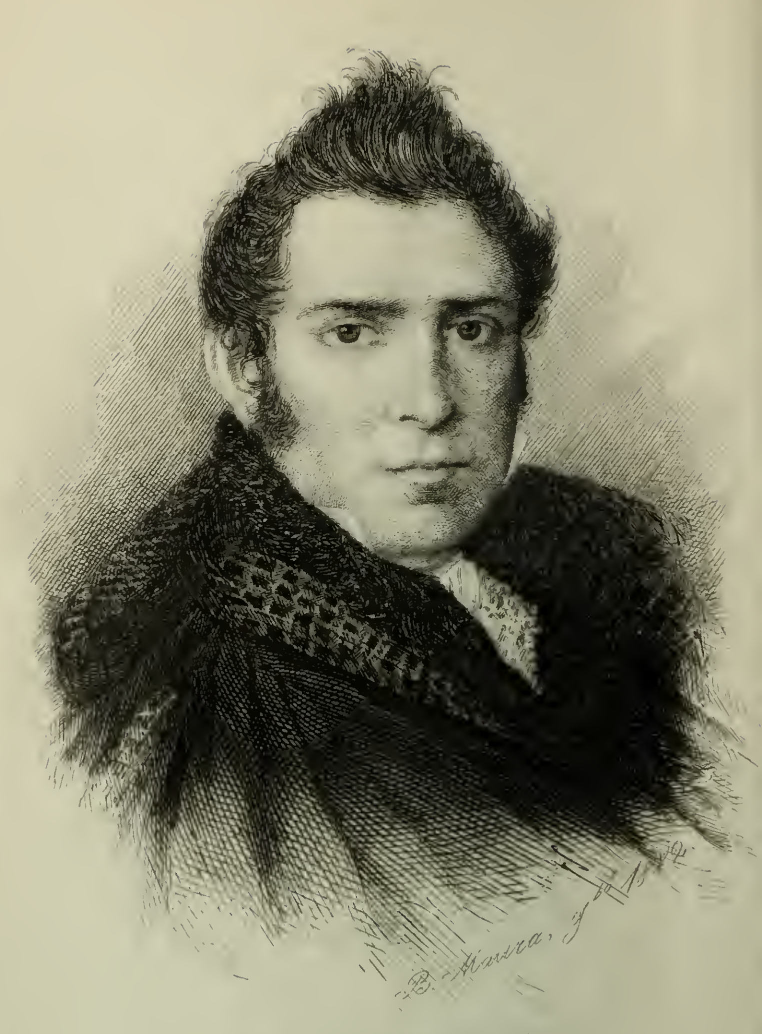
- IX -


EX LIBRIS.

«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO

TIRADAS ESPECIALES

25	ejemplares en papel China...........	*I* á *XXV*
25	» en papel Japón...........	*XXVI* á *L*
100	» en papel de hilo..........	*1* á *100*



EL SOLITARIO.

Serafin Estevanes Calderon



«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO

BIOGRAFÍA
de
D. SERAFÍN ESTEBANEZ CALDERÓN
Y CRÍTICA DE SUS OBRAS

POR

DON A. CANOVAS DEL CASTILLO
Director de la Real Academia de la Historia, individuo de número de la Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y electo de la de Bellas Artes de San Fernando, Miembro de la Real Academia de Ciencias, Letras y Artes de Bélgica, Presidente del Ateneo de Madrid, &c., &c.

TOMO I

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1883



CAPÍTULO PRIMERO.

«EL SOLITARIO» ESTUDIANTE.

SUMARIO.—Motivo de que lo que empezó prólogo haya parado en libro.—Nacimiento de D. Serafín Estébanez Calderón.—Diferentes modos de escribir el primer apellido.—Su niñez, su adolescencia, sus primeros estudios, sus travesuras y su pronta aptitud para la poesía.—Estudios mayores en Granada.—Sucesos de 1820.—Primera poesía impresa, no á su nombre, sino bajo el seudónimo de *Safinio*.—Estébanez no fué nunca revolucionario.—Sus inclinaciones arcaicas, y sus sentimientos tradicionales y monárquicos.—Causas de su afición á Granada, y tempranas distinciones que en aquella Universidad alcanzó.—Principios de su carrera oficial en Málaga.—Invasión francesa y cambio político de 1823.—Consecuencias que tuvieron para Estébanez.—Su purificación.—Recíbese definitivamente de abogado.—Fiestas andaluzas y libros viejos castellanos.—Estudios y ocupaciones de Estébanez en general, desde 1824 hasta que en 1830 se vino á Madrid.

LA tarea que emprendo ahora, lejos de enojosa, es para mí agradable por todo extremo. Ninguna otra podría abrir tan ancho campo á mis recuerdos, ni despertar emociones tales en mi corazón. No es, en verdad,

esta la primera vez que trate yo del autor de las *Escenas Andaluzas* y tantas otras obras eruditas ó ingeniosísimas; antes bien he aprovechado toda ocasión para poner de relieve su mérito, patentizando así la gratitud, que más que la sangre, me ligó con él en vida. Mas esto ha sido con brevedad hasta aquí, y sin formal propósito de dar á conocer su persona, ó examinar sus trabajos, porque nunca me hallé, si no es ahora, con espacio ni tiempo para ello. Soy, en el entretanto, quien más de cerca le ha conocido, con mayor intimidad y por más largo número de años, de cuantos pudieran tomar este encargo sobre sí; y por eso mismo, á no dudar, quiso que lo desempeñara yo el ilustrado editor de la nueva Colección de Escritores Castellanos. Fácilmente se entenderá por lo expuesto, que, prestándome al suyo, satisfago á la par un deseo propio.

No teman los lectores que mi antiguo y nunca olvidado afecto me impulse á escribir una ciega apología en vez de lo que hay derecho á esperar, que es un trabajo biográfico y crítico, fundado en la verdad pura é inspirado en sinceras convicciones. Por mucho que quiera y respete la memoria de mi insigne deudo, tengo sobradas

obligaciones propias para olvidarlas ó sacrificarlas en provecho de nadie. No soy ya un principiante ni un desconocido; y cuando voluntaria y deliberadamente me pongo á discurrir delante de mis conciudadanos, ningún interés cabe en mí que pueda igualarse al de adquirir ó conservar su estimación. Diré no más que lo que sé y pienso. Por falta de noticias ó por no tenerlas buenas, por defecto de gusto ó por falsos principios de crítica, podré errar y erraré de cierto algunas ó muchas veces: de propósito, jamás.

Lo que más temo es si llevarán los lectores á mal que haya dilatado tanto estas páginas. Comencé un prólogo, y me ha salido un libro, que ya es fuerza imprimir aparte, aunque forme cuerpo con los volúmenes de obras escogidas de Estébanez, que sucesivamente van á darse ahora á luz. De este exceso, ingenuamente solicitan perdón el cariño y el agradecimiento, que llevaron más lejos que pensase yo propio, mi pluma. Muchos se contentarían, y no sin alguna razón, con tener exacta pero breve noticia de la vida del autor, dejándoseles que le juzgaran por sí mismos, con presencia de las páginas que escribió, y al presente se les van á ofrecer, bastante

más sabrosas que las de ningún crítico, y las mías, por de contado. Pero una de las más gustosas novedades de la moderna crítica consiste, y es bien sabido, en presentar de modo las cosas, que se vea al autor al través de sus libros, y se interpreten y expliquen íntima y totalmente los libros por la vida misma del autor. Las circunstancias, según ya he dicho, me permiten cumplir tal propósito con mucho menor trabajo que necesitarían otros, y en eso no más fundo esperanzas de que mi obra se lea con algún interés.

Nació D. Serafín Estébanez Calderón en Málaga, á 27 de Diciembre de 1799, y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Juan, de aquella ciudad, el postrer día del año. Su padre se llamó D. Francisco, su madre doña María Calderón. No hay total conformidad entre el apellido paterno con que se le bautizó y el que aquí pongo; antes corre escrito de maneras distintas, y, con ser el de mi abuela materna, quizá no parezca á todos que yo acierte. Estas cuestiones sobre el modo de escribir los apellidos de hombres célebres, no son raras aún, y en otro tiempo eran frecuentísimas. Pienso yo que el de nuestro autor deba escribirse «Estébanez,» por

ser patronímico de Esteban, y derivado de este nombre helénico, al modo mismo que se dijo Esteve, Estévez, ó Stébaniz, allá en los albores de la Edad Media. Pero D. Francisco Guillén Robles, historiador de Málaga, y diligente biógrafo de sus hijos célebres, apoyándose en el texto de la partida bautismal, le apellida Estebanes [1], que ahora se escribiría Estebanés; esto, y más bien Estevanes ó Estevanés, rezan las firmas autógrafas del interesado, que parece como que traen aparejada ejecución, y no de otra suerte oí yo siempre, por último, acentuar y pronunciar en Málaga el apellido de la familia. Fuerza es advertir, no obstante, que el de que se trata no es exclusivamente propio de ella, ni sólo malagueño, sino castellano; y, según las reglas de formación de los apellidos en Castilla, no cabe negar que deba escribirse cual lo escribo yo ahora. La lección Estébanes, y la lección Estevanes, acentuando Estevanés, que es la más corrompida, aunque nuestro autor la prefiriese, procede, á no

[1] Véase su curioso folleto intitulado «Biografías de algunos célebres literatos que pertenecieron al ilustre Colegio de abogados de Málaga.» Imprenta de Carreras é hijos, 1876. Dicha biografía contiene naturalmente noticias que tengo yo en esta que incluir también, aunque bastante más ampliadas.

dudar, de un uso erróneo, legitimado, hasta cierto punto, por el tiempo. Debióse inclinar á ella aquel docto hijo de Málaga, por el poder de la costumbre, ó por innato apego á cuanto venía de antiguo, cosa en él característica, según he de decir más de una vez.

Era la de Estébanez ó Estebanés, sea como quiera, familia de cortos haberes en general, mas no sin algunas ínfulas de linajuda, que nunca faltaron en nuestro escritor, por lo cual vino al cabo á ser una de sus más decididas aficiones bibliográficas la de los Nobiliarios y Genealogías. Remedió en él lo de la corta hacienda el feliz acaso de que en su temprana orfandad le diesen amparo unos tíos bastante acomodados, debiendo á ellos, no sólo la instrucción primaria esmeradísima que, en compañía del célebre periodista D. Andrés Borrego, D. Antonio de Miguel, que ocupó luego una perspicua posición política en Málaga, y otras personas muy conocidas allí, recibió de D. Antonio Recalde, sino sus estudios de humanidades y filosofía, y por fin la carrera de abogado, con que tan altos empleos había de desempeñar en la nación. Bien recuerdo yo aquella santa tía suya, llamada doña

Isabel, en quien halló segunda madre, y de quien fué, no ya querido, sino adorado. Sonaba su nombre á todas horas, sin que lo empeciese la larga ausencia, en la casa propia de esta buena señora, situada en la estrecha calle moruna que se titula *de San Bernardo el Viejo*, por lo cual con exactitud completa dice el laborioso Guillén que allí era donde solía vivir cuando estaba en Málaga; y oíalo yo pronunciar, en mis primeros años, con aquella curiosidad y veneración, que no sé si á todos, pero á los niños de provincia inspiran, luego que saben leer, los de las personas que figuran en portadas de libros, ó cualesquiera otros papeles con letras de molde. Pero, fuera de aquel modesto lugar, y de algún aposento honestísimo, donde vivía ya perenne su memoria, poco ruído hacía por entonces su nombre entre los habitantes de la ciudad, bien que más de una vez hubiera figurado en candidaturas electorales.

Tal fué siempre su suerte. Ni allí, ni en Madrid, ni en España, llegó á tener nunca popularidad, ni en puridad logró, ni ha logrado aún, la reputación literaria que merecía, y de muchos sin tanta razón alcanzada. Varias han sido las

causas, que ya irán asomando sucesivamente en el curso de estas páginas.

Tocante á Málaga, es justo ante todo tener en cuenta que no fué allí donde hizo Estébanez sus más altos estudios, ó hubo de dar las mayores muestras de su temprano y extraordinario talento. He hallado, sin embargo, entre sus papeles cierta relación de sus primeros años, escrita en no malas redondillas, que le dedicó más tarde en son de cariñosa memoria uno de los malagueños de su tiempo, cuyo nombre me duele no saber; y de este curioso documento voy á copiar algunos versos, por donde se ve que no se le tuvo nunca en su patria misma por sujeto vulgar. Dice así el poeta apologista, ya que no biógrafo:

«Cuando, á las nobles orillas
Del Mediterráneo mar,
Safinio, solías cantar
Su hermosura y maravillas;
Del Guadalorce las bellas,
Admirando el dulce son,
Te abrieron el corazón
Que ablandaran tus querellas;
Y de arrayán y de rosas
Fresca guirnalda tejieron,
Y tierno galardón dieron
Á las cantigas sabrosas.

Otras veces, entre ruinas
De púnica fortaleza,
De tu vigor y destreza
Diste pruebas no mezquinas.
La arena que señorea
El tiro de Gibralfaro,
Te aclamara, amigo caro,
Triunfador en la pelea....
Aún me parece te veo
¡Oh gallardo campeador!
Lanzar con fiero boleo
El guijarro silbador,
Y, desgreñado el cabello,
Torvos los árabes ojos,
Centellas lanzar de enojos,
Descompuesto el rostro bello,» etc.

Por lo que hace á la belleza varonil, y un tanto arábiga, algo debía de haber de cierto, que aún se le conocía en edad madura y provecta; y su intervención, honda en mano, en las *pedreas* ó *apedreas*, del entonces abandonado castillo de Gibralfaro, aunque muy señalada, á lo que parece, nada tiene de escandalosa, atendiendo á que en todo tiempo ha florecido, y todavía florece en Málaga, ese género de belicoso ejercicio, variando sólo los campos de batalla, pero no las armas, la táctica ni el peligro de los transeuntes que, sin querer, aciertan á presenciarlas. Aparte

de lo que de mí propio podría sobre ello decir, si viniese á cuento, guardo fresca la memoria de una tarde, no muy lejana, en que, siendo yo presidente del Consejo de Ministros y paseando con el Gobernador y el Alcalde á los lados, que no era andar solo precisamente, hube de echar mano de prudentes precauciones para no ser lastimosamente descalabrado en una de tales lides, por los traviesos sucesores del autor de las *Escenas Andaluzas*, y de otros menos ilustres campeones y hombres de letras. Pero, según el apologista refiere, pulsaba ya aquel ingenio la lira, con el seudónimo de *Safinio*, cuando no había dejado de bolear guijarros con la honda todavía, por manera que á un tiempo mismo se nos aparece hiriendo los corazones de las hijas del Guadalorce y Guadalmedina con sus tiernos versos, y amenazando ó magullando las cabezas de los propios hermanos, ó deudos de ellas, positivamente confundidos, dada la democracia que allá reina, sobre todo entre muchachos, con los más desarrapados héroes de los barrios ó de la playa. No deja tal noticia de ser curiosa realmente, y merece aquí lugar, porque demuestra cuán temprana afición

tuvo *Safinio* á la métrica, y cuán inesperados debieron ser sus infantiles triunfos poéticos. Pero por mucho que en el entretanto, y alternando con divertimientos tan heterogéneos, pudieran enseñarle los buenos clérigos menores establecidos en la iglesia de la Concepción de Calle Nueva, en especial los Padres Cordero y García, á quienes con tanto gusto señalaba más tarde como sus primeros maestros en artes y ciencias si se le pedían noticias de su educación literaria, lo cierto es que los más vivos de sus recuerdos personales, bien trasparentes en sus primitivas obras, claramente dan á entender que no fué sino en Granada donde descubrió, desenvolvió y patentizó las múltiples y singulares aptitudes que tan alto habían de poner un día su nombre.

Sólo en la antigua capital del poderoso reino musulmán, donde estuvo enclavada Málaga, pudo hallar á mano los copiosos libros que su sedienta aplicación necesitaba; allí, sin duda, probó el placer inefable de ver celebrados por gente docta sus versos; allí conquistó los lauros que durante el año de 1819, cuando no alcanzaba aún veinte años, le hicieron digno de subir á la cátedra de lengua griega, y tres años después á la

de retórica y bellas letras. La pasión por las crónicas, por los romances, por las comedias antiguas y por la literatura árabe que llenó luego su vida entera, allí hubo de determinarse también y echar raíces.

Málaga, en el ínterin, la ya trabajadora, fecunda, y entonces y siempre deliciosa ciudad, en que él nació cual yo he nacido, poquísimo ó nada de eso le podía ofrecer. Las letras que ella cultivaba, como burlonamente solían decir hasta poco ha sus propios hijos, no eran otras que las de cambio. No tenía Universidad, ni más cátedras que las de los conventos, ni más escuelas que las de instrucción primaria. Ni hace largos años que poseyese sólo una librería particular, algo numerosa, la del padre de los dos hermanos Oliveres, Obispo ahora el uno, bibliotecario el otro, y ambos dignos individuos de la Academia de la Historia. Tampoco había allí más que otra, con cierto carácter público, la obispal, donde, entre viejos *in folios* de teología y cánones, se hallasen algunos clásicos latinos, y tal cual crónica ó libro viejo de literatura castellana. Tanto y más que de las precisas obligaciones de su carrera, dimanaron de esto sin duda, y muy

naturalmente, las muchas ausencias que de Málaga hizo Estébanez, y que desde temprano fueron alejándole de la memoria, si no del aprecio de sus paisanos.

Pero justamente se hallaba por acaso en su ciudad natal, después que tomó en Granada su grado de bachiller en derecho, corriendo Abril de aquel año, cuando, triunfante la sedición militar de las Cabezas, sobrevino el cambio político de 1820.

Todo el mundo sabe que desde la reacción durísima, y además injusta, de 1814, las pasiones políticas, lejos de decaer, se habían ido encendiendo, aunque en secreto, cada día más. La mayor parte de nuestra juventud estudiosa abrió sin reserva el pecho entonces á las dulces, bien que peligrosas esperanzas, que el matutino crepúsculo de la libertad por donde quiera despierta naturalmente. No era popular, ni mucho menos, la obra de los legisladores de Cádiz; pero se les trató primero de tal suerte y se les aventajó después tan poco en el arte de gobernar, que, antes de mucho, se olvidaron sus yerros. Por otra parte, los que de resultas de la dominación extranjera no habían experimentado in-

mediata y directamente las decepciones que, en su incompleto ejercicio, suele ofrecer el régimen parlamentario, y todos aquellos, bastante numerosos también, que á causa de la índole de sus estudios estaban más ó menos familiarizados con el espíritu de la revolución francesa, tardaron poco en echar calurosamente de menos lo que con tamaña indiferencia viera morir poco antes casi toda la nación.

No bastaron los castigos para contener el empuje de la opinión contra el restablecimiento del gobierno absoluto, distinguiéndose en el desencanto, cual he dicho y era natural, los más y mejores de los jóvenes de la época. Entre los de Málaga no dejaba ya de haber sus liberales ardientes antes de la insurrección de Riego, los cuales tuvieron conciliábulos y hasta conatos de constituir sociedades filosóficas y políticas, que, si no masónicas, participaban algo de su naturaleza, por ser forzosamente secretas. Confidencias de alguno de los condiscípulos y compañeros de Estébanez me han puesto en el caso de conocer la conducta de éste en aquellas circunstancias, poco favorablemente juzgada por los fautores de tales sociedades y conciliábulos. Ne-

góse nuestro poeta á tomar en ellos parte, después de naturales vacilaciones, porque no hay más difícil cosa que separarse de la corriente que arrastra á los demás, sobre todo en la edad juvenil. Según mis noticias, fundóse su desistimiento en que podían ser descubiertos, ocasionando con esto al buen tío que lo protegía disgustos, y acaso riesgos; y para mí, dado su buen corazón, era el motivo bastante. Pero todo lo que observé y he sabido de él me inclina á sospechar que no fuese el único. No: en el fondo, y aunque no todos los días ni en todos los instantes se sustrajera al influjo de sus contemporáneos y de las circunstancias, Estébanez no participó de las ideas liberales exaltadas, entonces ni nunca, cual iremos viendo.

Mas con esto y todo, es indudable que, estando en Málaga de vacaciones al estallar la revolución de 1820, tuvo un momento de particular condescendencia con las ideas vencedoras; ó bien dejándose llevar del entusiasmo contagioso, por lo mismo que irreflexivo y espontáneo, de la muchedumbre, ó bien por no desperdiciar la ocasión, que todo podría ser, de que su musa, casi solitaria á la sazón en Málaga,

obtuviese allí vivo aplauso. Vocaciones políticas conozco yo, y muy célebres, de parecido origen. Fuese una ú otra la causa, ello es que en la antigua imprenta malagueña de Carreras dió entonces á luz, bajo el seudónimo de *Safinio*, que sabemos ya que usaba, una oda septisílaba, con el título de *El listón verde*, obra, si más literaria, no menos liberal que el himno de Riego. Conservó un ejemplar, quizá único, y no sé si con conocimiento del poeta, cierta amiga suya, de ilustre prosapia, que hasta su muerte, no ha mucho ocurrida, profesó desinteresado y dulcísimo culto á la memoria del cantor de *El listón verde;* y, no sin referir esta procedencia, la ha reproducido el Sr. Guillén y Robles en su ya citada biografía.

He aquí versos del tal romance, que, si no me equivoco, fué lo primero que el nuevo poeta tuvo la dicha de leer y releerse en letras de molde:

«Enlaza en mi cabeza
El dulce listón verde,
¡Oh bellísima Elisa!
Con tu mano inocente,
Y harás que el lindo lazo
Me circunde la frente,

Grabando en él por lema:
Constitución ó muerte.
Tan cívica divisa
Á todos enardece,
Y al oirla, en las venas
La roja sangre hierve.
Ya el guerrero á la cinta
Del casco la suspende,
Ya del pendón la atan
Las formidables huestes.
Las jóvenes hermosas
La bordan impacientes,
Y con feliz donaire
La ciñen á sus sienes.
La libertad sus labios
Los entreabre alegres,
Y al pueblo: *¡libre, libre!*
Repite con voz fuerte.
Á este acento, cual trueno,
El solio se estremece,
Los déspotas se humillan
Y el orbe se conmueve.»

Por de contado que no debía ser otra que esta Elisa, la señora que tan cuidadosamente guardó la composición. Y de seguro no haría yo mérito de ella por el corto que tiene, á no ser porque, sin alguna explicación mía, pudiera pasar por testimonio de que Estébanez profesó verdaderamente en su juventud ideas con exceso liberales ó revolucionarias. Los *listones verdes* os-

tentaban, con efecto, en letras negras, sendos lemas que decían *Constitución ó muerte*, así en 1820, como en 1835 y 1836, época en que los alcancé yo á ver. Para celebrarlos debidamente, tenía, por tanto, que mostrarse muy exaltado el poeta, so pena de quedar por debajo del asunto, y una vez puesto á ello, muy otro debió ser naturalmente el deseo del cantor. Esto sentado, no ha de causar ya sorpresa que tales versos hablasen de déspotas que se humillaban y tronos que se estremecían no bien divisaban los listones verdes; cosa la última que á muchos sujetos pacíficos vi yo de niño que les sucedía realmente, sin tener la menor partícula de déspotas ó tiranos. Pues que todo lo más ilustre y generoso de la nación participó entonces de iguales sentimientos, según sabemos, no me pasa por la mente el pedir aquí indulgencia para el juvenil poeta. Tan sólo el deseo de ser en todo exacto me obliga á decir que, fueran cualesquiera sus condescendencias con las opiniones reinantes, no ha habido hombre en el mundo menos propenso á ideas revolucionarias que Estébanez, en quien la pasión por lo tradicional y antiguo, no más que por serlo á las veces, constituyó desde la pri-

mera edad como una parte de la existencia.

Ni fué ello, no, fruto de la experiencia, de los desengaños, del descreimiento, que á tantos otros personajes famosos movieron más tarde á desertar de las avanzadas del liberalismo español, yendo á formar la naciente hueste moderada, cuando no los llevase todavía más lejos el arrepentimiento. Échase en tales casos de ver, durante la vida toda, un cierto desasosiego de conciencia, que se revela en el reverdecimiento más ó menos fugitivo de la pasión, con que siempre se llega á realizar, cuando no es vilmente interesada, la apostasía. Estébanez, por el contrario, era todo indulgencia en la vida ordinaria con aquellas personas que, por la exaltación de sus ideas liberales, más lejos estaban de compartir las suyas propias. Si más adelante le oímos hablar á veces con cólera de los revolucionarios españoles, ya se advertirá fácilmente que era porque, encontrándoselos como autoridad enfrente, su deber le mandaba sostener empeñada lucha con ellos; y todavía más cuando, no sin razón, recelaba, ó veía claro, que las impaciencias y las conspiraciones incesantes acabarían por comprometer el triunfo

de la causa de la Reina Isabel, que abrazó con tanto entusiasmo, así como el restablecimiento de la paz. Entonces, si, sus convicciones monárquicas y autoritarias se exaltaban momentáneamente, inspirándole, al tiempo mismo que clarísimos y profundos juícios, ya severas reflexiones, ya invectivas elocuentes. Mas pasadas las circunstancias ó el momento crítico, desvanecíase todo espontánea y rápidamente.

La pasión política no le dominó nunca en realidad: primero, porque tenía un género de afición á las letras que relegaba á lugar subalterno cualquiera otra preocupación de su espíritu; y segundo, por la moderación de su juício, que, en medio de la viveza del carácter, no le consentía ir jamás á ideas ni resoluciones extremas. Que si alguna vez halagó la ambición del poder su fantasía, cosa poco menos que inevitable donde tantos sentían sus ardientes estímulos que era preciso estimarse en poco para dejar de todo punto de sentirlos, sin duda pasaron por él tales propósitos cual nubes veraniegas, porque nunca tuvo la perseverancia, ni el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano ó más tarde, las

tristes satisfacciones de la ambición política.

Bueno es añadir, para darle á conocer del todo en la materia, que el tradicionalismo de Estébanez nada tenía que ver con el religioso ó filosófico de algunas escuelas; que nadie ha sido en este mundo menos dado que él á las ideas puramente especulativas. Ni mucho menos con el de cierto partido español, contra el cual luchó ardientemente, y no sin riesgo de la vida, cual se verá. Era un modo de ser habitual, probablemente derivado de su constante y casi exclusiva afición á nuestros viejos libros, hermano gemelo del arcaismo delicioso de su lenguaje y estilo, que solamente podían parecer afectados á quien no le conociese bien, dado que en él eran espontáneos y naturalísimos. No ya el pensar y el escribir, sino el vestir algo á la antigua, estaba lejos de su mano el remediarlo. Poco más difícil habría sido persuadirle de que se despojara voluntariamente de la propia piel, que de su gran capa azul en el invierno y mucha parte del verano, no ya cuando viejo, sino en lo mejor de su edad. Para ser, pues, revolucionario, liberal avanzado, monárquico tibio, enemigo de las ideas y de las instituciones católicas, tenía que

haberse formado literariamente de distinto modo, trocarse en otro que era, y ser un hombre y un escritor diferente. Claro es, sin embargo, que el trascurso del tiempo, encerrándole más y más cada día en el círculo de las ideas y las palabras exclusivamente españolas, fortaleció este modo de ser en él, hasta hacerlo inquebrantable, y que lo que es *El listón verde*, por móvil ninguno hubiera vuelto á escribirlo después de los treinta años.

Verdad es, y ya lo he dicho, que aun en 1820 pudo muy bien inclinar su espíritu á aquella indudable inconsecuencia, la sed de notoriedad y aplauso que suele devorar á los jóvenes. Nada añadiré á lo de las vocaciones políticas; pero sí he de observar también que yo mismo, si mal no recuerdo, he conocido versificadores principiantes, capaces de alegrarse de cualquier noticia lastimosa, con tal de hallar asunto en ella para una composición elegíaca. Tal es la ciega pasión del éxito en los primeros años, por regla general. Pero ello es, en fin, que nuestro poeta se tornó bien pronto á Granada para continuar sus tareas universitarias, y allí concluyó su carrera de abogado, incorporándose en 1822 al Colegio de Málaga.

No por haber vuelto á sus hogares, y abandonado sus queridas aulas de Granada, dejó de mano el nuevo colegial los estudios. Dotado de prodigiosa memoria, no era fácil que ningún otro escolar le sobrepujase en los exámenes, ó que hallase en las oposiciones ventajoso competidor. Así se comprende que, hallándose en Granada todavía, durante la primavera de 1822, ganase por oposición aquel mismo otoño la cátedra de Retórica y Bellas Letras del Seminario de Málaga. Pocos días antes había sido nombrado ya promotor fiscal del propio obispado. Muy distraído debía, pues, de andar en estas primeras ocupaciones de su carrera, cuando, precipitándose los sucesos políticos, sobrevino la nueva invasión francesa, y tras ella la doblemente enconada reacción de 1823.

La vida política de Estébanez, comenzada con sus versos á *El listón verde*, y suspendida ú oscurecida después por tal manera, que no se encuentra más rastro de ella en los tres años siguientes, que el de haber sido uno de tantos milicianos nacionales, súbitamente renació con motivo de la reaparición de los franceses y del restablecimiento del poder absoluto, aunque sin

grandes particularidades ni por mucho tiempo. Todo el mundo ignora, y no fué poca dicha suya que de 1823 á 1830 se ignorase, que al saber la entrada de Angulema en España, escribió un romance, hallado entre sus papeles, del que dan suficiente idea los siguientes versos con que comienza y acaba:

«Si las hordas del Norte
Traspasan nuestras lindes,
Lidiemos cual valientes,
Muramos como libres.
....
Pues quiere el Galo impío
Profanar nuestras lindes,
Truenen las roncas cajas
Y clamen los clarines.»

Si hubiera de dar fe á cierto papel que tengo á la vista, su furor contra los invasores le llevó hasta á salir á campaña contra ellos, siendo hecho prisionero en un encuentro ocurrido cerca de Vélez-Málaga; pero por razones de buena crítica dudo que el hecho sea enteramente exacto. De todos modos, su ardor contra los franceses debió de ser tan extremado cual indican sus versos, porque era consecuencia natural de su españolismo neto, intransigente y exagerado. Ni-

ño aún, había asistido al infausto 5 de Febrero de 1810, en que las temerarias turbas malagueñas, acompañadas de poquísima fuerza militar, osaron salir al encuentro de la caballería imperial, á campo abierto. Necesariamente arrolladas allí en breves instantes, dieron lugar á que el enemigo manchase su fácil victoria con el saco, y con violaciones, asesinatos y todo género de excesos. Tomó parte principal en aquel desesperado combate mi abuelo materno, veterano y valeroso oficial, mal curado aún de las quemaduras que recibiera en las famosas baterías flotantes de Gibraltar, de donde, según escribió más tarde Estébanez, pudo salvarse ganando á nado la tierra, para morir luego, no lejos de la ermita de los *Martiricos*, atravesado por muchas lanzas. Este inmediato recuerdo de familia, y el del espectáculo de horror que ofreció Málaga vencida, eran para acalorar cualquier corazón entusiasta, cuanto más el de Estébanez, tan ciegamente patriótico en todos tiempos. Nada tendría así de extraño, después de todo, que el hecho mismo de salir á campaña, que pongo en duda, fuera cierto. Lo que no cabe negar es que por el mes de Marzo de 1824 pisaba, como tantos otros

españoles, el suelo de Gibraltar, que esto dice una carta original suya, de que han de tener conocimiento íntegro los lectores más adelante. Allí se despidió de su condiscípulo y amigo don Andrés Borrego, verdadero emigrado á la sazón, y á quien no volvió á ver sino muchos años después.

Hállase por raro caso entre sus papeles una carta de Diciembre de 1824, en que se le habla de la necesidad de recoger en cierta escribanía el testimonio del pasaporte que obraba en la *causa de emigración*, para que sirviese en la de las *cartas anónimas*, lo cual puede significar tres cosas á un tiempo: que á Gibraltar marchó, sea como quiera, con pasaporte, que hubo luego de presentarlo en una causa de emigración que se le formó para probar sin duda que no había emigrado, y que á la sazón tenía pendiente otra causa por cartas cuyo escondido autor andaba la justicia inquiriendo. Tiempos difíciles eran aquellos, á la verdad. Y aunque no fuera Estébanez, ni con mucho, de los que escaparan en ellos peor librados, pues no parece que de tales procesos le resultase daño alguno, bastó que tomara el título de abogado durante el período anterior, para que la Junta de

gobierno del Colegio de Málaga le señalase entre los tres de aquella ciudad que estaban obligados á pedir rehabilitación. Pidióla, y la obtuvo, según sabemos por el Sr. Guillén y Robles, que tan curiosas noticias de abogados malagueños ha dado á conocer. Tampoco parece que en purificarse, con su juramento y declaración, formalidad llevada á cabo con arreglo á la famosa real cédula de 1824, hallase entorpecimientos.

No consta, en resumen, por documento alguno, ni de ello le oí nunca lamentarse, cuando muchísimos otros se lamentaban todavía, que hubiese padecido contratiempos graves á causa del restablecimiento de la monarquía absoluta. Sin duda la notoriedad de sus sentimientos antirevolucionarios, y su natural desapasionamiento político, hicieron olvidar, ó que se le perdonase *El listón verde*, y aun la charretera que llegó á lucir de oficial en la Milicia ciudadana. Si de todos modos se le hubiera preguntado á Estébanez por lo que había hecho, durante aquella rigurosísima reacción monárquica, también él habría podido responder, como en frase verdaderamente auténtica un abate célebre: *He vivido*. Ni eran para más los tiempos.

Cuáles fuesen los pensamientos y sentimientos de Estébanez en el ínterin, no hay que adivinarlo, que bien los patentiza el soneto que sigue, y guardó inédito:

«Á ESPAÑA EN 1824.

Si hasta en leve perfil la blanca luna
Su disco hermoso amengua en el Oriente,
Pronto torna á llenar su faz luciente,
Y en su propio sepulcro encuentra cuna.
No hay en la esfera azul estrella alguna,
Aunque el eclipse manche su alba frente,
Que limpia al fin no espere en su creciente
Los cielos abarcar con su fortuna.
Tú solo ¡ay! desquiciado de tu cumbre,
Astro de España, fuistes por la suerte
Para no más regir la alta techumbre:
Mas antes que mis ojos puedan verte
Planeta de otro sol, sin propia lumbre,
Abra su abismo y trágueme la muerte.»

Por donde se ve que ni el peligro de que descubierto el soneto se le tuviese por incorregible revolucionario, ni el abatimiento común de los ánimos entonces, bastaron á refrenar las iras de su Musa contra la intervención francesa, deplorándola con mayor ahinco que la ruína del sistema constitucional. Nada más propio de su íntima y constante manera de pensar.

Recibido al cabo definitivamente de abogado en la Real Chancillería de Granada, á 12 de Diciembre de 1825, abrió luego bufete en Málaga; pero no creo que trabajara, ni ganase mucho en él, que no le había llamado Dios por camino tan opuesto al que abren á los hombres de su especie los gallardos vuelos de la imaginación. Otra atención, otra laboriosidad, otra paciencia, otro espíritu de análisis, exige la práctica profesional, que poseyese el novel abogado. Aquella estudiosa pereza, que merece un puesto entre las mayores que se conocen, ordinariamente padecida por los hombres de letras, debía de inspirar ya entonces á Estébanez poco menos que invencible repugnancia al papel sellado, y aun á todo lo meramente práctico y vulgar. Tratárase de acometer cualquiera empresa que juzgase grande, extraña, ó, por cualquier estilo, llenara y alentara su fantasía, y bien pronto veríamos á nuestro hombre activo, incansable, valeroso, hasta aventurero; de todo lo cual ofreció su vida concluyentes pruebas más adelante. Si no salió, era muy capaz, por ejemplo, de salir á campaña contra los franceses. En cambio, la prosaica constancia del bufete no la debió

nunca de tener, ni en eso de la perseverancia en la acción pudo servir de dechado por ningún estilo, que antes bien su impaciencia era habitual, invencible, y creo yo que fisiológica.

Mas si desde 1824 ó 25 hasta 1830, año en que todavía formaba parte del Colegio de abogados de Málaga, dejó de constituir, por las razones dichas, un buen bufete, no perdía el tiempo, ni mucho menos. Durante aquel período de recogimiento y silencio público, fué, á no dudar, cuando se maduró como hombre y escritor, cuando ejercitó y enriqueció más sus sentimientos, cuando dió, en fin, rienda suelta á su espíritu, profunda y asiduamente observador, no tanto á la verdad de lo interno ó subjetivo como del mundo exterior ú objetivo. Y, sin embargo, la realidad comenzó desde muy temprano á representársele en la imaginación de una manera exclusivamente suya, individual, originalísima, por donde su personalidad á cada instante se descubre luego en el fondo de sus obras, sellándolas con alto relieve y cifras eternas.

Dos clases muy distintas de la sociedad compartieron la atención del futuro escritor de cos-

tumbres en Málaga, desde 1824 hacia adelante: la más rica ó hidalga, si no verdaderamente aristocrática, por haber tenido ésta siempre escasísimos representantes en aquella ciudad, y el pueblo ínfimo, ó sea la gente denominada á veces del bronce. Figuró en la primera entre los *paquetes y lechuguinos*, que era el apodo que llevaban los elegantes de la época; y tengo en poder mío una satírica semblanza de los más principales de sus paisanos, escrita por aquel tiempo, donde él aparece entre otros muchos camaradas y amigos, comenzando por D. Miguel Imaz, que era el más íntimo, siguiendo los Piédrolas (D. Manuel y D. Juan), Ordóñez (D. José), Lachambre, Heredia (D. Martín), Portal, Oyarzábal, Abadía, Torriglia, Parladé, y Reina, con algunos otros, cuyas familias existen todavía. De Estébanez, en particular, dice la semblanza, que era «abogado y literato moderno, y compañero perpetuo de Imaz; pero que desconocía las escribanías y procuras cuando se sublimaba, aunque tenía talento é imaginación violenta,» con lo cual se ven confirmadas mis sospechas acerca de la escasa afición que el bufete le hubo de inspirar. Entre las señoras de la propia clase debie-

ron de nacer y florecer sus primeros amores, no ya sólo en Málaga, sino en Granada, desde que frisó en la adolescencia, que no pienso yo que fuera en esto tardío, ni para ejercitarlo faltan nunca, antes bien sobran los años. Mis noticias llegan hasta saber que fué más de una vez querido, y alguna con la especial firmeza y vehemencia que suele engendrar la admiración hacia un hombre en la naturaleza entusiasta del bello sexo. Pero de esto no debo hablar sino á propósito del único caso que natural y legítimamente hicieron público al fin las bendiciones de la Iglesia.

Lo cierto es que en Málaga, pues en Granada no pudo ser, aprendió á pintar entonces, y por maravilloso modo, á las mujeres hermosas, ya sobre la ribera, ya entre las olas del mar: de aquel mar Mediterráneo, siempre manso y purísimamente azul, delicioso en sus aguas, en sus arenas, en sus brisas, tan digno como el mejor de mecer las divinas Nereidas, y de que Venus naciera en sus espumas, más bien que en las de las islas griegas. Pero si fué, por fuerza, en estas contemplaciones poéticas, y su devoción á las encumbradas beldades malagueñas, donde se inspiró el precioso *poema* al Mar, de que hablaré más ade-

lante, no cabe tampoco ocultar que á otros muy diferentes espectáculos debió de asistir, y relaciones de índole harto diversa hubo de frecuentar, para adquirir el raro caudal de observaciones, y la copia de recónditas, singularísimas noticias sobre la vida popular, que ostentaron después sus artículos de costumbres. Tanto como los salones del alto comercio y los de los antiguos propietarios, que vivían aún en los solares, ó labraban las viñas y cortijos que á sus antepasados les tocaran en el repartimiento espléndido de la conquista, frecuentó Estébanez indudablemente los portales de las calles de los Mármoles y de la Victoria ó los de la Carrera de Capuchinos, en días de fiesta, cosa nunca mal vista en aquel país, si los cantadores ó cantadoras y las bailadoras y bailadores que allí lucen su mérito son de lo puro y neto de la tierra.

Quizá también las varias comisiones administrativas que consta que por aquel tiempo desempeñó en los pueblos de la provincia, le dieran ocasión para perfeccionar sus conocimientos y su gusto en la materia, oyendo y comparando estilos y voces, en aquel género de canto siempre diverso, y peculiar ú original siempre, y aque-

llas danzas tan ricas en inesperados y personalísimos primores. Es de cualquier modo evidentísimo que Estébanez estudió del natural entonces *La Rifa Andaluza, El Roque y el Bronquis, La Asamblea*, y cuantas escenas de esa índole inmortalizó después. Todo, todo indica que durante aquel período de su existencia vivió Estébanez las más genuínas de sus *Escenas Andaluzas*, pues bien se echa en ellas de ver que no tan sólo están observadas, pensadas ó imaginadas, sino vividas. Y en conclusión: con varia y andante vida, tratando un poco de derecho, mucho más de poesía, y tanto y más de prosa, ya que de aquel tiempo debía también venir el profundísimo conocimiento que tuvo de los viejos poetas, y de los antiguos prosistas castellanos, en especial de aquellos festivos ó picarescos, que seguramente son los mejores de nuestro *siglo de oro;* sin abandonar por nada de eso la amena conversación y galanteo de las damas elegantes é ideales, pero no descuidando tampoco en lo más mínimo el trato y compañía de la gente gitanesca y regocijada, entretuvo Estébanez sus años hasta el de 1830, en que trasladó su residencia á Madrid.

Pero esto merece ya capítulo aparte, y al poner fin al presente me asalta el recelo de haber dado en él cabida á demasiadas minucias y pormenores biográficos. Permítaseme, pues, tranquilizar, con el recuerdo de otras obras por el estilo, mi propia conciencia. No son hoy raras, en las literaturas extranjeras, éstas que tienen por fin dar á conocer bajo todos sus aspectos á los escritores célebres, y en todas se encuentran iguales, semejantes y aun menores noticias. Mi error, si lo hay, consiste en reputar á Estébanez Calderón digno de la misma atención que en el mundo se presta hoy á los dichos y hechos de otros escritores. Pero yo pienso que entre los prosistas castellanos, poquísimos le igualaron durante nuestro siglo de oro; y si alguno le superó entonces, no tan sólo no le ha superado nadie, sino que, para mí, ninguno le ha igualado después. Tampoco creo que en la pintura de costumbres populares haya escritor extranjero que le aventaje, y ambas cosas juntas bastan y sobran para hacerle digno de cualquier privilegio que á la memoria de otros se otorgue. Partiendo de supuesto tal, escribo. Y bien me parece que pueda yo hacer por él lo que

muchos de los extranjeros han hecho por sí mismos, sin ser siempre los autores de confidencias ó autobiografías minuciosas, hombres como un Goethe ó un Chateaubriand, que con razón pasan por excepcionales.

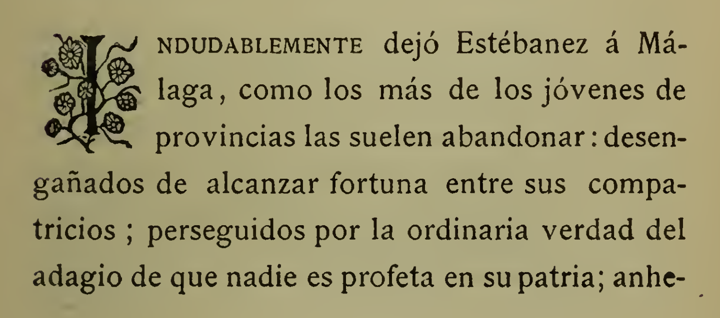




CAPÍTULO II.

«EL SOLITARIO» POETA.

Sumario.—Razones seguras ó probables de la traslación de Estébanez á Madrid.—Sonetos de *Safinio* enamorado.—Escasa fecundidad de Málaga respecto á escritores de Bellas Letras, compensada, en parte, por eruditos y críticos: Leyva, Hidalgo, Ovando, de una parte; de otra, Alderete y Valdeflores.—*Safinio* convertido en *El Solitario.*—Primero y único tomo de poesías.—Examen y juicio de ellas, y del talento poética del autor, en general.—Poema ó colección de anacreónticas *Al Mar.*—Romances y Letrillas pastoriles.—Simultaneidad de la revolución literaria con la revolución política.—*El Solitario* cambia de asuntos y de manera en sus versos.—Los serios, y principalmente los dedicados á la *Corona fúnebre* de la duquesa de Frías, y al P. Artigas.—Las poesías festivas.—Posición de Estébanez en la corte de Fernando VII.—Lo que pensó y cantó sobre la América insurrecta.—Entibiase su afición á la poesía.—Su pronta y decidida adhesión á la causa de la Princesa heredera.—Ingresa en el bando cristino.—Sus fundados temores, y los de todos, de próxima guerra civil.



Indudablemente dejó Estébanez á Málaga, como los más de los jóvenes de provincias las suelen abandonar: desengañados de alcanzar fortuna entre sus compatricios; perseguidos por la ordinaria verdad del adagio de que nadie es profeta en su patria; anhe-

losos por conocer á los autores, á los gobernantes, á los hombres en cualquier concepto célebres, cuyos nombres se imponen á sus imaginaciones de lejos, desde que tienen razón natural; con deseo de respirar, en espacio más ancho, mejor atmósfera literaria; no sin esperanza, en fin, de medir ventajosamente con otros sus fuerzas, representando principales papeles en el mayor teatro de la nación. No debieron éstas de ser, no obstante, las únicas causas de la salida de Málaga de nuestro héroe, ni se despidió de ella sin melancolía, y hasta vivo y profundo pesar. Algunos años después pintaba él mismo los dulces recuerdos de infancia que allí dejó, en estos sentidos versos, de que he de volver á hablar, dirigidos á una *golondrina*. «Repite, le dice, los propios ecos que te oía:

»Cuando el techo visitabas
Que meció mi pobre cuna,
Donde solícita el nido
Colgabas, dándote ayuda,
Con su paja los sembrados,
Con búcaro la laguna:
¿Mi pobre heredad, mi huerto
(Responde, sí, á mis preguntas),
Salvos del ábrego helado,
Crecen en pompa y frescura?

¿Ó ajena mano, allanando
La cerca, en ávida astucia,
Mis pobos, sauces y almendros
Encierra en la heredad suya?
¿Víve el moral do trepaba
Al frente de pueril turba,
Teñido el rostro y jugando
En lid de donosas burlas?
¿Va murmurando el arroyo
Entre espadañas y juncias
Do su inspiración primera
Bebió arrobada mi musa?
¿En el monte la capilla
Alza su rústica cúpula,
Y en la tarde la campana
Tañe y las horas regula?
¿Por las noches el amante,
Al levantarse la luna
En el pórtico sombrío
Cual yo vagaba, no cruza?»

Y no eran, no, estos sentimientos de modesto propietario, los solos que al partir le mortificaban. Estébanez salió de Málaga enamorado ya de verdad, y por modo tan firme y hondo, que pocos de los que le trataran y conocieran de lejos se lo podrían imaginar. Aquel hombre eternamente alegre al parecer, perenne fuente de chistes, que no semejaba vivir sino para gozar, más bien regocijado que satírico observador de malas costum-

bres, poeta cuando más bucólico y anacreóntico hasta allí, sin ninguna pretensión subjetiva, ni la menor inclinación elegíaca, requebrador, decidor, dado á cantares, á bailes, á comilonas, á toros, naturaleza, en fin, toda externa en la apariencia, variable, impaciente, se nos muestra en estos tales amores con un corazón ternísimo, con una inquebrantable constancia, guardando siempre íntegros, en lo esencial, los lazos con que el matrimonio le unió al fin á la mujer amada. No contiene su *Colección de poesías*, publicada poco después de llegar á Madrid, más que dos sonetos que á este amor se refieran, el uno titulado *El despecho*, y *El propósito desesperado* el otro, que es como sigue:

«Si por robarte á mi pasión ardiente
Tus deudos, descargando el fiero amago,
Te arrebatasen con ardid aciago
De estos ojos que lloran por ti ausente;
Aunque en un fuerte alcázar eminente
Te encanten por las artes de algún mago,
Y que en torno te cerquen con un lago
De fuego hirviendo con voraz corriente;
Ó aunque te oculten en el hondo silo
Del monte más oscuro y más distante;
Por lograrte lanzárame tranquilo,
Y hendiera un mar de lava fulminante,

Ó bajara en tu busca al negro asilo,
Siempre que fueses á mi amor constante.»

Tal vez escribió en el punto y hora de verse en Madrid este vehementísimo soneto, que se titula el *Juramento en sangre*, pues parece primera carta de un amante despechado y ausente:

«Con sangre ¡ay Dios! en lágrimas mezclada
Te *escribo ardiendo*, el tierno juramento
De ser tuyo, mi bien, hasta el momento
Que espire triste mi alma enamorada.
Con sangre de mis venas arrancada
Protesto no dejar mi amante intento
Hasta lograr el celestial contento
De verte cual señora en mi morada.
Con mi sangre protesto serte firme,
Por mi sangre, mi esposa juro hacerte,
Y por mi sangre airado juro herirme,
Hasta alcanzar desesperada muerte,
Si no se cansa al fin de perseguirme
La mano airada de mi adversa suerte.»

Hállanse otras composiciones por el estilo entre sus papeles inéditos, que claramente muestran cuán verdadero y ardiente fuese el amor con que abandonó á Málaga, dejando también entender que fué él quizá una de las mayores causas de la resolución que tomó de salir de allí para buscar fortuna en la Corte. No me parece

inoportuno advertir que desde aquella época no se encuentran ya entre sus manuscritos versos ningunos dedicados á otra mujer; caso que bien cabe calificar de notable. Ni entibiaba el tiempo en lo más mínimo los ardores del poeta, pues que al año de ausencia escribió un nuevo soneto, que se halla asimismo entre sus borradores, y cuyo último verso no estoy seguro de haber descifrado exactamente:

«Voló ya un año desde el crudo instante
En que la suerte con rigor impío
Súbito me arrancó, dulce ángel mío,
De á tu lado gozar tu faz brillante.
Tímido amor, discreto, palpitante,
De entonces ¡ay! sojuzga mi albedrío,
Y entre las selvas, por el monte y río,
Siempre en ti pienso, triste caminante.
Si *á mi vuelta* feliz te encuentro y miro
Arde mi ser, endúlzase mi herida,
Incierto lloro, en éxtasis suspiro.
Mi esperanza ¡ay, lo sé! ya está perdida;
Mas al mirar tus ojos de zafiro,
El encanto renace de mi vida.»

Por último, que no he de hacer interminables las citas estas: en el tomo VI de las *Cartas Españolas*, cuando hacía ya dos años que residía en Madrid, dió á la estampa, con el título de *A una*

Ausente, que no era otra que la bella y dulce hija de Málaga de que he hablado, el siguiente soneto:

«¡Quién audaz remontándose hasta el cielo
El ámbito feliz de tu morada
Lograra ver, cual águila encumbrada,
Que cierne el aire con sereno vuelo!
¡Cuál al verte vagar con triste anhelo
Por la verde floresta en la alborada,
Pensando acaso en mí, desconsolada,
Me lanzara á tus pies besando el suelo!
¡Ah, cuál te arrebatara amante, incierto
Como Jove al garzón, ardiendo el alma,
Conduciéndote al páramo más yerto,
Viviendo allí contigo en dulce calma!
Que en tus brazos me basta en el desierto
Un tálamo, una fuente y una palma.»

Y, por cierto, que este y otros de tales sonetos me imponen la observación de que la Musa de Estébanez no conocía el sentimiento, sino para cantar á la que fué su mujer.

La historia de aquella pasión que tanta importancia logró en la vida de nuestro héroe, queda con esto en lo principal sabida, y muchísimo mejor que hubiera yo podido contarla seguramente. No debo dejar, sin embargo, de esclarecer algo lo que descubren las antedichas composiciones,

y todavía más enérgicamente prueban otras inéditas, aparte de las cortas reliquias de su correspondencia íntima que han venido á mis manos. Bien da ya á entender por sí solo el primero de los sonetos copiados que la familia de la mujer querida no favorecía, sino antes bien contrariaba un matrimonio que él pretendió desde el principio; cosa fácil de explicar en gente sesuda, práctica, laboriosa, capaz de comprender y aplicar lo más arduo de la industria y de las ciencias útiles, pero muy poco inclinada á admirar los primores del ritmo ó de la rima, sobre todo si se empleaban en anacreónticas y letrillas pastoriles, que ninguna relación parecían tener con la vida real. Ni pienso yo que los alegres estudios del natural, en que, á dicha suya, pero no sin rozarse por fuerza con damas y galanes de vida airada, solía andar ocupado aquel joven, á quien la pintura de ellas y ellos había de inmortalizar en las letras, fueran tampoco recomendación adecuada para los que entonces iniciaban y desarrollaban con laboriosidad incansable las varias producciones agrícolas é industriales que tan próspera hicieron á Málaga los años siguientes. El no haber allí, durante la juventud de Estébanez, otro

poeta que él, pues el que más de sus contemporáneos rimaba sólo tal cual soneto, y otras causas apuntadas ya, que he de ampliar sucesivamente. debían de prestarle cierto tinte extraño, más propio para ganar un joven corazón de mujer que para contentar á la gente formal. Por eso halló siempre mejor acogida en la mujer amada que en sus deudos; pero no tan pronta, ni tan resuelta, ni tan continua cuanto él, en su nativa impaciencia y la vehemencia de su pasión, anhelaba.

Era aquella mujer, de quien verdaderamente me complace hablar, por haberla tratado mucho en mi juventud y deberle no pocas atenciones, uno de los hermosos tipos que antes con más frecuencia que ahora engendraba en la costa de Andalucía, y especialmente en Málaga, el enlace de los blancos y rubios hombres del Norte, atraídos allí por los negocios, con las lindas morenas ó trigueñas del país. Á las correctísimas líneas de su cabeza, á su cuerpo gallardo., á su blanco y sonrosado color, á sus dulces ojos claros, juntaba, cuando joven, una voz preciosa, con que embelesaba á los que la oían cantar al piano. Pero al propio tiempo que tales prendas,

tenía ciertas condiciones de carácter que sólo un marido sabe estimar, y desesperan irreflexivamente á los mismos que se proponen serlo. En extremo condescendiente y dulce, era á la par prudente, serena, poco inclinada á resoluciones definitivas, y mucho menos violentas, incapaz de obrar de ligero y de compartir, por tanto, los furiosos arranques de un poeta enamorado, que no ya de joven, sino toda su vida, se rigió más por los entusiasmos peligrosos de una poderosa y volcánica fantasía, que por los fríos dictados de la razón. Por si ahora, ó más tarde, se dan juntos á luz todos los versos de Estébanez, y entre ellos los que aluden á su amoroso despecho, no juzgo excusada esta explicación. Y quede consignado ya, de todas suertes, que desde que en 1830 salió de Málaga, hasta que volvió allí en 1839, las alternativas de esperanza y desesperación, que tal pasión le producía, tuvieron perenne y vivo influjo en su vida, quedando así encendido el faro que á la larga había de conducirle al no siempre seguro puerto de la felicidad doméstica.

Quiero ahora observar de paso que mientras la gente grave hacía escasa estima de su poeta,

y la población, en general, mucho más agrícola, industrial y comercial también que literaria, le ponía algo en olvido, indudablemente daba él ya, por su parte, á la ingrata patria, lo que ella no había gozado hasta allí jamás; es á saber: una representación eminente en las letras nacionales. Mentira parece, y es innegable. Aquella tierra apacible que, con sus vides y sus higueras, sus olivos y algarrobos de verdura eterna, con sus ríos secos y polvorosos, salpicados de floridas adelfas, con el mar cristalino y suave que acaricia más que moja sus playas, con su suelo y cielo, en fin, recuerda á cada paso la cuna antigua de las Musas y el hogar favorito de los dioses inspiradores de Safo y Anacreonte, no había engendrado desde la reconquista cristiana, hasta que nació Estébanez, ningún autor de obras de imaginación que mereciera alta fama.

No creo, por ejemplo, que por tal deba contarse al poeta dramático D. Francisco de Leyva, bien que mostrase concisión, naturalidad y soltura en sus diálogos, oportunidad en sus cuentos, agudeza en las acostumbradas glosas de su época; no siendo tan vulgar su estilo que no

haya merecido que se le cite alguna vez por modelo. Pero de todos modos, D. Cayetano Alberto de la Barrera tuvo sobra de razón para decir [1] que era sólo un dramático digno de estima entre los de segundo orden. El fondo de sus creaciones dramáticas no autoriza á otorgarle mayor puesto en las letras, y todavía hay que colocar muy por debajo de él á los demás poetas malagueños anteriores á este siglo, líricos ó épicos. Ni sé, á la verdad, si debo contar entre los últimos á D. Andrés Hidalgo y Bourman, que escribió en octavas reales la crónica de la peste que infestó á Málaga en 1649, si en forma de poema heroico, por estilo no impropio de la bajeza del asunto. Titúlase la obra *Ejemplo de Castigos y Piedades;* y aunque se inspirase el poeta, según dice, en una madre querida, víctima de la epidemia, lo que más falta hace en sus versos es sentimiento, sobrando por contra las declamaciones, naturalísimas en quien se declara, no sólo devotísimo del Lope de los malos tiempos, sino de Lucano entre los latinos, y entre los españoles de D. García Salcedo y el doctor

1 En su Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Español.

Pérez de Montalván. Mejor que el poema es una canción suelta, que expresamente dedicó á la muerte de su madre doña Paula Bourman, apellido que subsiste en Málaga todavía. Gustó por lo visto el libro, pues que cantaron al frente de él sus excelencias no menos que veinte y dos poetas de ambos sexos, y siendo forzoso que el estrago de la peste les alcanzase, bien dan á entender por su número cuán infelizmente próspero anduviese en Málaga á la sazón el cultivo de la mala poesía. Uno por cierto de los que ponderaron en 1650 el tal poema, y no en castellano sólo, sino en latín, fué D. Juan de Ovando Santarén, que trece años después imprimió otro libro de poesías, con el título de *Ocios de Castalia*. Mejor poeta era que el cantor de la peste, en realidad, pues sus versos burlescos y satíricos están llenos de donaire, y luce en ellos el habla castellana los usados primores de la época. Lástima que no se limitara á escribir de burlas, porque el culteranismo de que hizo alto alarde con su *Descripción panegírica de Málaga* en octavas, más tolerable es siempre en las composiciones jocosas que en las heroicas, amorosas ó sentimentales. De todos modos, apenas

puede ser declarado Ovando de segundo orden entre nuestros líricos, como Leyva entre los dramáticos. No careció aquél tampoco de poetas amigos que lo enalteciesen, ni faltaron nunca en los varios certámenes poéticos celebrados en Málaga, de los cuales merece especial memoria el realizado con motivo de la fundación del convento de Trinitarios Descalzos, vulgarmente llamado en dicha ciudad el *Conventico*, respecto al que hay libro impreso y raro: uno, por cierto, de los que manejé yo entre los que dejó Estébanez en su casa al trasladarse á Madrid, y que por las noticias locales que contiene, me sirvió de singular recreo. Pero, en conclusión, y para no agrandar más este triste cuadro literario de la Málaga de otro tiempo, digo y repito que ninguno de los paisanos de Estébanez Calderón valió, como literato, lo que él, en los siglos pasados.

Lejos estoy de ser el primero que haya fijado la atención en esta pobreza de obras de fantasía, allí donde parece que siempre debiera de haber habido montes notoriamente poéticos como el Parnaso ú Helicón, y correr fuentes cual las de Hipocrene ó Aganipe, ó aquella Castalia que

al rumor de su corriente inspiraba buenos versos. Fábula aparte, no hay en puridad tierra del mundo donde más abunden las personas de espontánea y rica imaginación, ó de vivos y apasionados sentimientos. Lo cual, tan patente ahora, no ha podido menos de acontecer en todo tiempo. Pues con todo eso, hase visto ya cuán medianos poetas produjo Málaga hasta este siglo, y parece todavía más singular que diese entre tanto á luz muy grandes eruditos y sabios. Hijo fué suyo, por ejemplo, el sapientísimo autor del *Origen de la Lengua Castellana*, y de las *Antigüedades de España y África*, Bernardo de Alderete; y su hijo también aquél malogrado D. Luís José Velázquez, marqués de Valdeflores, que escribió los *Orígenes de la Poesía Castellana*, el *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas*, y tantas importantes obras, ya impresas, ya inéditas. Ni el uno ni el otro han tenido en España quien les supere en saber. Pero ¿qué mucho, si ahora mismo, en estos días, remediada cual está en gran parte tamaña pobreza literaria, no sólo por la aparición de Estébanez Calderón, sino por la de D. Juan de Mauri, D. Tomás Rodríguez Rubí, y otros que

no cito porque su fama no ha recibido la sanción del tiempo, todavía excede, sin duda, al número de sus celebridades literarias el de las justas reputaciones que posee en estudios graves, y especialmente en materias de erudición y crítica?

No se diría, en suma, sino que el estudio silencioso y atento, paciente y profundo de las cosas, sea más natural que el cultivo alegre de las Musas en aquella gente malagueña, por excelencia meridional é ingeniosa. Y en qué consista esto, no es fácil explicarlo. El moderno historiador de Málaga, tan sagaz y afortunado investigador, no lo sabe. Ignórolo yo en realidad también; pero no estoy lejos de abrir mi imaginación á la sospecha de que, por lo mismo que allí es tan espontáneo y común el ingenio, se estima menos su ejercicio deliberado y sistemático que en otras partes, prefiriéndose despilfarrarlo al menudeo, ahora discreteando, ahora galanteando, en una especie de continua poesía hablada, ya sentimental, ya epigramática. Todo cuanto se siente ó se imagina, con ser mucho, se le regala por tal modo al aire, sin que muchos que pudieran intentarlo con

fruto se tomen el trabajo de aprisionar las aladas y fugitivas ideas ó imágenes en la jaula dorada de los versos. Por el contrario: las cosas de erudición y de ciencia, como andan menos al alcance de todos, míranse con muy diferente cuidado, y se cultivan con otro esmero, por lo cual la nativa claridad de los entendimientos logra hacer su natural oficio y se ostenta en los trabajos serios, concienzudos, con que algunos se han inmortalizado ya, y otros están en camino de pasar á la posteridad merecidamente. Estébanez Calderón, por haber llegado á ser tan gran literato, forma grande excepción de esta regla; pero ¿cuántos y cuántos otros ingenios, no malgastaron allí estérilmente su vida intelectual en la mera conversación? Gracias que aquel vivísimo amor que desde muy temprano le inspiraran así la lengua castellana y sus primores, como las antiguas memorias cristianas y arábigas de España, impulsó á Estébanez mismo á reservar buena parte de su imaginación inagotable, para obras en las cuales principalmente se propuso satisfacer su gusto por las letras nacionales, que, si no, posible es que, como tantos de sus paisanos, hubiera muerto, sin dejar tras

sí más que dichos célebres. Tengo para mí esto, aunque suene á paradoja, por indudable.

Todo pregona que escribió Estébanez, más que por nada, por el placer íntimo de escribir como él únicamente sabía. Que si por caso imposible se viera forzado á escribir al uso, sin seguir la antigua escuela nacional, restaurando y ampliando sus primores, y hubiese tenido que preferir el castellano vivo y corriente en 1830 al habla castiza, que por amargo sarcasmo solía él contar entre las *lenguas muertas*, juraría yo sin escrúpulo que no poseeríamos sus obras. Su ingenio se habría también derramado y perdido en la conversación diaria, ni más ni menos que el de un cierto deudo y contemporáneo suyo que pasó no ha mucho á mejor vida. Otra cosa aconteció, por fortuna, y pronto le fué dado hacer público alarde de su ingenio en la corte, con el tomo primero y único de sus poesías, que dió á luz por Abril de 1831, no ya bajo el de *Safinio*, sino bajo el nuevo seudónimo de *El Solitario*. ¿Tomaría, acaso, este otro nombre por causa de la soledad en que interiormente debía juzgarse, lejos de la mujer á quien tanto amaba? No pasa esto de ser sospecha, y como tal la apunto al

paso, sin que baste en mí á desvanecerla el que más adelante dijese él mismo que por cierto elogio que escribió de la soledad le puso aquel apodo la gente. De todos modos, ¿qué soledad distinta de la que digo yo podía experimentar y celebrar él en medio del trato y bullicio de la corte?

Eligió nuestro autor, sin duda para su volumen de versos, los que le parecieron mejores entre los muchos que había escrito, algunos de los cuales todavía están inéditos; pero no tenía aún, á mi parecer, los suficientes para llenar otro escogido volumen. Lo que quiso decir, pues, al calificarlo de primero de sus poesías, es que escribiría muchas más, y tal debió de ser su propósito entonces, dado que antes de mucho lo abandonase. Aquella colección de versos contiene la quinta esencia de todos sus trabajos anteriores. Muéstrase nuestro poeta en ella imitador indubitable de Meléndez y aun de Iglesias, por lo que hace á las letrillas y romances pastoriles; pero su dicción poética se acerca, no obstante, más que á la de éstos, á la de Góngora ó Quevedo, en los mejores tiempos de uno y otro. Y allí se echa ya de ver claramente que lo que Estébanez Calderón

quería ser era español ante todo, y español puro y neto, sin mezcla de inspiración extraña. No sólo excede en esto á Meléndez, para él maestro del buen gusto en las letras, pero algo influído por el clasicismo francés, sino al propio Iglesias, que con sus plagiarios centones y todo, es, tocante á idioma, de nuestros más puros escritores, como que ni tuvo ocasión de viciar su estilo con extranjera frase, á causa de no haber manejado libro que no fuese castellano. No le sucedía lo mismo á Estébanez Calderón. Desde muy temprano conocía á fondo la lengua francesa, y aun solía emplear felicísimamente, así en las cartas particulares como en la conversación, aquellas de sus frases y vocablos que le convenían, si les faltaba exacta correspondencia en castellano; por lo cual era mucho más meritoria su preferencia á lo castizo. Ni se contentaba con ser purista en la lengua corriente, sino que atendía también con gran celo á recoger y poner de nuevo en circulación lo más peregrino, exquisito y recóndito del idioma que se habló en el *siglo de oro*. Tan apegado á lo meramente español era Estébanez, que con ser grande humanista, no creo yo que resalte en sus poesías la imitación

griega ó latina. Algún eco ó dejo de ella, por fuerza se ha de sentir siempre en los productos del sistema poético de *El Solitario,* que era el que á la sazón llamaban clásico. La imitación deliberada, rara vez la encuentro. Ni había más que recorrer su biblioteca, tan escogida y tan numerosa á la larga, para convencerse de que no eran los autores helénicos, ni aun los latinos, preferente objeto de su amor y de su estudio. Todos los clásicos de su época fueron más imitadores que él en este punto.

Si nadie aventajaba á *El Solitario* por lo que toca al idioma, solía en cambio ser algo menos fluída su versificación que la de sus dos principales inspiradores, y menos armoniosa; no hay que negarlo. Mas, con todo, el mayor de los defectos de sus poesías líricas, fué que llegaron á deshora. Ya los discípulos queridos de Meléndez, tanto Cienfuegos como Quintana, y todavía más el último, habían ido dando de lado á la musa salmantina, y olvidando la primitiva manera de su maestro, aquella sistemáticamente idílica ó pastoril con que llegó éste de un golpe al zenit de la fama. Preferíase la segunda, aunque reputada inferior generalmente, por abrazar asuntos

más adecuados al modo de pensar y sentir de la época: asuntos ahora sentimentales, ahora filosóficos, ahora patrióticos, pero de inmediato interés siempre, y siempre graves ó grandes. Arriaza, Gallego, Martínez de la Rosa, habían seguido por aquel camino después; y si todavía Reinoso y Lista prolongaron por algún tiempo en nuestro Parnaso la imitación anacreóntica de Villegas, con frecuencia solían ellos mismos buscar nuevos temas. Dentro de la propia escuela sevillana, tan tradicionalista y todo, el genio desasosegado de Blanco prefería ya, á celebrar zagalas y pastores en los acostumbrados versos cortos, ensalzar con robusto canto en la Academia de Buenas Letras los dogmas católicos, de que renegó más tarde. No hay sino hojear las páginas de *El Correo de Sevilla*, órgano en 1806 de la escuela, para ver cuánta ventaja llevase ya la poesía elevada á la idílica y bucólica en aquella época, y aun me admira que tal periódico no tuviera más influjo en la educación poética de *El Solitario*. La guerra de la Independencia, con sus grandes inspiraciones bélicas, dió nuevo tono y aliento á la lírica española, y separó más y más la atención nacional de los primores cándidos

de Villegas, Iglesias, Meléndez y sus bucólicos secuaces. Todavía se lamentaba de ellos como de gente viva Larra en 1835, al tratar de las poesías de D. Juan Bautista Alonso; y Lista osó aún llevar en 1837 al Liceo, una Égloga, justamente fiado en la asentada autoridad de su persona. Pero la batalla estaba perdida para la poesía pastoril mucho antes, y en 1831 ya no había para aquel desventurado género estimación ni público.

Tales fueron los motivos de que los lectores españoles, que cuarenta ó cincuenta años antes hubieran concedido á los versos de *El Solitario* muy señalado lugar en nuestra poesía, lugar que, una vez alcanzado, no habrían perdido por ventura jamás, recibiesen su publicación con innegable indiferencia. Mas no por eso es dudoso, á mis ojos, el que las letrillas pastoriles que bajo el título de *Los Amores de la Aldea* contiene el tomo, así como los romances amorosos y descriptivos que en él se encierran, puedan competir con lo mejor de su clase. Mayor interés debieron de excitar las *letrillas moriscas*, en que apunta ya la afición, que en Granada cobró y tanto resplandeció en él luego, á las cosas de

aquella gente. Haylas, sin duda, entre ellas, que igualmente podrían tenerse por moriscas ó por cristianas, bien que sean, en general, mucho más ricas en sentimiento y color que las pastoriles, lo cual tengo por indicio de que su estro aspiró también á salirse ya un tanto de la estrecha imitación anacreóntica de sus primitivas letrillas ú odas, para volar con distinto desembarazo. No osando romper aún con la autoridad de sus maestros, acogióse quizá á lo morisco, para velar tras ello más profundas intenciones. Ni de otra suerte la poesía romántica, informada en realidad por la revolución escéptica del siglo, escondió á veces luego su origen y fines en los ideales asuntos caballerescos ú orientales. Otro esfuerzo, más importante en sus efectos, hizo *El Solitario* para sustraerse algo al influjo de Iglesias y Meléndez, escribiendo un Poema *al Mar* en romances; y no sé bien por qué le cambió aquel primer nombre, para publicarlo al fin con el de *Anacreónticas*. Solo cabía calificar así tales composiciones, según acostumbraban los antiguos maestros de metrificación, á causa de estar escritas en versos cortos, que no por otro motivo. Ellas son, como quiera,

lo de más mérito á todas luces que en el tomo de poesías de *El Solitario* se encuentre. ¡Lástima grande, en verdad, fuera que continuasen padeciendo aquellos admirables versos el injustificable olvido en que ahora están!

Nadie, que yo sepa, ha escrito del mar y sus playas, en castellano, con igual sentimiento de la belleza real y del encanto poético de las cosas marinas. Las barquillas del gran Lope son metáforas de la vida, no cosas de la mar, tal y como ella es realmente, más que nada de este mundo deliciosa, desde tierra, al menos, ó cerca de tierra. *El Solitario* cantó la tarde á orillas del Mediterráneo; cantó el jugueteo con las olas de una nueva Galatea, no sé si tan desdeñosa cual pintó la suya Gil Polo; cantó el paseo sin riesgo del barquichuelo, la inmortal serenidad de las olas azules, los relucientes peces, y otros asuntos semejantes, con un talento descriptivo jamás superado, y con riqueza de dicción igualada rarísima vez. También describió primorosamente lo que en Málaga llaman el *copo*, especial modo de pescar de sus costas, y los *fuegos* en el mar, con ocasión de los que dió en espectáculo aquella ciudad para celebrar el primer embarazo de

la Reina Cristina. Hay, sobre todo, dos de las *anacreónticas al mar*, que harán incompleta cualquiera *Antología* española de que estén ausentes; titúlase la una *Mi propósito*, y *El Retrato* la otra. No puedo resistir al deseo de insertar una de ellas, la última, porque sirva de muestra de la primitiva dicción poética de *El Solitario*. Es como sigue:

«Primero pon en tabla
Un vistoso paisaje,
Y que el mar cristalino
Su hermosa costa bañe.
Pintarás á las aguas
Tan puras, que retraten
Del sol y de los cielos
Las luces vacilantes.
Y luego, para ornato,
Las voladoras naves
Pondrás, como que surcan
Los azulados mares.
Sus mástiles ostenten,
Para mayor realce,
Las flotantes banderas
Meciéndose en los aires.
Y después, á lo lejos,
Sonrosados celajes
Finge con diestra mano,
Haciendo mil cambiantes:
Y si quieres tu cuadro

Hacer inimitable,
Decóralo pintando
En él mi hermosa amante.
La pintarás desnuda,
Disponiendo su imagen
Cubierta de las aguas
Hasta el airoso talle.
Sus dos cándidos pechos
Tan blancos que arrebaten,
Y en ellos pon dos rosas
Que quieran desplegarse.
Y pinta (si á esto alcanzas
Con tu exquisito arte)
El batir de su seno
Cuando suspira y late.
Pondrás tanta dulzura
En su bello semblante,
Que irresistiblemente
Á un Dios airado aplaque.
En derredor del cuello
Las negras trenzas vaguen,
Y harás de vivo fuego
Sus ojos celestiales.
De un perfil breve y lindo
Forma su boca amable,
Y sus delgados labios
Tiñe en color de sangre.
Sus brazos proporciona
Con sin igual donaire,
Que brinden blando lazo
Al más tibio y cobarde.
En su albo cuerpo brillen

Los húmedos cristales,
Que en leves hilos caigan
Cual lumbrosos diamantes.
Al través de las aguas
Sus formas virginales
Deja ver, vacilando,
Entre sombras fugaces.
Y después representa
Las marinas deidades,
Que vengan reverentes
Á rendirla homenaje.
En mil grupos y coros,
Por último remate,
Ponlas como ensayando
Artificiosos bailes.
Y á mí, desde la orilla,
También puedes pintarme
Como adorando absorto
Al retrato que saques.

Los versos que este tomo contiene, como son los que compuso en Granada y Málaga, claro es que caracterizan su prístina manera poética y el primer período de su vida literaria. Acabado de llegar á Madrid cuando los dió á luz, no debía de conocer todavía el estado de la opinión ó del gusto tocante á esto; pero no tardó en cambiar de rumbo al enterarse. Hay entre sus borradores inéditos, pedazos de poesías sobre

mayores asuntos que trató hasta entonces, y desde 1840 corren impresos también [1] largos fragmentos de cierta composición suya *Á la muerte de una gran señora de celebrada hermosura* , que juntamente con otros versos endecasílabos de igual índole y forma, dedicados al P. Artigas, su maestro de lengua arábiga en San Isidro, y algunos más de que hablaré luego, ponen lo que digo fuera de duda. Y cierto que, á proseguir escribiendo por aquella nueva manera , mucho más alta habría quedado su fama poética. La señora á quien se refiere la primera de las composiciones dichas, no es otra que la duquesa de Frías , y acaso no figure en su famosa *Corona fúnebre*, impresa en 1830, por no haberse concluído á tiempo. Sin duda por igual razón no está incluída en el tomo de poesías que se dió á la estampa al siguiente año , y en el cual habría disonado un tanto. Para la *Corona fúnebre* fué de todas suertes gran pérdida , pues con encerrar, puesta aparte la del poeta viudo , esmeradas composiciones de Larra , Tapia , López Soler,

1 En los apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos, por D. Eugenio de Ochoa : París, 1840. Tomo I.

Quintana, Vega, Lista, Saavedra (luego duque de Rivas), Donoso Cortés, Colón, Cambronero, Arriaza, Martínez de la Rosa y Gallego, tan sólo las de estos dos últimos sufren comparación con la del vate malagueño, y no es seguro que otra que la de Gallego sea mejor. Los versos endecasílabos, no siempre felices hasta entonces en sus sonetos, son casi inmejorables aquí, ejercitando en ellos la libertad de aconsonantarlos ó no entre sí que popularizó en sus silvas Quintana, pero sin el frecuente quebrado septisílabo con que éste los solía alternar.

He aquí, por ejemplo, algunos trozos de su referida Elegía *Á la muerte de una gran señora de celebrada hermosura*:

«Allá por álveo anchísimo y umbrío
Corre insensible el insondable río
Del tiempo y de la vida, sin que alcance
La débil vista de la mente humana
Ni su origen ni fin; pasan las olas
De los años, por años impelidas:
En pos les apresuran la carrera
Los siglos en corriente impetuosa,
Hasta hacerlas entrar desvanecidas
Del olvido en la tumba misteriosa.
Estos pasan también y desparecen
Entre ruedas y círculos fugaces,

Que otros siglos y siglos renacientes
La eternidad les lanza poderosa
De sus perennes caudalosas fuentes.
Por medio de los túrbidos raudales,
La mente pusilánime arredrando,
Se ven llegar en formas colosales
Los sucesos que truecan las diademas,
Que trastornan imperios, devastando
Regiones y metrópolis supremas;
....
Las gentes de los ámbitos del mundo,
Inciertas corren, huyen espantadas,
Dan al viento sus tristes alaridos,
Y en los presentes ecos resonantes,
De cien generaciones ya pasadas
Se ahogan los gritos que asordaron antes.
....
Y los ministros del dolor, rabiosos,
Lanzándose con gritos espantosos,
Alcanzan á la turba sin ventura,
Y con mofa cruel empedernidos,
Venciendolés su resistencia loca,
El cáliz de la hiel y la amargura
Les hacen apurar con triste boca.
La muerte en tanto con segur airada
Los hiere y lanza al insondable río
Que los lleva al abismo de la nada,
Colmando al punto el funeral vacío
Otra generación más desgraciada.
....
¿Qué se hicieron las plumas y las flores
Que de tu sien realzaban la belleza?....

Todo murió, y en vez de gala veo
El monjil funeral en tu cabeza:
Tus miembros que vistieron por trofeo
Las riquísimas telas que en Oriente
Con oro teje el indio tributario,
Con místico sayal groseramente
Ora los cubre el mísero sudario.
Las turbas que vagaban placenteras
Cerca de ti y tu séquito formaban,
¿Dónde se fueron? ¡Ay! te asisten hora
Sólo yertas estatuas de alabastro,
La adusta faz cubierta de viseras,
Ó matronas que empapan con su lloro
El manto de las fúnebres banderas.
No tal estancia alumbran mil antorchas
Sobre cristal en trípodes soberbios,
Cual émulas del sol las viste un día
En azul artesón y en alto estuco
Arderse entre la rica argentería.
Una lámpara triste, solitaria,
Suspensa de las bóvedas oscuras,
Brilla con lumbre temerosa y varia,
Y al siniestro esplendor que al pecho pasma,
Ve la mente cruzar negras figuras
Ó vaporosa faz de una fantasma.»
. . . .

No es de tan alto estilo la poesía que dedicó más tarde al Rdo. P. Artigas, su catedrático de lengua árabe en el Colegio Imperial; pero es notable asimismo por su versificación, y cua-

dra bien en la biografía de *El Solitario*, pues revela todo lo que el curioso espíritu de éste padeció en Granada, mirando continuamente y admirando con delirio las deliciosas puertas y ajimeces, y los maravillosos muros de las salas de la Alhambra, sin entender las entrelazadas inscripciones, ó recreando á todas horas su fantasía con los recuerdos de Zaidas y Zulemas, de Zegríes y Abencerrajes, sin saber la lengua que hablaban, y ponía nombres á sus vestidos y joyas, á sus arneses y armas. Léanse estas dos estrofas, primera y última de la composición, y, bajo los dos aspectos que dejo señalados, se comprenderá al punto su importancia:

«Yo vi el oro y azul, y el cedro y jaspe
En fábrica triunfal alzarse al cielo,
Mostrando entre esplendores la morada
Que el árabe, venciendo en nuestro suelo,
Levantó en los vergeles de Granada.
Yo vi los altos, anchurosos muros,
Cual guirnaldas de almenas y castillos,
Tres veces coronar la hermosa frente
De los verdes collados del Alhambra.
Yo vi cien torres con fulgor ardiente
Descollar en el árabe recinto,
No de otra suerte que, venciendo al día,
En blonda sien de angélica matrona,

Sobre la luz de rica pedrería
Reluce más el píropo y diamante
En la más alta flor de su corona.
Ceñido en torno de anchurosa alberca
Del alto alcázar contemplé el adarve
Por do á mi mente absorta parecía
Ver aún rondar al africano alarbe,
Ó por las anchas puertas de la cerca
Dispararse el jinete del Algarbe,
Trabando la sangrienta escaramuza
Al alarido audaz del bravo Muza:
Yo vi.... yo vi.... mas nunca mi deseo
De penetrar los ámbitos oscuros
De la historia y costumbres del Oriente
Pude cumplir en cuidadoso empleo,
Que ajeno yo al hablar del feliz Yemen,
Faltaba á mi anhelar la llave de oro
Que abre las puertas al saber del moro.

. . . .

Mas si no en los verjeles granadíes
Tal sed pude apagar, dulce Maestro,
¿Cómo callar que en tu celeste asilo
Cumplí mi afán bebiendo tus lecciones
Que brota el labio en elocuente estilo?
¿Cómo callar que, siéndome tú guía,
Con el que ya logré mágico hilo,
Venciendo ansioso la difícil vía,
Entrara por el Dédalo do el moro
Custodia la oriental sabiduría?....
Y cual ave menor á quien enseña
Águila audaz á remontar el vuelo
Desde el risco tajado de la peña,

Presumiendo feliz en noble anhelo
Subir á los alcázares del cielo
Y disparando al sol las alas bellas
Los orbes recorrer de las estrellas;
Así mi ingenio en férvido entusiasmo
Lanzándose á tu voz, Doctor sublime,
Vuelta al Oriente su ascensión dichosa,
Emprende el vuelo en delicioso pasmo
Por región, si difícil, más gloriosa.
Y en tal empresa, ni ambición más alta
Ni á otra gloria mayor mi pecho aspira,
Que pagar tu solícito cuidado
Al eco agradecido de mi lira,
Resonando en mi cántico encumbrado:
«Que ya logré por ti la llave de oro
Que abre las puertas del saber del moro.»

Grande instrumento se ve, pues, que poseyó *El Solitario* para la alta poesía de Quintana ó Gallego, y de Heredia y Bello, en la única composición superior de cada uno de estos poetas trasatlánticos; y aun para haber entrado, si tal quisiera, con gloria en el ruidoso concierto de los futuros poetas románticos. Pero su educación literaria, y el propio modo de ser suyo, suficientemente descrito ya, le alejaban juntamente del espíritu de la última de aquellas escuelas; y la lira político-filosófica, que tan grandes sones dió en nuestra literatura, desde la oda *Al fa-*

natismo por Meléndez, hasta el canto epitalámico de Quintana en las últimas bodas de Fernando VII ó la *Corona fúnebre*, llegó, no sé por qué, demasiado tarde á sus manos. Nada indica que hasta 1830 la pulsara *El Solitario*, cuando enmudecieron precisamente Quintana y Gallego, para dejar libre cauce á la corriente impetuosa del lirismo subjetivo, individual, egoistamente personal, que los vientos en toda Europa reinantes empujaban y precipitaban hacia nuestro suelo. No halló, pues, propicias circunstancias ya *El Solitario* para emprender con su Musa largos derroteros en demanda de las nuevas regiones. Rota, en el entretanto, el arpa que había deleitado sus años juveniles, resistiósele el pulsar una distinta, exótica además y nunca oída en España, cuando por otro lado no era capaz su alegre ingenio de sentir, ni menos de fingir que sentía á lo Byron, á lo Víctor Hugo, ni á lo Espronceda. Poco á poco fué, pues, enmudeciendo él también de allí adelante, por lo que toca á los cantos amorosos ó graves, ejercitándose si acaso más frecuentemente en los regocijados y burlescos.

Las *Cartas Españolas*, Revista de que he de tratar detenidamente, abrieron de allí á muy poco

sus puertas á Espronceda, recibiendo de él la canción de *Delio á Elisa*, mientras recogían los últimos primores anacreónticos de *El Solitario*, en el *Hurto de Cupido* y *El Jilguero y los besos*. Pero tampoco allí su Citeres, ni sus Filis y Filenos produjeron ya efecto alguno, por más que de ello tratase en versos exquisitos. Pensar, en tanto, que de todo en todo dejara de explayar por eso sus sentimientos íntimos en la poesía, fuera cándido error; porque, ¿quién ha compuesto versos que no incurra, de vez en cuando siquiera, en la manía de volver á componerlos, aunque no sea más que *para el gasto de casa*, como el inolvidable Ayala decía de sus composiciones líricas?

El volumen de versos, que la nueva Colección ha de contener, al mismo tiempo que suprimirá algunos amorosos y pastoriles de la edición primera, por no ofrecer interés hoy, se enriquecerá probablemente con otros, donde, aparte las ordinarias gracias del lenguaje, sobresale entre todos los suyos y por alta manera el talento descriptivo de *El Solitario*. Allí creo que se inserte también, desgajadas unas de las *Escenas Andaluzas* donde no estaban bien colocadas, y otras recogidas acá ó allá, cierto número de sus poesías

festivas, que de seguro sabrán á pocas á los lectores, porque, sin disputa, rivalizan con las mejores del siglo XVII. Como de versos sentimentales, ó con ínfulas de profundos, hemos tenido tanta copia después, quizá celebren ahora los lectores que, huyendo del romanticismo lírico, se refugiase la musa de *El Solitario* á veces en aquel nuevo género, proporcionándoles composiciones primorosísimas en las letrillas intituladas *Cuento de cuentos*, y *La Flor panadera*, *La Niña en Feria*, *El Cabildo de chicos*, *Las Vacaciones del muchacho* y *La Miga y la Escuela*. Semejante esta última, por el asunto y la versificación, á un popularísimo romance de Góngora, mucho más que imitada, parece cosa de todo punto original, tal y como si un mismo autor, no contento con la primera expresión de su pensamiento, hubiese vuelto sobre él y tratádolo dos veces. Ni en el dibujo y colorido, ni en el gracejo y elegancias del estilo y dicción, se llevan las dos obras, á mi ver, ventaja alguna; que si de encontrarla hubiera empeño, encontraríala yo, antes que en la de Góngora, en la de *El Solitario*, por su extensión más importante, y no menos rica y chistosa, sin ningún esfuerzo mío de ingenio ni pasión algu-

na. Pienso asimismo, y no temo que ningún hombre de gusto me desmienta, que el romance sentimental, ó sea burlesco, *Al Manzanares*, que Estébanez Calderón publicó suelto primeramente en las referidas *Cartas Españolas*, y luego reprodujo en el artículo á que puso por nombre *Las Excelencias de Madrid*, figuraría entre los de Quevedo con lucimiento. De alguna otra composición, que por lo subida de color y la abundancia de regocijo todavía parece más hija de aquel grande y picaresco ingenio, no quiero hablar, porque no sé si se reimprimirá al fin; pero ella, como las anteriores, hace pensar que si *El Solitario* hubiera querido ser poeta festivo únicamente, ocuparía en tal concepto un lugar que sólo podrían disputarle Góngora y Quevedo en el Parnaso español de las últimas centurias, ya que lo ocupa único en aquellos artículos de costumbres á que debió más tarde el principal de sus títulos.

Duéleme no poner aquí, en demostración de lo que digo, alguno de los romances ó letrillas del género picaresco de *El Solitario*; mas por no dilatar demasiado esta obra, remito la prueba á la nueva colección, que se dará pronto á luz,

de sus poesías. En ella se comprenderán también ciertamente algunos romances moriscos suyos, que no disonaran, de seguro, en ningún romancero español bien ordenado. Era, en suma, *El Solitario* poeta, y muy buen poeta, aunque en parte malogrado, por la época de transición literaria que le tocó en suerte. Lo más flojo en él fué siempre el artificio métrico, y es, sin embargo, inventor de algunas de las más donosas combinaciones de la versificación castellana. Hablo de las estrofas con esta ó parecida forma empleadas en varias de sus composiciones:

«No más ya,
No más ya tu mente amada,
En placer embelesada,
Llorará
Los verjeles de Granada.»

Y al dar á la estampa *El Solitario* su tomo de poesías, no había cumplido aún treinta y dos años. Su erudición era ya vastísima, principalmente en literatura castellana, dándolo bien á entender la notable colección de historias particulares, comedias antiguas, romances, poesías líricas, y todo linaje de viejos impresos que dejó en depósito en Málaga, y sirvieron á satisfacer

mi primera curiosidad y afición al estudio. De figura, por otra parte, agradable y en extremo simpática; chistosísimo en la conversación, bien que pronunciando algo difícilmente, cosa que contrastaba de un modo singular con la extraordinaria viveza de su imaginación; de naturaleza robusta, y buen humor casi constante; ducho en todas las cosas de la vida, y ejercitadísimo en los donaires, bizarrías, bailes, cantos y chanzas de su tierra, no hay que decir sino que Estébanez contaba con sobrados medios para que la sociedad madrileña le abriera las puertas de par en par. Fué, pues, desde el principio uno de los escasos eruditos ú hombres de ingenio que hayan frecuentado entre nosotros el trato de los salones, al propio tiempo que el de los libros y las imprentas. Dicho sea en honor de las señoras principales de la corte, y aun de nuestra aristocracia en ambos sexos, el ingenio, y hasta la ciencia si se ha dado un poco á entender, han obtenido siempre en los salones de por acá simpático respeto, admiración, y, cuando se ha necesitado, hasta indulgencia, por lo que hace á aquellos defectos voluntarios y externos, que no bastan las más altas dotes intelectuales á borrar

ó esconder. Estébanez Calderón, que era uno de los más sociables y atildados de los ingenios y de los eruditos de la época, brilló, por tanto, muy pronto, alcanzando en pocos meses una posición que ningún provinciano ha merecido quizá en plazo tan corto. Su carrera literaria y su carrera civil se desenvolvieron así una tras otra rápidamente. Claro está, por lo demás, que el recién llegado malagueño, que no era rico, y muy principalmente había venido á buscar fortuna, tampoco descuidó por su parte ningún medio legítimo para granjearse favor.

Era, en el ínterin, y nadie lo ignora, muy singular y crítica época aquella, especialmente en Madrid, más que nunca entonces corazón ó cerebro de España. Las semillas de toda nuestra historia contemporánea, así literaria como política, estaban ya en el suelo, y muchas en estado de activa y poderosa germinación, sin contar con las que despuntaban y crecían á flor de tierra. La lucha definitiva de liberales con realistas, y de clásicos con románticos, aunque contenida aún por el carácter silencioso de la época, más ó menos latente ó disimuladamente existía ya, faltando sólo que, por cualquier acaso,

se rompiesen, con pública y viva saña, las hostilidades. Estébanez, que, según sabemos, era tradicionalista y monárquico de instinto, frecuentó los salones de la gente más en boga á la sazón, según se ve por la dedicatoria de sus poesías á la marquesa de Zambrano, esposa del comandante general de caballería de la Guardia y ministro de la Guerra, que tan favorito fué del Rey. Con el mismo General, que, á lo que parece, era un tanto aficionado á las letras, tuvo naturalmente también buenas relaciones; habiendo primero pensado en él para encabezar el tomo de poesías que con más galante acuerdo dedicó después á su esposa. Pero la hermosa Elegía á la muerte de la duquesa de Frías demuestra que, á la par que el de los íntimos del Rey, cultivaba el trato de la aristocracia liberal que el egregio esposo de aquella malograda hermosura, mejor que otro alguno representaba. Á todo esto, la casa de Madrid en que más confianza y amistad tenía con gran deferencia, era la del conde de Teba, del Montijo después. Databa este conocimiento de Málaga, de donde era natural la bella y seductora condesa, que ha sido por tan largos años el centro de la alta

sociedad madrileña, conservando hasta la ancianidad no poca parte de los atractivos de su brillante y celebrada juventud. La condesa y su marido cobraron á Estébanez grandísimo afecto, á que éste correspondió muy finamente toda la vida. De Málaga se trasladaron primero los condes á Granada, donde su trato con Estébanez se estrechó más y más, y casi al propio tiempo que él se establecieron al fin en Madrid, donde cada día se fué haciendo más íntimo y cordial. Era el Conde de antecedentes liberales, y hasta de exaltadísimo se le había tachado en otro tiempo, por lo cual fué naturalmente de los primeros que, al asomar la lucha entre las pretensiones del infante D. Carlos y los derechos de la recién nacida hija del Rey, abrazaron la causa de ésta con resolución. Á él indudablemente dirigió *El Solitario* este soneto inédito:

«Si con lealtad que en nuestra historia brilla
Y cual noble Infanzón de antigua cuna
Te abrazas generoso á la fortuna
De la flor coronada de Castilla;
Doblada al padre augusto la rodilla
Y ofreciendo tu brazo por coluna,
Levanta la alta voz como ninguna
Contra el dolo, la astucia y la mancilla.

Alza la voz, y nuestra España entienda
Que no dan los ardides cortesanos,
En duda hostil, el cetro y la corona.
Caiga á tu noble voz la ciega venda,
Y el saber y los fueros soberanos
Juren la Infanta, y salven la Matrona.»

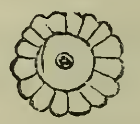
Bastan versos tales para averiguar que Estébanez perteneció al bando que se llamó *cristino* desde el primer instante. Otras poesías suyas inéditas, y de no escaso mérito, persuaden que formó parte activa, cual de su constante moderación política se debía esperar, de aquel grupo de liberales sensatos que, por horror al intransigente y enconado partido apostólico, se habían ido acercando al trono, y acostumbrándose á ver en Fernando VII, con sus rigores y todo, la única garantía de los hombres ilustrados y pacíficos, no sin fundar ya además alegres esperanzas en las dotes singulares de la Reina Cristina, su joven y bella esposa. Prestan testimonio de esta situación de ánimo de *El Solitario* dos composiciones á que supongo dará cabida el editor de la nueva colección de sus obras, en el tomo de versos. Es la una cierta oda *Á la Guardia Real de Infantería y Caballería y al Marqués de Zambrano*, superiormente escrita en estrofas regulares. La

otra, mucho más importante todavía, es una *Oda al Rey sobre los sucesos de América.* Estas son aquellas composiciones elevadas á que sin nombrarlas aludí antes, y demuestra en ambas, cual tantas otras veces, Estébanez, que su entendimiento y estro eran ante todo y sobre todo españoles, lo propio que su corazón. Para un hombre de estado experto y frío, ni en verso siquiera era lícito proponer á la España de 1830 que intentase reconquistar las provincias de América, totalmente organizadas ya en naciones independientes. Mas en Estébanez no fué de pura retórica, ni entusiasmo de ocasión, sino muy sincero y muy verdaderamente sentido el que le movió á suplicar al Rey, en vísperas de la muerte, y á la nación, vecina por fuerza á una sangrienta guerra civil, que sin demora acometiesen la imposible empresa. No haya miedo, decía en versos magníficos:

«Pues los que saben que, naciendo, viven
Con derecho á la luz de opuestos soles,
Y que su patria ilustre hallan doquiera
La planta lleven por la inmensa esfera,
¿Cómo han de ver, en ocio y cobardía,
A círculo mezquino y más estrecho
Menguarse la más vasta Monarquía?»

Para juzgar bien hoy, por otra parte, los sentimientos de adhesión á Fernando VII de que *El Solitario* alardea en las antedichas composiciones, no hay que poner en olvido que al frente del Epitalamio, escrito para su boda con la Reina Cristina, puso ya Quintana, el austero Quintana, en son de exordio, unos cuantos endecasílabos asonantados, ostensiblemente llenos de gratitud al propio Monarca. Los que entonces comenzaban á apellidarse *cristinos*, ya más, ya menos devotos de las ideas liberales, fueron al fin, de todos modos, los que primero constituyeron aquel poderoso bando que mantuvo firme el testamento de Fernando VII, decretó la exoneración de D. Carlos y sus hijos, y abrió cimientos á la organización posterior de la parcialidad política que se apellidó moderada. No muy vehementemente, porque carecía, según tengo expuesto, de ardor político, Estébanez Calderón quedó afiliado á ésta desde entonces, y, en medio de las alteraciones y vicisitudes de los tiempos, no perteneció á otra hasta la muerte. Pero en una cuestión fué desde el principio, no tan sólo decidido, sino intransigente, y entusiasta como quien más; es á saber, en la dinástica. Ahí su peculiar

tradicionalismo estaba conforme con el voto de los más exaltados liberales de la época, bien que por motivos diferentes. Á Estébanez, el oir que en esta tierra donde había reinado Isabel la Católica no debían reinar hembras, sonábale á modo de escandalosa blasfemia. La ley sálica, ó más bien semisálica, que se pretendía aquí aplicar, tenía bastante, en cambio, con solo su nombre y procedencia para serle por todo extremo antipática. Una segunda Isabel, heredera de la primera, lisonjeaba grandemente su sentido histórico y poético, pareciéndole lo único castizo y genuínamente español. Y si en el de allí á poco resucitado *listón verde* se hubiese modificado el lema, dejándolo en *Isabel ó Muerte*, entonces sí que lo habría cantado Estébanez de todas veras.





CAPÍTULO III.

«EL SOLITARIO» Y EL ROMANTICISMO.

Sumario.— Influjo del romanticismo en la carrera literaria de *El Solitario*.—Si fué desfavorable ó provechoso.—¿Hubiera escrito de todas suertes artículos de costumbres?—Diferencias fundamentales entre la lírica clásica y la romántica.—Lucha del romanticismo con el clasicismo en España y Europa.—Augusto Schlegel y la tragedia clásica francesa.—Sistema literario de su hermano Federico.—Chateaubriand y Mad. de Staël. —El *panteismo* alemán y lo que al cabo significó el romanticismo en las letras.—Revolución universal.—Víctor Hugo.—El romanticismo español.—*El Solitario* y Espronceda en campos encontrados.—Gallardo y Usoz y Río.—Lista y sus teorías anti-románticas.—Carácter general de la contienda en España.—Su fin y resultados.—Las modernas ideas sobre el romanticismo.

No cabe dudar, y bien se prueba por lo que llevo dicho hasta ahora, el influjo que la venida del romanticismo ejerció en la carrera literaria de Estébanez Calderón. Para él probablemente fué inesperado tal suceso, por lo poco que debió sonar en la residencia donde había pasado los años anteriores. Allí en materia de libros hubo de estar exclusivamente en-

tregado á los viejos castellanos, y á los de nuestros clásicos de fines del siglo XVIII, con raros ó ninguno extranjeros, por ser casi todos sospechosos en aquella época. Hemos visto ya, como consecuencia de esto, que sus ilusiones anteriores se marchitaron, no bien llegado á Madrid, y que después de algunas tentativas, aunque felicísimas, para abrir nuevos caminos á su Musa, dentro de la tradición española, ora por lo elevado y sublime, ora por lo regocijado y satírico, dejó bien pronto la profesión de poeta, única que había ejercido hasta allí, por propia elección, con amor, y con intenso y sincero entusiasmo.

Hubo de haber para él momentos, aunque acaso breves, angustiosísimos entonces, al contemplar la primera esperanza de su porvenir desvanecida, su carrera literaria frustrada, moribunda la luz de su soñada gloria. Todo eso significaba la yerta indiferencia con que acogió el fruto de tantos trabajos halagüeños el público de Madrid, entre el cual, por lo menos, debían ya de correr los nuevos libros de poesía; es á saber: las *Meditaciones*, publicadas en Francia en 1820; las *Orientales*, igualmente dadas allí á

luz en 1829, y otros más de su autor, decididamente romántico ya en 1831, sin contar con que Byron, desde tiempo antes, había de tener hecha su aparición también entre los pocos ó muchos que conocieran á la sazón en España la lengua inglesa.

Como verdadero hombre de ingenio que era, halló, sin embargo, en sí Estébanez, y antes de mucho, nuevos recursos, luchando sin tregua en varios géneros, pero no con calor, ni fe, hasta que, puesto en comunicación con el público, señalóle éste, con su pronto y universal aplauso, el camino llano que había de conducirle al verdadero puesto que le tocaba ocupar de allí adelante en la literatura patria. ¡ Bienhadado para Estébanez el romanticismo , si el romanticismo fué la única causa de aquel cambio de aficiones y tareas, y de aquella trasformación de su carácter literario! Jamás habría sido como poeta Estébanez, con todas sus indisputables dotes, lo que es para las letras nacionales en tanto que prosista y escritor de costumbres.

No es, con todo, improbable, ni mucho menos, que, sin el romanticismo, hubiera parado al cabo en prosista, y gran prosista, el vate mala-

gueño. Posible es igualmente que de todos modos hubiera escrito artículos de costumbres, antes ó después. Pero es tamaño el amor que inspira la poesía cuando se cultiva desde la primera edad , que, aun brindando con menos éxito que otras materias, se suele gustar más de ella que de ninguna, y preferirla interiormente á todas. Y es que los versos rara vez se escriben para los demás, particularmente en la época juvenil, ni se mira en ellos tanto la futura gloria cuanto la satisfacción presente, ni se reputan objeto de lucro, si en algún extraño caso lo pueden ser, hasta que, pasado el candor y la pureza de sentimientos de los primeros años, por desdicha se habitúa el alma á explotarse á sí misma, ofreciendo á cambio de la satisfacción de los goces materiales, cual moneda corriente, todo aquel bien íntimo y personal que produjo y comunicó antes con sublime desinterés. No tuvo ciertamente ocasión *El Solitario* de entrar en semejante comercio de sentimientos poéticos, lícito, me apresuro á decirlo, cuando las exigencias irresistibles de la realidad obligan al espíritu á inclinarse al suelo. ¿Ni qué otra cosa hace el águila misma si divisa en él su presa, con ser ave de

Júpiter, y tal, que ni el más encumbrado y glorioso de los vates, se siente de ser puesto en comparación con ella, cuando á tanto llega el entusiasmo laudatorio de críticos ó lectores? Como su tomo de poesías no se vendió, mal pudo, con efecto, *El Solitario* explotar, aunque le hiciese falta, que no lo sé, y él hubiera convenido en ello, los frutos de su musa juvenil.

De todos modos, este amor singular de los poetas á sus versos, de que hablo, no hay por qué no se diese en nuestro malagueño también. De seguro lo experimentaría, y pasaría, por lo mismo, muy malos ratos, pensando en el triste porvenir de aquellos pastores y aquellas zagalas, á quienes por tantos años había tenido encargados de expresar sus secretos pensamientos y afectos. Quedáronle, á la verdad, por desahogo del corazón, sus sonetos, donde fué relatando, á modo que en *memorias íntimas,* las peripecias del amor formal y definitivo de que ya he tratado en varias ocasiones. Mas esto no era ser poeta, sino amante de profesión, y aspirante á la de marido. Porque el arte propiamente dicho ha de ser desinteresado en su esencia, y mirar á lo universal, que no á los casos particulares, bien que lo

determinado ó concreto se pueda y se suela magnificar, prestándosele, para que vuele más alto, las alas de lo universal y hasta de lo infinito. La intención constituye aquí la diferencia. Ni empece que dejara *El Solitario* de ser poeta para que su correspondencia en sonetos esté muy bien versificada, y resplandezca más en ella el sentimiento que en sus composiciones meramente artísticas ó de carácter impersonal. De todos modos, y aunque no fuese la causa única de una alteración tan importante en su vida el romanticismo, tengo por incontestable que la precipitó y consumó; y que muy principalmente se debió á él la mudanza que desde 1831 en adelante se observa en las ocupaciones literarias de *El Solitario.*

Preséntannos á todo esto sus sonetos amorosos, á causa de lo que tenían de subjetivos y personales, el único lado por donde su genio poético pudo hallarse algo en contacto con el de los nuevos líricos. Porque es sabido que el romanticismo, considerado en la poesía lírica, produjo por donde quiera, incluso España, una introducción más continua y franca, aunque también más sin escrúpulos, del sentimiento personal en las obras poéticas. No que la vida psicológica ó

las cosas interiores del alma dejasen de penetrar en la lírica antigua, que Petrarca, Tasso, Garcilaso, Herrera, y otros y otros, escribieron hartos versos, donde más ó menos latentemente palpita un amor muy por encima del sensual, y aunque sobrado metafísico, real y cierto. Ni cabe la sospecha de que al componer sus versos dejaran de recordar, al modo que nosotros, hasta sin pensar ó querer, los poetas clásicos, cuanto ellos propios tenían sentido y aprendido dentro de sí, en cada caso particular. Es excesiva pretensión la de que sea esta civilización modernísima la única en que hayan observado los hombres que no tan sólo querían con sus sentidos, sino también con su alma, cuando precisamente estaban antes más seguros de tenerla, que desde hace algún tiempo están. Lo que hay es que todo, hasta la naturaleza, es decir, las flores, las aguas, las estrellas, que nadie sostendrá que no viesen tan claramente como los románticos los clásicos, se sujetaba en la composición antigua al orden, á la simetría, á la tranquilidad ó serenidad habituales del arte tradicional, y guardaba todo cierto equilibrio y reposo, en la literatura como en las instituciones ó la ciencia, en la totali-

dad, por fin, de la vida humana. Que esto último se exagerara á mediados del siglo anterior, no lo niego, y que de ahí venga el que, imparcialmente juzgando, nos sepan á insípidos y tibios los transportes y duelos amorosos de Delio ó Batilo, paréceme indisputable. La esencial diferencia entre la lírica clásica y la romántica no consiste, con todo, en eso, sino en que siendo principalmente objetiva y sólo en ciertos casos subjetiva para los primeros, pasó en manos de los segundos á ser subjetiva sobre todo, sin tomar de lo externo á veces sino puramente aquello que exigían la expresión y decoración artísticas de los asuntos. Un buen discípulo de Condillac, por ejemplo, apenas tenía medio de comprender la lírica romántica.

Mas con el subjetivismo de ésta, combinábase á la par la duda universal, que en un principio cartesiana, y sensualista después, había tomado ya la escéptica forma idealista de los lógicos á todo trance, que el propio cartesianismo engendró; y para que más y más se ahondase la duda, traspasando el corazón humano de parte á parte, la incredulidad volteriana del siglo último privó de repente de luz, de esperanzas, de cual-

quiera ilusión eficaz y fecunda, á los poetas. Entonces, ya se sabe, la desesperación, como inesperada corriente torrencial, inundó muchas almas, y de las mejores. De ahí los cantos amargos de Byron y las melancólicas melodías de Lamartine; de ahí toda la lírica romántica. Pero si pudo penetrar el psicologismo en los últimos sonetos de Estébanez, renovándose en ellos el amor metafísico de otros célebres líricos clásicos, ninguna de esas románticas preocupaciones cuadraba, según tengo dicho, á su espíritu, católico por sentimiento todavía más que por convicción, tradicionalista por instinto ó por inclinación irresistible. No fué, pues, romántico, aunque el romanticismo influyera poderosísimamente, á pesar suyo, y en bien ó en mal, que para mí fué en bien, sobre toda su vida literaria. ¿Pero debería yo haber guardado silencio, ó discurrir someramente siquiera, respecto á aquel fenómeno, y aun más que fenómeno, á aquella verdadera revolución literaria, de tal modo enlazada con el peculiar asunto de mi obra? No lo creo.

La lucha de clásicos y románticos, por donde quiera presentaba, en el entretanto, confusos

caracteres, dando lugar á extrañas contradicciones, y más que en ninguna otra nación, en España. He indicado antes, y quiero exponerlo más ampliamente ya, que el romanticismo no significaba, en suma, otra cosa, sino la parte que le correspondía á la literatura en la rebelión general contra todo el modo de vivir anterior, que, latentemente preparada por largo tiempo, estalló al fin en los últimos años del siglo XVIII. Sobrevino el romanticismo, lo propio que se encendió á la sazón el peligroso deseo de abandonar el principio hereditario, que estaba informando todo el organismo social, ahora en la constitución y ejercicio del poder soberano, ahora en el goce de las jerarquías y honores, ahora en los derechos sobre el suelo; lo mismo que en toda su pavorosa profundidad se planteó entonces la cuestión religiosa, no ya suscitada por las protestas, relativamente tímidas, de las antiguas iglesias heterodoxas, ni por las críticas ligeras, y, por lo general, externas ó casuísticas de la incredulidad francesa, sino mediante la crítica germánica, la cual, después de largos siglos de unánime creencia en Dios, aunque hubiese muchos falsos modos y uno solo verdadero de creer en él, acabó por

formular, en términos diversos, el principio panteista, y por tanto ateo, de la unidad de sustancia; lo mismo, en fin, que muchos hombres se sintieron por aquel tiempo inclinados, no ya sólo á renovar ó trasformar la ciencia, sino á derrocarla por su base, negando al conocimiento realidad, y hasta realidad á las cosas. Rompiéronse así de repente los moldes de la literatura en uso, al revolucionario impulso universal. La inicial idea de entonces se cifraba en destruir para procurarse vida nueva, mejor ó peor, pero nueva. Cómo y por qué llegara durante el tal período histórico aquel singular momento en que de la paz religiosa, la paz interior que por donde quiera se gozaba, la paz literaria que el triunfante clasicismo francés había logrado establecer en todas partes, y el orden sumo y absoluta regularidad en todas materias, que únicamente interrumpían tal cual vez guerras parciales sin profundo alcance, pasara á apetecer de un golpe el mundo la intranquilidad, la inseguridad, la confusión y lo desconocido, emprendiéndose, en suma, un movimiento total, arrebatado é irreflexivo, sin dirección ni límites ciertos; fenómeno es que muchos han examinado ya, que otros

tratarán todavía de esclarecer, que ni puedo ni quiero explicar aquí con extensión. Á mí me basta asentar que no fué diferente aquel universal fenómeno de la Revolución de este otro especial que prestó origen al romanticismo en las letras.

No hay por eso mismo ningún principio estético ó literario que dé razón completa de cuanto, en el primer tercio de este siglo, se apellidaba de tal suerte. Románticos venían, en conclusión, á ser todos los que se rebelaban contra la literatura de los últimos tiempos, que, aunque criada en los pañales ilustres del Renacimiento, iba realmente estrechándose, amanerándose, haciéndose menos fecunda de día en día, por evidente contradicción con su propio principio, que era *la imitación de la naturaleza*, puesto que no solía tomarla ya sino de segunda mano, en libros célebres, pretendiendo limitarla además por inflexibles reglas preestablecidas, y no pocas veces arbitrarias. Uno de los primeros y más escandalosos ataques que este sistema de literatura experimentara fué el que le dió Augusto Guillermo Schlegel en 1807, con su paralelo entre la *Fedra* de Racine y la de Eurípides, enca-

minado á demostrar que lo que precisamente les faltaba á los dramáticos franceses de la época de Luís XIV era ser clásicos. Y Schlegel tenía con evidencia razón, aunque no la tengan, á mi ver, los que menosprecien la grande escuela dramática francesa que se tituló clásica, porque fuese más fiel á los asuntos griegos y romanos que á las costumbres y los sentimientos peculiares de aquellos antiguos pueblos. Con todo cuanto hay de convencional y anacrónico en las tragedias de Corneille ó Racine, pienso yo que constituyen hermosísima manifestación del arte dramático, tan digna de estima como aquellas que, no sin agravio de los precursores, suelen llevar los nombres gloriosos de Shakespeare y Calderón. Seguramente no pertenecen al verdadero arte helénico la *Fedra* de Racine, ni el *Edipo* de Martínez de la Rosa; pero de que sean verdaderas obras de arte, no cabe, á mi juício, dudar, contemplándolas imparcialmente.

Parecía al principio que el antecitado crítico alemán no pretendiese otra cosa sino restablecer el carácter genuíno de la primitiva tragedia clásica; pero un *Curso de literatura dramática* que, corriendo el año de 1808, profesó en Viena, oído,

y popularizado por Mad. de Staël antes que por su propio texto, dió ya á entender que, admirándolo y todo hasta el entusiasmo, lo que en puridad quería era relegar el clasicismo griego y latino al mundo antiguo ó gentílico, para que todas las artes quedaran exclusivamente informadas por el espíritu cristiano, tal como lo formó y desenvolvió la Edad Media [1]. Á título de representantes de este espíritu en todo su desarrollo y esplendor, fueron Shakespeare y Calderón los ídolos de Augusto Schlegel, que no por otra causa, simpatizaba todavía más que con aquel singular adivino del alma humana, con el teólogo del honor caballeresco; y del amor humano y místico que el teatro del último revela. Más dogmático y menos crítico, en mi opinión, lisonjeábase Federico Schlegel cuando puso término á su *Historia de la literatura antigua y moderna*, con la patriótica y piadosa idea de que el genio germánico, precursor ó maestro del mundo en adelante, unificaría en sus propios moldes toda la humana conciencia, logrando que reflejase universalmente la renovación y

1 *Cours de littérature dramatique*, traduit de l'allemand par Madame Necker de Saussure. Nueva edición: Paris, 1865.

renacimiento de la *palabra eterna*, así en las artes cuanto en las ciencias, con lo que pensaba que se desvanecería cual sombra el panteismo de los filósofos, y ocuparía su lugar lo *positivo divino*, cada día más abundante en magníficos desenvolvimientos. Este nuevo numen, principalmente debía aparecer é imperar, según él, en los campos de la literatura, engendrando la poesía de la verdad, resumen, no de esta ó aquella, sino de todas las tradiciones humanas igualmente, síntesis de lo eterno, palabra del alma, en el mundo espiritual [1]. Tales como eran, clarísimo para alemán el uno, algo nebuloso el otro, aunque no tanto que su intención no se dejase entender, fueron estos hermanos célebres los que el romanticismo reconoció mayormente por legisladores. Lo caballeresco, lo cristiano, lo germánico, les debieron así no poca parte del favor que en lo sucesivo gozaron.

Indudable es, en el ínterin, que aquello que en Chateaubriand apellidaban los escépticos mera

[1] *Storia della letteratura antica è moderna*. Traduzione da tedesco di Francesco Ambrosoli: Milan, 1828. Válgome de esta traducción porque fué revisada y aclarada en algunos puntos por el autor. Véase sobre todo la lección décimasexta y última.

manía de cristianizarlo todo, precedió á la crítica de ambos Schlegel. No, no andaba errado Théophile Gautier [1] al calificar de *abuelo* del romanticismo al autor de *Atala*. Salió esta obra á luz en 1801, y ella fué ya una tentativa de Chateaubriand para darse previa cuenta del efecto que en los hombres de su época harían así el estilo como las tendencias que trataba de elevar á su último punto en *El Genio del Cristianismo*. Pero la práctica de Chateaubriand y la teoría de los dos Schlegel probaron á un tiempo que alguna causa, latente hasta allí en la conciencia humana, é independiente de los caprichos individuales, producía el fenómeno de que la contradictoria literatura, simultáneamente tradicionalista ó autoritaria de una parte, y de otra democrática y atea, de los últimos días del siglo XVIII, fuese de súbito rechazada y sustituída con otro orden de ideas, por igual contradictorio, donde se hermanaban la revolución escéptica con la fe cristiana, y el amor á lo caballeresco con la rehabilitación de lo grosero y vulgar. ¿No se ve por esto sólo clarísimamente que todos los caminos

[1] *Histoire du romantisme:* París, 1877.

parecían buenos, con tal que llevaran el pensamiento y las obras fuera de lo usado, conocido ú existente? Hasta la insigne Mad. de Staël, majestuosamente asentada entre dos siglos (cual de Napoleón dijo Manzoni, al ensalzar sus glorias militares y políticas), si resistió las extrañas novedades de los poemas en prosa de Chateaubriand, cedió al cabo al influjo de la doctrina estética de los Schlegel, sometiéndose no poco á la nueva escuela, aunque en realidad con ánimo más semejante al de *René*, melancólicamente incierto, que al de aquellos honrados y convencidos críticos alemanes, sus buenos amigos, y creyentes de verdad, según parece.

Mientras difundían con calor éstos la flamante doctrina romántica, el panteismo, que no entendía la historia ni la religión como ellos, mostró bien que era de suyo mucho más firme y poderoso enemigo que los dos imaginaban, sobre todo viviendo un Schelling y un Hegel. Toda teoría de arte exclusivamente cristiana tenía contra sí, además, por argumento práctico y abrumador, el maravilloso trabajo de Goethe, realizado en diversas direcciones, pero siempre fuera de lo *divino positivo* y la palabra del alma, como engen-

drado en un espíritu indiferente, que sólo quería usar del cristianismo al modo que de una mitología cualquiera. El superficial escepticismo francés, por su lado, conservaba todavía también bastantes raíces para ser peligroso, y embarazar la restauración cristiana que se pretendía. Aquella soñada unidad de la conciencia humana no se pudo, pues, realizar al cabo y al fin, en Alemania, ni en Francia, ni en parte alguna. Lejos de ello, con razón ha juzgado Saint-Beuve hermanos al *René* de Chateaubriand, al *Werther* de Goethe, y al *Childe-Harold* de Byron, los tres personajes principales de la literatura del siglo, á la par devorados por un escepticismo amargo, que en sólo uno de ellos parecía templar algún tanto la fe. Por otra parte, si Walter-Scott se complació, con efecto, en resucitar mucho de la Edad Media, y la musa de Schiller ordinariamente fué fiel á la tradición germánica, el Oriente y las penínsulas meridionales de Europa atrajeron más que todo á Byron, á Lamartine, al propio Chateaubriand, luego que dejó de pasear su musa en prosa por los desiertos de América. La representación de la sociedad contemporánea se imponía á todo esto, cual más ó menos clara-

mente se impone siempre en la literatura. Por eso la mayor parte de la atención de los líricos, de los novelistas y los dramáticos de la época, recayó, en último término, sobre la vida que ellos realmente vivían, inspirándose en las ilusiones y tristezas alternativas, en las contradictorias dudas religiosas y metafísicas, en la confusión anárquica de recuerdos, esperanzas y deseos que tras sí dejaran las tremendas revoluciones ó reacciones de principios del siglo. Todo lo cual combinado ocasionó, según tenía que suceder, que el romanticismo, en su definitiva expresión y concepto, no fuese nada de lo que concretamente pensaron los Schlegel, sino lo que yo he dicho, á saber: una especie de alianza confusa de principios, sentimientos y aspiraciones, en todo discordes menos en la rebeldía contra el estado de cosas literario inmediatamente anterior, ó sea contra el *antiguo régimen*, bajo esta fase, tomando por régimen antiguo aquello que habían establecido en cada dirección definitivamente lo más del décimosétimo y todo el siglo décimoctavo.

Y en tal concepto entiendo que no carece de razón la importancia extrema que en la historia

del romanticismo se ha dado después á Víctor Hugo. Soy yo de los que piensan, y de los poquísimos que hasta aquí confiesen tal opinión, que no ha de sancionar la posteridad el sumo puesto que le otorga hoy su patria en la poesía. Sé también ya que, seis años antes de dar á luz el famoso proemio de Cromwell, abominaba del romanticismo y de los alemanes sus fautores, no hallando otra diferencia entre las tragedias de Schiller ó Shakespeare y las de Corneille ó Racine, que el ser éstas muchísimo mejores. Pero una vez hecha su apostasía literaria, movido por desordenado amor al éxito, al ruído, á los aplausos de la muchedumbre, bien ó mal obtenidos, antes que por la persuasión de los nuevos principios, adquirida en atento estudio de ellos, fué sin duda quien formuló más clara y exactamente, con la ordinaria sagacidad francesa, el sentido de la revolución literaria que el romanticismo encarnaba, y después de su estrepitosa conversión, es, entre los escritores célebres, el que ha permanecido y permanece más fiel al espíritu romántico. Su poesía es la revolución misma versificada, con el régimen del *Terror*, el espíritu socialista, el *utopis-*

mo cándido, y todo cuanto distingue el período álgido de 1791 á 1793. No en balde uno de los discípulos de Víctor Hugo acaba de comparar la poética de su maestro, y de todos los que califica de románticos, es decir, de cuantos reniegan del arte que les precede, con el sistema de la lucha por la vida, ó la ley de Darwin aplicada á la literatura [1]. Lo cierto es, entre tanto, que aquella revolución, de todos modos incruenta, lo propio que las de la política, de mucho mayor peligro por su parte, han dejado lo más de este mundo como se estaba, cambiando antes la forma que el fondo, los nombres que las cosas: derogando justamente algunas malas ó medianas leyes, y sacudiendo el yugo de ciertos tiranos, antes débiles que perversos; pero sin poder sustraerse á los cánones, á los límites, á los principios de razón que la naturaleza hace eternos.

Todavía viven entre nosotros no pocos de los antiguos románticos, y los más de ellos ignoran cómo y cuándo, pero todos saben ya que han dejado de serlo. Y es que una vez por tierra el cla-

[1] E. Deschanel: *Le romantisme des classiques:* París, 1833.

sicismo oficial, ó antiguo régimen de las letras, nadie piensa en pelear, sino en vivir, y vivir razonablemente. El orgullo de estas últimas generaciones padecería quizá si se diesen exacta cuenta de lo poco y baladí que se ha suprimido en lo que había, y de lo mucho que sin querer se conserva ó ya se ha restaurado de lo anterior. Por supuesto que, todavía menos en España que en otras partes, se dieron los contendores bastante cuenta de las tendencias varias que en su seno traía la nueva escuela que hacia 1830 nos vino por dos partes á un tiempo: de Inglaterra con algunos ilustres emigrados; de Francia con sus libros, siempre aquí muy leídos, y traducidos con harta frecuencia. Conviene advertir, por otro lado, que nunca entre nosotros fué tan cruda la contienda de clásicos y románticos como se echó de ver en Francia con motivo de la primera representación de *Hernani*. Por de pronto, los discípulos de Lista, oriundos de la última escuela sevillana, no acababan de dejar de ser clásicos, llamáranse como se llamaran. Pocos amigos de la vieja literatura en el ínterin, ni aun Gallardo, que miró siempre más á la forma que al fondo, detestaban de veras el espíritu ro-

mántico; antes bien lo solían prohijar, aparte del teatro, donde fué siempre más exaltada la discordia. Pero en el teatro mismo protegieron, si no practicaron, el romanticismo tres imitadores ó traductores, nada menos, de *Poéticas clásicas*, Pérez del Camino, Martínez de la Rosa, y Castro y Orozco. Hubo, á la verdad, polémicas entre los periódicos, y críticas recíprocamente injustas, como la que, por ejemplo, hizo un día *El Eco del Comercio* del inmortal *Don Alvaro* del duque de Rivas. Larra mismo, con su inclinación al romanticismo y todo, se mostró bastante ecléctico, y poco enamorado del teatro de Dumas ó Víctor Hugo en su crítica de *Antony*, mientras el malogrado Enrique Gil, mayor prosista que poeta, contra lo que se piensa comúnmente, juzgaba con criterio intermedio las nuevas poesías líricas de Zorrilla y Espronceda. El propio Lista, que en aquel tiempo era una especie de Poética viva, hablada, en constante acción, si bien enemigo acérrimo del nuevo teatro francés por las impías é inmorales inclinaciones que en él se descubrían, y poco admirador de Víctor Hugo, especialmente en su célebre *Nôtre Dame de Paris*, encerró, para contraponerla al *romanticismo*, toda

doctrina crítica en estos términos, por demás sencillos: «Para nosotros, decía, es clásico todo lo que está bien escrito, designando las composiciones con los títulos de buenas ó malas, sin cuidarnos mucho de si son clásicas ó románticas, y este es, en nuestro entender, el mejor partido que pueden tomar los hombres de juício [1].» Y tal fué, con efecto, el partido que más generalmente se siguió en España, así por los literatos como por el público ilustrado.

No era, mientras tanto, posible que en toda aquella larga contienda el genio satírico de *El Solitario* dejara de dar de sí alguna muestra, y con efecto la dió en cierto artículo, cual todos los suyos, sabrosísimo. «Permitidme (le hace en él decir á un cierto D. Crisanto) que tome el asunto con estilo, si bien compendioso y brevísimo, al menos con altisonantes y encumbradas palabrotas, según y conforme á la secta romántica que profeso, impetrando también el favor y acorrimiento de sus más heroicos defensores. Prestadme vuestra ayuda, *sombras ensangrentadas;* dadme vuestros lindos y apreciados diminutivos, *Re-*

[1] Artículos sobre el Romanticismo, insertos en el II tomo de sus *Ensayos literarios y críticos:* Sevilla, 1844.

migio y Rosalía, y vosotros, *incolas del subterráneo* habitado.... ¡ay, y, y, y, señores circunstantes!!! Era la noche, y noche aquella de despelado Enero, en que Micifuf y Zapaquilda, dando corcovos y carrerillas por desvanes y aleros de tejados,

Con sus mayidos y terribles trinos,
Enteran del negocio á los vecinos....

Era de noche, digo, y la luna, cerniendo su salvadera de plata en la zaranda de azul y éter de los cielos, espolvoreaba á manos llenas en la oscura tierra los raudales de globulitos, menuditos, chiquirriticos, de su argentada lumbre. Todo era silencio y horribilidad, sin escucharse ni el chillido del *mus* por el sótano, ni sentirse en el ambiente la garrulidad del sibilante vientecillo. Todos dormían, todos ronflaban....» ¿Á qué copiar más? No hay la menor duda que el estilo de los románticos, por buscar novedad, con frecuencia frisaba en lo ridículo, y *El Solitario,* que era clásico de raza, sin duda aprovechó una ocasión que le vino á mano para despertar risa á costa de ellos. Otro tanto hizo Mesonero en un celebrado artículo y cierto dis-

curso académico. Espronceda, en cambio, el romántico español por excelencia, no tan exclusivo imitador como dicen, pero innegablemente poseído de un espíritu algo semejante al de Byron, publicó en *El Artista*, bajo el epígrafe de *El Pastor Clasiquino*, ayudándose de la mordacidad del lápiz, para que, entrando por los ojos, fuese más eficaz la burla, un articulito en que su personaje habla por estos términos: «Églogas, venid en auxilio mío, aquí donde la *máquina preñada* (es decir, el cañón) y el sonoro tubo (la trompeta) no vienen á turbar mis solaces.... Por el Pan que rige mi manada, yo he de hacer ver al mundo que esa caterva de poetas noveles, idólatras de los miserables Calderón, Shakespeare y comparsa, son inmorales y no saben escribir una Égloga, ¡qué digo una Égloga!, ni siquiera cometer la figura llamada *Onomatopeya*.» ¡Lides verdaderamente inocentes! ¡Pluguiera á Dios que á la sazón no conociese otras España!

Porque mientras la política, después de haber ya llenado al país de duelo, con recíprocas y sucesivas proscripciones, ensangrentaba horriblemente los Pirineos españoles, y tardaba poco en

manchar también con sangre las más populosas y cultas de nuestras poblaciones, la revolución literaria paró aquí en bien poco, arraigándose menos que en las demás naciones, si se exceptúa Italia, que no ha sabido dejar de ser clásica jamás. Werther, René, Childe-Harold, llegaron á estar entre nosotros de moda; pero ni Espronceda mismo, ni Zorrilla, ni ninguno de nuestros jóvenes líricos de entonces, cultivaron exclusivamente aquel sistema de poesía desengañada y amarga, que nunca perdió aquí su carácter exótico, ni llegó á ser verdaderamente popular. Todavía en *El Estudiante de Salamanca* de Espronceda hay más reminiscencias del *Don Juan* de Tirso que del de Byron. Tocante al clasicismo, todo se redujo, en el ínterin, á ahuyentar, por una parte, de nuestro teatro la tragedia regular francesa, que, después de producir centenares de pésimas ó medianas obras, ya originales, ya traducidas, acababa de adquirir cierta popularidad, por virtud de algunas muy estimables, y gracias al genio trágico de Maiquez, sustituyéndosela con los dramas de veneno y puñal de la nueva escuela; por otra, á despedir de la poesía lírica á los pastores, que en verdad ha-

bían hecho el gasto sobrado tiempo, trocando, en todos los géneros literarios, por la de Cristo ó la Virgen, las invocaciones, realmente vanas, dirigidas hasta allí á Jove ó Tetis.

Verdad es que Lista, el sesudo y tímido Lista, defendió todavía á aquellas pobres deidades con calor digno de mejor causa; pero inútilmente. «Si los románticos (decía hasta con cólera en esta ocasión), ambiciosos de ser originales, no lo son sino como los revolucionarios de 1789, destruyendo todo lo existente, adquirirán una triste celebridad [1].» Y por señas que parece imposible que tan corto motivo fuera el que á aquel erudito crítico le pusiese en la verdadera pista de lo que el romanticismo quería y significaba; mas ello es cierto, según acabamos de ver. En cambio, resuelta y casi instintivamente se apartó siempre Lista de la opinión de los Schlegel, que veían ya la representación del nuevo arte literario en nuestros dramáticos del siglo XVII. Para él, como para D. Agustín Durán, en teoría, y otros muchos jóvenes dados á escribir piezas de teatro, no era cosa particular, sino naturalísima, el que entre

[1] Del uso de las fábulas mitológicas. Tomo I de los citados *Ensayos Críticos.*

nosotros renaciera y de nuevo brillase el espíritu dramático de nuestro siglo décimosétimo, mas no por romántico, sino por español. Si se hubiera convenido en que romántico y español eran términos sinónimos, Durán y Lista hubieran sido, quizá, mucho más románticos que fueron. El culto que profesaba este último á Moratín, el hijo, en la comedia, como en la lírica á Meléndez, no empecía á su admiración sin límites respecto á Moreto, Alarcón y Calderón mismo, aunque reconociese que *La Vida es sueño* era un drama parecido á los que se había dado en llamar románticos. Durán, en tanto, siguiendo el camino emprendido por su amigo y maestro Quintana en la colección de poesías de Estala ó Fernández, sucesivamente ensanchado por Grim, Depping, Wolf y otros en Alemania, había ya restablecido la popularidad de los romances en España, tarea en la cual, por propia confesión, le prestó siempre cuantos auxilios pudo *El Solitario*, y que éste mismo y Gallardo tuvieron también emprendida, ó juntos, ó cada cuál por su cuenta, diferentes veces. Complacíale á Durán, como á Lista, no ya lo que tales composiciones podían tener de común con la nueva escuela li-

teraria, sino lo muchísimo que tenían de indígenas y nacionales. Por eso mismo ni hubo ni pudo haber tampoco divergencias, entre nuestros principales críticos, con motivo de la resurrección de los diálogos, á la manera de Lope ó Rojas, que esmaltaron *El Trovador* de García Gutiérrez y *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch, ni con ocasión de los nuevos romances de Zorrilla ó del duque de Rivas, tan semejantes á los de otros tiempos en ostentosas descripciones, aventuras de amor y lances ó danzas de espadas.

Por remate y fin de todo, diré que lo que más que nada trajo esta revolución literaria, fué una confusión grandísima de gustos, de creencias y opiniones, á favor de la cual los sacerdotes de los antiguos y los nuevos dioses se entendían por lo regular á maravilla, sin el menor fanatismo de escuela. Así se vió que, igualmente que las de las *Cartas Españolas*, ocupó Gallardo las páginas de *El Artista,* hasta el punto de andar juntos unos versos suyos, no ya románticos de nombre, como su canción á Blanca Flor, sino de purísima reminiscencia clásica, con la diatriba de Espronceda contra el Clasiquino

de que he hecho memoria. En este último periódico escribió asimismo otro ardiente apasionado de nuestros viejos libros, Usoz y Río, de quien algo más he de decir luego, alternando en paz, mediante sus artículos en prosa y sus poesías, por el tono y el artificio métrico románticas, no ya sólo con Espronceda, sino con Zorrilla, que hacía entonces sus primeras armas.

Al concluir ahora este ligero bosquejo de la historia literaria de medio siglo ha, quiero apresurarme á exponer que no otorgo la palma á ninguna de las dos publicaciones periódicas que principalmente representaron las doctrinas rivales, ni mucho menos intento contraponer la tertulia de donde salieron las *Cartas Españolas*, á la del benemérito D. José Madrazo, en que se engendró *El Artista*. Á ella concurrió también Estébanez cuando volvió de Logroño á Madrid, y nadie puede negar el mérito de los fundadores de este último periódico literario, mi inolvidable amigo D. Eugenio de Ochoa, D. Federico Madrazo y su hermano D. Pedro, el más constante de los redactores. Mi objeto no ha sido, ni será nunca otro que determinar la sucesión y establecer el respectivo valor de los hechos.

Hoy que el romanticismo es cosa muerta, y que la moda reinante lleva á la literatura por otros caminos, mucho peores, no faltan críticos que *a posteriori* quieran dotarlo de una teoría general, que juzgo imposible inferir de los hechos, haciendo que proceda de un principio fundamental y único, cuando su fuerte fué no depender de principio alguno, como por tal no se reconozca y entienda una simple negación; es á saber: la negación sistemática, y en ocasiones brutal, de todo cuanto había existido anteriormente, no más que porque había existido. El concepto que veo predominar actualmente acerca del romanticismo, se asemeja mucho al de Beyle (ó Stendhal), que lo conoció al nacer. Según aquel pensador, para mí excesivamente alabado en nuestros días, el romanticismo consiste en suministrar sólo obras al público que, dadas las presentes costumbres y creencias, deban proporcionarle el mayor placer ó deleite posible. Si esto fuera el romanticismo, como se pretende, no habría muerto, á la verdad, sino antes bien modificádose un tanto, al compás de las exigencias de la época, en los asuntos y el estilo, no siendo, en suma, otra cosa que él, bajo

un aspecto diferente, el naturalismo contemporáneo. Niégole yo á esta escuela, género ó moda, según se quiera, que con la denominación de naturalismo infesta hoy la literatura, muchos méritos que le conceden otros; pero no el de dejar de estar en correspondencia con las costumbres, bien que malas costumbres, ni con las creencias, ó, por mejor decir, con la descreencia ordinaria del país en que ha nacido, y de los países que lleguen con él á contagiarse. Ni siquiera desconozco, y aún he de explicarlo más largamente después, que uno de los principales fines del arte, tal como los naturalistas lo entienden, sea el deleite, bien que para mí no sólo el deleite sensual. Pero en el romanticismo se representaban ya tales dolores y catástrofes, y el naturalismo describe tan bajas miserias, que no pienso que hayan podido causar nunca, ni ahora causen, deleite ó placer, por lo cual debe de haber algo más que eso en el arte, algo de que se olvidó Stendhal, y con él olvidan los que resucitan y procuran hoy generalizar su doctrina. ¿Cómo desconocerlo? Ni el romanticismo, según Víctor Hugo, ni el naturalismo que se practica ahora, se cifran tan solo en el deleite que procuran

á los lectores, antes bien consisten en la preferencia íntima que uno y otro dan al mal sobre el bien, á lo grotesco ó bestial sobre lo sublime y lo bello, á la perversión sobre la perfección; y aun por eso, el autor de *Le Roi s'amuse* debe ser reconocido por tan abuelo del naturalismo de ahora, como lo fué Chateaubriand del romanticismo primitivo, á juício mío y de cierto crítico francés. Cuando luego trate expresamente del naturalismo, quedará patente este aserto.

Más que yo quería se ha dilatado una digresión, que no me era dado, según expuse previamente, omitir, por la importancia que el romanticismo tuvo en la trasformación literaria de Estébanez, y por haber justamente nacido, crecido y casi llegado á su mayor auge, al tiempo mismo que se publicaban las *Cartas Españolas*, teatro de los mayores esfuerzos intelectuales de nuestro escritor. No colaboró ya éste en *El Artista*, porque se hallaba lejos de Madrid, y entregado á muy distintas ocupaciones de las literarias, conforme veremos; pero su tradicionalismo clásico y sus burlas á los románticos nunca le impidieron ser bien recibido, en confirmación de lo que dije antes, no tan sólo en la

tertulia de D. José Madrazo, sino en todos los círculos donde sus adversarios preponderaban, y hasta en el *Liceo* de Madrid, á cuya organización contribuyó, desde que en modesta tertulia literaria tuvo principio; ni más ni menos que Lista, el duque de Frías ó D. Juan Nicasio Gallego. Callo aquí á Martínez de la Rosa, porque éste, cual es sabido, fué de los importadores de la nueva escuela en lo dramático, aunque al propio tiempo haya en esto que recordarle como uno de los últimos y más felices imitadores del clasicismo francés.





CAPÍTULO IV.

«EL SOLITARIO» ARTICULISTA DE COSTUMBRES.

Sumario.—Vuelve sus ojos á la prosa *El Solitario*, é introduce en España los artículos de costumbres.—Historia de este género de literatura, según Mesonero Romanos.—Fundación de las *Cartas Españolas* y publicación del primer escrito en prosa de *El Solitario*.—Verdaderos antecedentes de los artículos de costumbres.—*L'Hermite de la Chaussée d'Antin*, ó De Jouy.—*Pamphlet des pamphlets*, ó Paul Louis Courrier.—Mesonero Romanos, ó sea *El Curioso Parlante*.—Larra, ó *Fígaro*.—Quevedo y la literatura picaresca castellana en general.—D. Juan de Zabaleta y su *Día de fiesta en Madrid*.—Originalidad de *El Solitario*.—Excelencias peculiares de su estilo.—Fenómeno de las costumbres y el habla, más castizos en Andalucía que en otras provincias.—*Escenas Andaluzas*.—La pintura de costumbres en Quevedo y *El Solitario*.

Cuando el romanticismo estaba aquí realizando su más brillante que profunda evolución, y mientras las ideas y sentimientos, de que hablé al final del cap. II, agitaban la mente de Estébanez, tocante á lo privado y lo público, justamente trascurría, entre 1831 y 1834, el período más activo, fecundo y glorioso de toda su carrera literaria.

Verdad que no hizo entonces sino recoger los frutos, maduros ya, del último período, tranquila y silenciosamente pasado en Málaga, utilísimo para la formación futura de su prosa, bien que no lo fuese para la renovación de sus principios poéticos. Habiendo tratado de los postreros ensayos de su Musa, tócame ya aquí hablar de su prosa, con la cual se fué encariñando más y más á medida que iba dando de mano á la poesía. Para empezar importa que por un instante deje la palabra á mejor testigo que pueda yo serlo: al célebre escritor de artículos de costumbres Mesonero Romanos. Tratando del origen de ellos, en el primer volumen de la reciente colección de sus propias obras, salieron de tan experta pluma los párrafos que van á continuación:

«No fui yo (dice) el solo en lanzarme por este camino *absolutamente nuevo*. Á mi lado tuve un insigne compañero, un modelo de ingenio y de buen decir, el erudito D. Serafín Estébanez Calderón, que, bajo el seudónimo de *El Solitario,* empezó á trazar por entonces en las *Cartas Españolas* sus preciosísimos cuadros de costumbres andaluzas con una gracia y desenfado tales, que

pudieran equivocarse con los de un Cervantes ó un Quevedo, si bien el extremado sabor clásico y arcaico que plugo dar á sus preciosos bocetos al erudito *Solitario*, perjudicaba á éstos para adquirir popularidad entre los lectores del día. De todos modos, el autor de las *Escenas Matritenses*, que procuraba seguir en la exposición de éstas una marcha más sencilla y moderna, un estilo más usual, reconoce como su gloria mayor el haber alternado semanalmente en su primer período con el insigne *Solitario*, aquel ingenio singular que, por desgracia para las letras patrias, hubo muy luego de abandonarlas para seguir diversos destinos. El ejemplo de ambos jóvenes, laboriosos y entusiastas por la patria literatura, no sólo despertó de su marasmo al indolente público de entonces, sino que sirvió también de estímulo á otros jóvenes é ingenios privilegiados á lanzarse á la palestra, donde habían de alcanzar merecido lauro. Entre ellos descolló el malogrado *Fígaro* (D. Mariano José de Larra), que, animado por ambos, y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió pocos meses después sus primeros opúsculos, bajo el epígrafe de *Cartas de un Pobrecito*

Hablador.... El intento constante del ingenioso y discreto *Fígaro* fué (con cortas excepciones) la sátira política, la censura ó retrato apasionado de los hombres de la época: *El Curioso Parlante* se proponía otra misión más modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las costumbres andaluzas, el erudito y castizo *Solitario*, y ambos miraron sin asomo de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Fígaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni antes ni después ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera felices imitadores.»

En el fondo es ciertamente imparcial y generoso este capítulo de historia literaria. Cúmpleme, sin embargo, aclarar algunos detalles que interesan á Estébanez, y por eso mismo á mi asunto, tomando más de atrás, y exponiendo con más particularidad las cosas.

El título de *Cartas Españolas*, de que se hace ahí mención, lo llevó cierta Revista, publicada en

Madrid desde Julio de 1831 hasta Noviembre del siguiente año, y que, con ser de aquel tiempo, no quedó inferior á ninguna de las que hemos conocido después, ni á las mejores publicaciones de su índole que la precedieron en España, tales como el *Diario de los literatos*, el *Mercurio histórico y político*, el *Semanario Erudito*, ó el *Almacén de Frutos literarios* del siglo pasado; y ni siquiera á *El Censor* de la primera época constitucional, que redactaron algunos doctos afrancesados. Dirigía las tales *Cartas* D. José María Carnerero, muy mediano literato, aunque, á fuer de antiguo diplomático, hombre de mundo y de buen gusto; pero desde el primer día se hizo el alma de ellas *El Solitario*. De pluma de éste fué ya el prospecto, primera muestra pública de su admirable prosa satírica, con este extraño título: «*Frontis en papel, que sale de paraninfo ó viene de antefecha á ciertos discursos que, con lema de* CARTAS ESPAÑOLAS, *verá el benévolo público, andando los dias.*» Allí supone una tertulia, que bien pudiera ser, disfrazada, la de los condes de Teba, lo cual sospecho por ciertas palabras que al célebre literato francés M. Prosper de Mérimée, su íntimo amigo, le escribió años después; y en ella retrata pica-

rescamente á todos los redactores, sin exceptuarse á sí mismo. Allí, en aquel prospecto, es, por señas, donde refiere que, á causa de cierto elogio que días antes había escrito de la soledad, solían apodarle *El Solitario ;* mas ya el lector recordará lo que tengo dicho acerca de este punto. No deja de ser raro que el tal elogio de la soledad jamás haya llegado á mis manos, y es lástima, porque estaba en verso, y un brevísimo trozo que, bajo aquel título, puso su autor de epígrafe al artículo denominado *Hiala, Nadir y Bartolo,* es de lo más excelente que salió de su pluma. Ni hay duda que hable de sí propio cuando de uno de los redactores dice: «que muy pocos libros traspirenáicos hallaban gracia ante sus ojos, mas en trueque siempre estaba cercado de infolios y legajos empolvados á la española antigua, para cuya caza trasteaba y escudriñaba los trebejos de las librerías y baratillos.» Que no fué esta, con efecto, la menor de las ocupaciones de su vida de allí adelante, logrando en Madrid, donde era mucho más fácil que en Granada ó Málaga, acrecentar por extremo su caudal de libros, y constituir la copiosa biblioteca de rarezas bibliográficas que tanto le envidiaron los curiosos,

y fué delicia única de sus años postrimeros.

Hízole tropezar tal afición, á no mucho de su llegada á Madrid, y aun formar grande amistad, con D. Bartolomé José Gallardo, aquel mismo insigne, pero colérico y sarcástico erudito, con quien tan fiera contienda sostuvo más tarde; y de allí vino que el implacable adversario de los afrancesados *Gaceteros de Bayona* fuese uno de los primeros colaboradores de las *Cartas Españolas*. Sin dificultad pudiera él ser un D. Crispín Centellas, de quien el prospecto hace mención, hombre «de traza aviesa, entre duende y arlequín, que tenía la memoria embutida con trozos de los mejores poetas latinos, castellanos y extranjeros, y que, ya imitando á aquellos, ya copiando á estotros, y siempre escribiendo á son y compás de nuestros autores del siglo XVI, solía acertar en tal cual composición, sin desagradar del todo en ninguna.» Que si lo de «tal cual composición» lo dijo *El Solitario* por la *Canción romántica* intitulada *Blanca-Flor*, verdaderamente no hay exagerado elogio, pues ella es, á mi juício, de lo más perfecto de nuestra literatura. Ni en alguna que otra composición que publicó en las *Cartas Españolas*, ni en las que

más adelante dió á luz en *El Artista*, estuvo, con mucho, tan feliz. Imprimió en las *Cartas* Gallardo unos artículos como suyos contra Ceán Bermúdez, ocultando el nombre bajo seudónimo, y en poco estuvo que no publicase allí también su notable disertación sobre si *La Tía Fingida* era ó no de Cervantes, mediante la intervención de Estébanez, renunciando al fin por no darla á trozos, ó, según él dijo con su crudo gracejo en *El Criticón*, «como en parto revesado, niño muerto.» Pero Gallardo era muy tardío en producir y Estébanez Calderón muy espontáneo; los dos tenían igual codicia de libros viejos; presumían con razón de satíricos entrambos, y había sobrado con todo eso para que su intimidad, durante muchos años extremada, se quebrase al cabo.

Más constante fortuna tuvo nuestro ilustre malagueño, porque era persona de mejor carácter, en su amistad con Mesonero Romanos, de que dan buena muestra las frases de este que he copiado ya, por mayor mérito escritas bastantes años después que aquél hubiese muerto. Fué Mesonero, bajo el seudónimo ya de *Un Curioso Parlante*, de los colaboradores más asiduos en

los tres últimos tomos de las *Cartas Españolas*, donde publicó más de veinte de sus mejores artículos de costumbres. Y á par que con los trabajos de éste, de Gallardo y Estébanez, ilustráronse las páginas de dicha Revista con los últimos versos de Arriaza, y los primeros de aquellos predilectos discípulos de Lista, que se llamaron Ventura de la Vega y Espronceda. De este último lo he dicho ya, y sin impedirlo, por cierto, el andar emigrado aún, ni el haber tomado parte poco antes en la calaverada sangrienta de Chapalangarra. Vese allí también la firma de Roca de Togores, marqués hoy de Molins, que nobilísimamente empeñado ya en engrandecer la gloria de su amigo Bretón de los Herreros, escribió un lindo artículo con motivo de la publicación que éste hizo de sus poesías líricas; sin que faltase alguna de las admirables combinaciones métricas del mismo autor de *Marcela*, ni se echara de menos el nombre de Gil de Zárate, meramente indicado por iniciales modestas al pie de una de las más notables de sus composiciones líricas, consagrada á la joven Reina Cristina y la reciente *Amnistía*. De todo lo cual se infiere que la publicación de las *Cartas Españolas*, cuyo espíritu lite-

rario formó exclusivamente Estébanez, debiéndole muchos trabajos de todo género, como que era su único redactor habitual, ha de contarse entre los más señalados servicios que á la patria literatura se hayan prestado en tiempo alguno.

Aquella Revista era todavía clásica, y en sus páginas se refutaron, si bien con templanza, los principios literarios del romanticismo naciente. Más acomodaticia con él fué la *Revista Española*, heredera de las *Cartas*, donde colaboró activamente Larra, que tanto propendía á romántico. Pero el verdadero campeón de la nueva escuela ya se sabe que fué *El Artista*, fundado para eso precisamente cosa de dos años después, es decir, por Enero de 1835, y que no duró mucho más tiempo que las *Cartas*, sucumbiendo inmerecidamente á la escasez de suscritores. Suelen muchos considerar á *El Artista* como iniciador del renacimiento literario de 1830 á 1840, y es error, sin duda alguna. No: la verdad es que este período de renovación comenzó, como el de la política, en los últimos días de Fernando VII, al calor de la entonces popular Reina Cristina, protectora de Carnerero y de las *Cartas*

Españolas. El Artista continuó dignamente, y modificó en sentido romántico, que no engendró, el movimiento intelectual desarrollado en España por entonces.

Pero el propio y peculiar asunto de esta obra me está llamando á voces, y es tiempo de volver á él decididamente. Dejamos á nuestro *Solitario,* con su antigua arpa rota, y sin ganas de seguir la novísima corriente lírica, por lo cual volvía los ojos á la prosa, no bien publicada en 1831 su colección de versos, cuando coincidió felizmente con eso la fundación de las *Cartas Españolas.* De repente, con actividad y laboriosidad en él desusadas, se lanzó á escribir para aquella Revista artículos de todo linaje. Novelas cortas, en especial orientales, por las aficiones adquiridas en Granada y la inspiración de los estudios de lengua arábiga, que justamente hacía á la par, bajo la dirección del malogrado P. Artigas, críticas de teatros y libros nuevos, trabajos de administración, de geografía antigua, de botánica y hasta de minería, odo lo acometió á un tiempo, ya bajo su propio apellido, ya con el seudónimo de *El Solitario.* Y en medio de tantos ensayos diversos, logró

acertar por fin con el género de literatura que más convenía á sus dotes. Ni quiero yo negar absolutamente que trajese esbozado alguno de tales escritos de Málaga , que bien podría ser; pero de cierto no sé decir sino que con las *Cartas Españolas* vino al mundo su primer *artículo de costumbres*.

Tengo que pedir ahora á mis lectores que recuerden bien los párrafos que copié de Mesonero al principiar este capítulo, no sin exponerles mi honda pena por haber de contradecir á persona que con viva estimación me honró en los últimos años de su vida , y á quien profesé , y profeso, grande aprecio literario. Mas no lo puedo evitar. Así como con razón reivindicó la suya *El Curioso Parlante* sobre el autor de las *Cartas de un Pobrecito Hablador*, D. Mariano José de Larra, lícito ha de serme establecer á mí la prioridad de Estébanez sobre uno y otro, empresa trivial de puro llana. El primer artículo de los que formaron luego las *Escenas Matritenses* no vió la luz hasta el 12 de Enero de 1832, según confesaba su propio autor, y habían deleitado ya para entonces en Madrid á las personas de gusto, dando de un golpe á Estébanez reputación de in-

geniosísimo escritor de costumbres, *Pulpete y Balbeja*, *Los Filósofos en el Figón* y las *Excelencias de Madrid,* artículos que todos reputan por de los mejores que encierren las *Escenas Andaluzas.* No, no hay que dudarlo : hasta el firmarse con un seudónimo, lo imitó Mesonero ya de Estébanez, y á éste, que no á él, se debe la introducción, renovación ó creación, pues algo de todo esto hubo, de un género de literatura que tanto floreció en España después, y en el cual se ensayaron un día casi todos nuestros ingenios principales, aunque con varia fortuna.

Afirma, por otra parte, Mesonero que el tal género era enteramente nuevo, y tampoco es exacto. No lo era en él cuando menos: hubiéralo podido ser en el insigne prosista malagueño, primero que lo introdujo, y fijó su carácter y extensión por aquel tiempo. Pero ¿es siquiera sostenible que los artículos de costumbres carecieran de precedente en las literaturas extrañas, y menos todavía en la española? No por cierto.

Es indudable que Estébanez, Mesonero y Larra conocían, al ponerse á escribir, *L'Hermite de la Chaussée d'Antin*, colección de artículos que, en su mayor parte, publicó un cierto De Jouy

en París durante el primer Imperio. Cítalo Mesonero al comenzar su artículo intitulado *El Aguinaldo*, para facilitar quizá la comparación con el que denominó el autor francés *Les Etrennes*, haciendo así patente la originalidad de los suyos propios, aun tratándose de asunto idéntico; pero bien que esta originalidad de nuestro escritor sea incontestable, échase al punto de ver que, con distintos materiales y traza distinta, pertenecen ambas fábricas á un mismo orden arquitectónico. Larra, por su lado, cita á De Jouy también en su artículo denominado *El Album*, y descubiertamente traduce allí un breve trozo de sus obras; lo cual no es nada para lo que toma sin decirlo de ellas, incurriendo en verdaderos plagios. Se encuentra en tal caso su artículo intitulado *La Diligencia*, sacado de *La Cour des Messageries*, en mucha parte; y casi otro tanto cabe decir de *El Duelo*, *Le Duel* del escritor francés. Acaso tuvo también presente Larra en sus artículos de sátira política, pues los que escribió ó más bien imitó de costumbres fueron pocos, á otro escritor de mucho más fuste que De Jouy, es á saber, al cáustico autor del *Pamphlet des pamphlets*, y tantas episto-

las y artículos, todavía más que por su fondo, donosos por su estilo, el cual hace del nombre de Paul Louis Courrier uno de los más estimados todavía en la literatura francesa. Pero , de todos modos, Mesonero y Larra confiesan que habían leído á De Jouy, y aunque no lo confesaran, es clarísimo que éste fué quien les sirvió de modelo entre los extraños, y que no otro sino él puso á la moda en Europa los pequeños cuadros literarios de que Mesonero hizo profesión, tomando por tema , ahora la expresión de ciertos per sonajes típicos, ahora la representación de populares usos y de fiestas nacionales.

Todo esto lo reconocía con grande ingenuidad *El Solitario* , á pesar de ser quien primero había dado carácter y forma á los modernos artículos de costumbres en España, y de que en él no se encuentre la menor traza de imitación de De Jouy, ni por la índole siquiera de los asuntos. Que en cuanto al estilo y al espíritu, no hay que decir si en nuestro escritor serían desde el principio lo que de sus antecedentes se debía esperar, es á saber , genuínos , y hasta intransigente ó exageradamente castizos.

Mas no porque *El Solitario* confesara, en conver-

sación, que la lectura de los artículos de De Jouy le sugirió la idea de introducir tal género de literatura en la España de su época, reconocía que lo hubiese inventado el escritor francés; antes bien reivindicó siempre la *prioridad* para sus queridos autores castellanos. Á estos, y á la naturaleza únicamente, pidió él, desde luego, inspiración y lecciones, labrando sus artículos en la piedra que no se deshace jamás, sino que cada día se endurece, hasta desafiar al tiempo, que es el estilo, y el estilo literario. Domina éste y se impone hasta á la moda misma, ó sea á la extraña pero positiva necesidad que experimentan los hombres de variar de tiempo en tiempo sus gustos, sus usos, y, por decirlo así, su modo de ser ó estar, sin otra ventaja las más veces que el placer mismo de la variación ó mudanza. De no haber alcanzado suficiente mérito en esto del estilo proviene, á mi ver, que, mientras anda De Jouy puesto en olvido, no sólo como poeta trágico, sino como escritor de costumbres, á pesar de su gran boga en otra época, y mientras todos los demás autores de igual clase sin cesar decaen en la curiosidad, y hasta en la estimación pública, lo propio *El Solitario* que Paul

Louis Courrier, y atrévome á decir que el primero todavía más, no tan sólo conservan su prístina fama, sino que sucesivamente van acrecentándola. Por mucho que se extreme el injusto desdén á las pasadas modas literarias, nunca podrá, con todo, negarse á De Jouy ó los de su escuela, el valor que da á sus trabajos la exactitud de las escenas y costumbres que pintaban. Del hastío que deja en la literatura, ni más ni menos que en las mujeres, toda moda que se acaba, después de haber imperado mucho tiempo, no participará la historia, que, por el contrario, se complace en recoger y guardar lo viejo, para emplearlo oportunamente en su universal y eterna labor.

Serán, pues, datos históricos, y filosóficos, ó antropológicos, de importancia suma en todo tiempo, los artículos de costumbres que se desdeñan ahora, y en este concepto valdrán más y durarán más que muchos otros de los trabajos que se celebran, y á los cuales tan ligeramente suele concederles la inmortalidad desde hoy, ya el amor propio de los autores mismos, ya la apasionada indulgencia de amigos y familiares, cuando no el falso gusto en la crítica contemporánea.

Dije antes que Estébanez daba origen viejo y español á los artículos de costumbres, y como eso mismo pienso yo, voy á procurar demostrarlo. ¿Qué grave diferencia literaria existe, por ejemplo, entre los dichos artículos y *El Alguacil alguacilado* ó *La Casa de los locos de Amor?* ¿Y no son también cuadros de costumbres en verso, como algunos de *El Solitario*, el *Desafío de dos Jaques*, ó *Los Borrachos* del mismo Quevedo, con otros muchos parecidos? Pues todavía más estrictamente se puede establecer la filiación de ese género de artículos, trayéndola de *El Día de fiesta por la mañana y por la tarde,* que en 1666 dió á la estampa D. Juan de Zabaleta, escritor bastante menos conocido y celebrado que en justicia merece. Aquel *bosquejo* ó *cuadro de caballete*, destinado á retratar todos los tipos ó caracteres sociales, desde el grande de España hasta el mendigo, alternando con la exhibición de usos y costumbres populares, tales como paseos, romerías y ferias, de que al definir sus propios artículos hablaba Mesonero, hállase, sin que le falte el menor tilde, en el taller de Zabaleta; y por modo tal, que, al leer las obras de éste ahora, no cabe pizca de duda de que lo que

realmente se verificó entre nosotros poco después de 1830, fué la restauración de un género desusado. No puedo decir si Mesonero conocía ó no á Zabaleta también cuando comenzó á escribir sus artículos, aunque es probable, porque las ediciones de *El Día de fiesta* son, más que raras, vulgares. En cuanto á Estébanez, que era consumado bibliófilo, lo conocía muy bien, y aun debo decir que fué uno de los autores cuya lectura me recomendó primeramente cuando vine á la corte. Por si alguien que no lo conozca sospecha que Estébanez exagerase, ó exagere yo el mérito de Zabaleta, querría copiar aquí ahora mismo artículos suyos; pero mejor será dejarlo al apéndice, en que he de insertar alguno de ellos, para regocijo de los aficionados á la vieja literatura castellana, bien que suprimiendo las pesadísimas reflexiones morales en que, por descargo de conciencia, frecuentemente envuelve el autor sus valientes y felicísimas pinceladas. Una vez extirpadas tales excrecencias ó superfluidades, cosa facilísima, ya que por dicha suelen andar desligadas de la pintura, descripción ó narración de las cosas, atrévome á afirmar que ni *El Solitario* mismo excede siem-

pre á Zabaleta, como escritor de costumbres.

Los artículos de este último sobre tipos ó caracteres sociales, por ejemplo, *El Galán*, *La Dama*, *El Linajudo*, y aquellos otros que dedica á las romerías ó ferias, v. gr., á *El Trapillo* y *Santiago el Verde*, que suman treinta y dos entre todos, son, aparte las reflexiones inútiles, verdaderas joyas literarias. Ni deja, hasta en sus reflexiones, de tener gracejo á veces, aunque las menos, por lo cual condeno aquellas totalmente. Es de advertir que no teme retratar espinosos tipos como el del adúltero, ni le falta valor para censurar vivamente las preocupaciones de sus contemporáneos, de que ofrece curioso ejemplo el artículo intitulado *La Comedia*, donde hace una defensa ardiente de los representantes contra las groserías del público, todavía menos remediadas que fuera bien. Píntanos en otra ocasión al *linajudo*, haciendo servir á uno de sus visitantes buen vino, y á tal propósito se deja decir «que aquello era mejor para tener buena sangre que descender de Xerxes,» cosa que, impresa en los días de Felipe IV ó Carlos II, tiene su mérito.

Tanto y más todavía que al autor de *El Día*

de fiesta estudió, sin embargo, el de las *Escenas Andaluzas*, á Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemán, Vélez de Guevara, Espinel y Quevedo, en aquellos cuadros de costumbres picarescas que nombran ellos novelas, y al último en muchas otras de sus obras sueltas. De Francisco Santos nada diré, porque, bien que procurase imitar á Zabaleta y escribiera asimismo artículos de costumbres, parecidísimos en la forma y la intención á los modernos, no fué ingenio tal que hombre cual Estébanez hubiera de tomarle por modelo. Tampoco diré nada de aquellos folletos, no desemejantes á los que por Agosto de 1832 publicó Larra, bajo el título de *El Pobrecito Hablador*, que vieron la luz en el siglo pasado, satirizando con más ó menos *vis cómica* las costumbres privadas, sin entrar poco ó mucho en las públicas. *El Solitario* venía de más ilustre y antigua parentela, según sus *Escenas Andaluzas* dicen á gritos. Fuera de ese, tenían también el particular mérito de haber sido inmediata y directamente observadas y aun vividas tan solo en España, constituyendo un caso de imitación directa de la naturaleza, que ni tenía ni podía tener muchos precedentes en el

pseudo clasicismo reinante al tiempo que se crió y formó *El Solitario*. Pero, con todo, ni el lenguaje, ni los personajes, ni los sucesos de las *Escenas Andaluzas*, son en realidad tan arcaicos cuanto se ha solido pensar generalmente.

Depende para mí ese falso juicio, en mucha parte, del olvido ó desconocimiento de un hecho por extremo singular y curioso. Por causas no bien explicadas todavía, ello es que conservan más vivo nuestras provincias de Andalucía que las demás todo lo genuínamente nacional ó castizo; de tal manera, que hasta el idioma castellano, tan desfigurado en la pronunciación, está allí más entero, tocante á giros, frases y voces, que en ninguna otra parte. Á las veces he pensado si podría esto nacer de que por más largo, y en más próximo período de tiempo, ha representado allí la castellana el papel de raza conquistadora respecto á otra inferior y sometida, pudiéndose haber sentido, por lo mismo, con mayor estímulo que en otras regiones para marcar ó afirmar su individualidad propia, mediante la conservación escrupulosa de sus nativos usos y modos de decir. Á ello pudieron ayudar en tal hipótesis los moros sinceramente conversos,

exagerando el castellanismo por esconder su origen mejor. Pero en otras ocasiones me he inclinado á pensar todo lo contrario; á saber: que muchas de las bizarrías, galanteos, músicas y danzas de la tierra andaluza provengan de los moros, y que, siendo cosas peculiares de ellos, se hayan comenzado á enfriar, como quien dice, por donde empezó y se asentó antes la reconquista, desapareciendo primero poco á poco de Aragón y Castilla, y luego de los lugares sucesivamente conquistados, hasta tener por único refugio el que lo fué también de los últimos reyes y las postreras glorias del Islam. Esta hipótesis tiene contra sí, no obstante, el hecho de que, por causa de la rebelión de Granada, fué antes expulsada de allí la gente mora que no de Aragón, Valencia y ciertos puntos de Castilla. Todo sumado, paréceme, pues, más probable la primera de tales suposiciones, confirmada, á mi ver, por indicios que todavía saltan á los ojos.

Allí en Andalucía es donde han encontrado su teatro postrero, antes de desaparecer, como desaparecerán sin duda, y no muy tarde, por virtud de la fuerza niveladora de la civilización, los amores por las rejas, las serenatas, los palos ó

cintarazos entre galanes, por todos cuatro costados cristianos viejos, y castellanos, de las comedias de Lope ó Calderón. Allí andan todavía, en su bien conocida estampa, como si no hubieran pasado días por ellos, Rinconete y Cortadillo, lo propio que Guzmán de Alfarache y los valentones y las mozas de las jácaras ó bailes de Quevedo: todos con sus defectillos, á la verdad; pero capaz el menor de los tales de hacer información de limpieza, diferenciando su sangre no sólo de la judía, sino de la mora, que según Estébanez y nuestros antepasados, era de calidad algo mejor. Hasta los manolos y majas de D. Ramón de la Cruz, tiempo ha enterrados en esta corte, subsisten y sin grandes desperfectos en Sevilla ó Málaga, que fué sin duda donde los halló y trató íntimamente *El Solitario*. ¿Ni quién dudará que Pulpete, Balbeja y la Gorgoja, aunque vecinos de Madrid, y asistentes en la plaza de Santa Ana, se criaron más lejos, y que sus retratos los trajo esbozados en su imaginación *El Solitario* cuando abandonó la ciudad natal? Desde las más altas clases (ya lo expuse en otra ocasión) pudieron bajar estas costumbres castizas al pueblo de Castilla, y poco á poco se

irían desvaneciendo, y alejándose luego de la parte central de la Península, hasta quedar arrinconadas en las riberas del Guadalquivir y la costa más meridional del Mediterráneo, donde, por su sabor y olor á cosa antigua española y cristiana, se las ha debido de guardar, valga el decir, como oro en paño. Repito que mientras más lo pienso, esto es lo que más seguro creo. Pero he dicho que todavía andan por Andalucía, y acaso no sea ya verdad, pues tanto corren ahora las cosas, aquellos héroes picarescos que brillaron durante los siglos XVI y XVII en lo más de España. Lo que en todo caso no ofrece duda es que, con efecto, andaban por allá en tiempo de *El Solitario*, el cual tuvo largas ocasiones de conocer muy bien tales sujetos. Definió así con verdad suma, en el prólogo de sus *Escenas*, aquellas personas «de charpa y cuatro dedos de enjundia de españolismo en sus inclinaciones y gustos;» entre las cuales se contaban los «oyentes y leyentes de la gente buena y bizarra de la tierra, matadores de toros, castigadores de caballos, atemorizantes de hombres, cantadores, bailadores, hombres del camino, y más (añadía) que yo me sé, así de calzón y botín como de mantellina y sayas.»

Tratando sólo de héroes de esta laya, no era siquiera posible que imitase *El Solitario* costumbres ni obras ultrapirenáicas, lo cual hace precisamente que le admiren en mayor grado que á otro alguno de nuestros escritores de costumbres, los extranjeros que han podido conocer y saborear sus obras. La estimación grandísima que profesó siempre á Estébanez M. Prosper Mérimée, uno de los mejores novelistas y escritores franceses de este siglo, á eso se debió, en puridad, como principiada en la época de la fundación de las *Cartas Españolas*, que fué cuando el autor de *Carmen* visitó nuestro país más detenidamente. En España, en cambio, según declaró Mesonero con nobleza, no fué nunca tan estimado ni conocido *El Solitario* cuanto debía, á causa de eso mismo, y por la pureza y riqueza extremas ó el castizo artificio de su lenguaje, que tanto se diferenciaba del vulgar y pobrísimo idioma corriente.

En esto han cambiado ya no poco los tiempos, y tienden á cambiar más de día en día. No todo lo que era ó parecía arcaico treinta años ha, lo es actualmente. Después de tantas burlas al lenguaje apellidado académico, por atribuirse en especial su empleo á los individuos de

la Academia Española, es lo cierto que, gracias en mucho á ellos, y á Estébanez en grandísima parte también, se han restablecido, y, sin sentir, se van generalizando giros y frases, palabras y formas castizas, que malamente había puesto en olvido el uso, no sin merma deplorable del caudal, y de la propiedad y sonoridad de la lengua. Bien cabe abusar del arcaismo, cuanto del neologismo, á la verdad, y el *ne quid nimis* viene aquí de molde, cual en muchas cosas, ó más bien todas. Pero sabido es que no hay exceso que, por ley natural, no traiga otro contrario consigo, y ha sido tal el del neologismo *galicista* en España de un siglo acá, que harta excusa merece la reacción iniciada en opuesto sentido por Estébanez, el cual abierta y resueltamente, según hemos visto por el prólogo de las *Cartas Españolas*, desde que empezó á escribir en prosa se declaró *celosísimo del habla castellana*, á punto de decir que «no podía sufrirla mal acompañada de galicismos ni manchada con *suciedades* de tal jaez.»

Acompañáronle de los primeros en tal empresa dos hombres, á quienes he nombrado ya, peritísimos ambos en la lengua castellana, mas de corto influjo en nuestras letras, parte porque es-

cribían difícilmente y produjeron escasas obras literarias, señaladamente el uno de ellos, parte por la índole poco simpática al público de sus pocos ó muchos trabajos. Refiérome en primer lugar á D. Bartolomé José Gallardo, que apenas dió á luz, como nadie ignora, sino diatribas, las cuales debieran coleccionarse, con eso y todo, en un libro, que por la lengua sería de oro. Aludo en segundo lugar á D. Luís Usoz y Río, más conocido que por sus estudios sobre los sinónimos castellanos y otras ligeras obras, por las muchas reimpresiones que hizo de libros de protestantes españoles. También publicó éste algunos versos en que adoptó, según ya dije, el tono y hasta las formas métricas de los románticos, sin fortuna por cierto. Lo mismo con Usoz que con Gallardo, cortó relaciones Estébanez al cabo y al fin. Pero cuando éste estaba ya reconocido por gran prosista, poniendo en práctica la doctrina intransigentemente purista de todos tres, mostró aún por los otros dos una amistad que se acercaba á la veneración. Después de celebrar, por ejemplo, al dedicarle á Usoz su novela intitulada *Cristianos y Moriscos*, la severidad y corrección de gusto, y los conocimientos en los

primores y galas de nuestro feliz idioma que reconocía en él, añadió: «Un leve signo de aprobación tuya, un movimiento solo de simpatía de parte de tu corazón, llenará el mío de placer y de cierto género de agradecimiento.» No menor afecto tuvo á Gallardo, según deja ver su íntima correspondencia con D. Pascual Gayangos, aventajado arabista ya, de la cual daré á conocer algunos trozos cuando trate de la contienda á que aludí anteriormente. Sin dar toda la razón á Estébanez, pues nada hay más raro que el que entre los que riñen la tenga uno solo, paréceme poder decir, con asentimiento de cuantos les conocieran, que tanto Usoz como Gallardo eran hombres de pocos amigos, por los caracteres singularísimos que tenían, frisando igualmente ambos en misántropos. Desde luego pecaban los dos de desdeñosos y suspicaces, y con tales condiciones no era fácil que ni uno ni otro estuvieran siempre á buenas con hombre tan impresionable, tan abierto, tan alegre, tan sin doblez, como saben que era Estébanez cuantos le trataron. Lo cierto es, de todos modos, que la tendencia purista y las aficiones arcaicas, aunque en los tres desiguales, en todos tres se fortifica-

ron con el trato recíproco. Y Estébanez en tanto, que era, no solo el que más fácilmente y mejor escribía de ellos, sino el único dotado de bastante originalidad ó fecundidad de ingenio para engendrar obras en calidad y número capaces de influir en las letras, por fuerza tiene que aparecer ante la posteridad por verdadero caudillo de la común empresa.

No perteneció Estébanez, quizá por genialidades suyas, que no por olvido de la docta Corporación, á nuestra Real Academia Española; pero es también hora de proclamar altamente que nadie ha pertenecido á ella desde su fundación con mayores títulos. Y eso que si cualquier Clemencín de menor cuantía quisiera aplicar á la prosa de *El Solitario* el género de trivial, y tantas veces dudosa crítica, con que aquél implacable gramático comentó el *Quijote*, no perdería de seguro el tiempo, si es que cabe no perderlo en tareas semejantes. Estébanez no había aprendido la lengua castellana en Salvá ni los gramáticos de su especie. Habíala aprendido en gran parte estudiando al propio Cervantes, y así como participa mucho de su mérito y sus bellezas, nada de extraño tendría que se le declarara partícipe

en sus faltas, si por ventura lo son las más que se atribuyen al mayor de nuestros prosistas y de nuestros ingenios. Habíala aprendido de igual modo en las dos primeras *Celestinas*, á las cuales añadió él una más, que aunque breve, compite con ellas, y forma parte de las *Escenas Andaluzas;* así como en *El Lazarillo de Tormes*, en *El Gran Tacaño*, en *El Día de fiesta* de Zabaleta, y otros modelos por el estilo, felizmente libres del cautiverio y tormento de la gramática fría, pobre, sujeta á rigor matemático, que tiende á imponerse á todos en nuestros días, instrumento ajustado y útil sin duda para tratar con exactitud los negocios, pero incapaz de ofrecer expresión propia y suficiente al estro de aquellos ingenios que nacen para contribuir á la creación de una lengua, dilatarla, y abrir en ella nuevos derroteros por donde se descubran ignorados tesoros, tales como Cervantes, Quevedo, y el propio Estébanez; que por compañero digno de ellos sería tenido, á haber vivido en días más lejanos.

Ha dicho, y no sin razón, D. Juan Valera [1],

[1] En un excelente capítulo de su continuación á la *Historia de España* de D. Modesto Lafuente.—Barcelona, 1877 á 1882. —Lib. XIII, cap. I.

aquel de sus discípulos que, á no dudar, le sigue más de cerca en el colorido y riqueza del estilo festivo, y aun en la destreza para pintar costumbres nacionales, que nuestro *Solitario* está limpio del culteranismo del siglo XVII, y del latinismo exagerado del anterior. De aquí proviene que el escritor á quien más especialmente se asemeje, y por de contado con gran provecho, sea á Cervantes. Asimismo es cierto, como observa atinadamente Valera, que no tan sólo trató de resucitar en el lenguaje ahora hablado mucho de lo bueno que en él había antes del siglo XVIII, sino que trajo á la lengua escrita y literaria giros, frases y vocablos nueva y directamente tomados de boca del pueblo, con todo su sabor rancio y generoso, siguiendo en ello las huellas de los grandes maestros del decir en todas partes. Mas, con todo eso, así como no imitó á Quevedo, por ejemplo, en el culteranismo, tampoco le siguió en el exceso de acarrear bajas palabras y frases á la lengua literaria. Ni como él inventó por centenares los vocablos, sin otra razón que la de la conveniencia, aunque tal cual vez formase igualmente algunos, no tanto por necesidad cuanto por bizarría y gra-

cejo. Es también mucho más natural, contenido y delicado en sus pinturas que Quevedo *El Solitario*, por demostración de lo cual basta comparar su cuadro de *Pulpete y Balbeja*, en prosa, con aquellos de asuntos semejantes y tan conocidos de Quevedo, que están en verso, uno de los cuales, citado aquí ya, comienza:

«A la orilla de un pellejo
En la taberna de Lepre....
Mascaraque el de Sevilla
Zamborandón el de Yepes,» etc.

Y otro empieza de este modo:

«Helas, helas por do vienen
La Corruga y la Carrasca,» etc.

Á los cuales pudieran añadirse *Los Borrachos*, la *Pendencia Mosquita*, y algunos más que, como los de *El Solitario* de costumbres, tratan de vinosos jaques y mozas fáciles cuando no airadas.

Tienen Pulpete y Balbeja, con ser quien son, mejor crianza, y gastan por ende mucho más discretas razones, que no Mascaraque, ó Zamborandón, sin que la Corruga ó la Carrasca, ni Isabel ó la señora Catalina, de la *Pendencia Mosquita*, sirvan tampoco para descalzar á la valerosa pero

limpia y pulida Gorgoja, que dejó tamañicos á los campeones heróicos de la plaza de Santa Ana. Puede esto en algo depender de que, dada esta gente del bronce, los tipos andaluces que pintó *El Solitario* sean, especialmente en las mujeres, menos brutales de suyo que sus antecesores debieron de ser, cuando tal gente poblaba otras partes; pero no creo yo que en todo. La verdad escueta es que el maravilloso ingenio de Quevedo propendía con frecuencia á saltar por encima de la simple sátira y del cuadro de costumbres, para dar, no ya solo en un realismo repugnante, sino en la más inverosímil caricatura. Los vicios, las costumbres que él pintó, han existido siempre y existen, pero en otra medida. La de Quevedo no es nunca exacta, sino exageradísima, y su pintura no es, por tanto, de tan buen dibujo cuanto poderosa paleta, y de colorido jamás superado en literatura. Muy otra cosa le acontece á Estébanez Calderón: sus escenas son verdaderamente realistas, ó si se quiere naturalistas, pero están miradas por ojos y contadas por labios que obedecían á un carácter blando y un alma sin hiel, é inspiraba siempre una risueña y poética fantasía.

Nada más distante de mi propósito que rebajar en lo más mínimo el ingenio verdaderamente único de Quevedo, por lo que toca á la originalidad, fertilidad y agudeza, cualidades que hacen sus obras satíricas con otras ningunas comparables. Pero nadie negará que entre sus grandes méritos no figuraba el buen gusto, ni aquella moderación de ánimo y armonía de facultades mentales en que éste ordinariamente se forma, depura y acendra. Tampoco, justo es decirlo, le ayudó á tener buen gusto su época. El de *El Solitario*, en cambio, es delicadísimo; y no temería yo dejar por ese motivo que entraran en certamen algunos de sus artículos de costumbres con la mejor obra de parecida índole de Quevedo. Pero lo que más distintos los hace, á mi ver, es de una parte lo que he dicho, y de otra la disposición de espíritu en que escribieron sus obras festivas los dos. Quevedo, filósofo y político á su manera, con frecuencia engolfado en meditaciones profundas y tristes, agriado por los desengaños de la ambición burlada unas veces, por la injusticia de sus contemporáneos otras, por los rápidos cambios de fortuna, y las persecuciones que padeció en varias ocasiones, no re-

paraba en las costumbres de los hombres para divertir su ánimo analizándolas ó pintándolas, sino con el fin de infamarlos y castigarlos, descargando así sobre todas las clases de la sociedad, alternativamente, la cólera que sentía, y en que interiormente estallaba y se apacentaba. Nuestro *Solitario*, al modo de Cervantes, rara, rarísima vez escribió con algo parecido á cólera ó saña. Naturaleza fácilmente contentadiza, y no menos fácilmente regocijable, escribía por placer, no por venganza; por desahogar la risa, que no la cólera.

También tuvo, no obstante, *El Solitario* su *Grande Osuna*, que fué, según veremos, el general D. Luís Fernández de Córdoba: también hubo para él Condes-Duques en la nación; pero ni el malogro del primero, que deploró siempre con toda el alma, ni los triunfos de los segundos, que perturbaron á veces mucho su existencia, le hicieron nunca querer mal á la generalidad de los hombres. No sé yo, ni aunque supiera lo diría, quién fué mejor hombre, entre estos dos grandes investigadores ó adivinos y soberanos pintores de las ridiculeces, ya internas, ya externas del prójimo. Pero Estébanez participó más

que Quevedo, sin asomo de duda, de aquella celeste virtud que en la omnipotencia y plenitud de Dios se llama misericordia, y nosotros, imperfectos mortales, sólo de lejos conocemos, ó tal cual vez practicamos, con el nombre, dulce de todos modos, de indulgencia.





CAPÍTULO V.

EL NATURALISMO Y «EL SOLITARIO.»

SUMARIO.—Diferencia de sistema entre *El Solitario* y los novísimos escritores de costumbres.—Qué cosa se llame hoy *naturalismo* en literatura.—Balzac, Stendhal, Zola.—Equiparación de la novela naturalista con la historia.—Ventaja de *L'Histoire de la prostitution*, y otros tratados semejantes.—Mayor dificultad de la novela histórica.—Cómo informa el dinamismo contemporáneo el sistema de Zola y sus secuaces.—Espíritu de *L'Asommoir* y de *Nana*.—Superioridad de la *Gazette des Tribunaux* sobre tales libros.—La causa de la familia Fenayrou y la del *Gran Escándalo* de Burdeos.—El *Asno* de Luciano y Apuleyo.—El *Satyricon* de Petronio, novela naturalista.—El bien y el mal en el arte, como en la vida.—Goethe escritor naturalista.—Comparación de las *Escenas Andaluzas* de *El Solitario* con las novelas de ahora.—Trabajos que los naturalistas debieran abandonar á la administración pública.—Suspende Estébanez, por otras ocupaciones, el cultivo asiduo de las letras.

CÓMO reconocer, á todo esto, por escritor realista ó naturalista á *El Solitario*, y dejar de examinar, á propósito de sus artículos de costumbres, la más debatida actualmente de las cuestiones literarias? ¡Ah!: no quiero, no, que se confunda ni por un instante

el arte del autor de las *Escenas Andaluzas* con lo que por tal entiende cierta escuela á la moda. Verdad es que se necesitaría para eso no conocer aquellos deliciosos artículos, de una parte, y no haber leído, de otra, las novelas naturalistas contemporáneas. Porque á primera vista se observa que los cuadros de *El Solitario* están bañados en hermosa luz de mediodía, atenuante, y hasta redentora de las corrupciones y fealdades de la realidad; de modo que si aparece la naturaleza humana, como por fuerza es, imperfecta é impura, comparada con los eternos ideales de la moral, del derecho y del orden social, lo que es del todo repugnante, aborrecible, completamente destituída de amor y belleza, privada sin remedio del verdor del campo ó del azul del cielo, no se nos representa en ellos jamás. Á ninguno de sus personajes les quita Estébanez recoger una flor de vez en cuando, y regalarse con su perfume suavísimo; sentir el noble orgullo de la patria; pensar en Dios, con sus arcanas, inmensas profundidades, y en su misericordia infinita; abrigar bajo sus ropas, por maltrechas y sucias que estén, un pecho sensible, no ya sólo á los placeres comunes, sino hasta

al misterio inefable del honor. Son, en suma, hombres, verdaderos hombres, los que *El Solitario* pinta, ora de condición mediana, ora pobre, quizá ruín, mas en quien está inmanente, aunque se esconda á la vista, por las circunstancias, lo racional, con lo moral y lo divino: hombres, si con frecuencia dominados, nunca del todo regidos por el bestial instinto; víctimas inconcientes en ocasiones del acaso del nacimiento ó la educación, pero jamás de todo punto desposeídos de sí mismos, ni tan faltos de la fuerza incógnita de la voluntad, que vayan cual simples cosas donde no quieran ir deliberadamente. Bastaría observar esto sólo para comprender que si los cuadros de *El Solitario* son realistas, y fielmente realistas, bajo el concepto en que todos los de grandes pintores lo han sido, nada tienen que ver con esos que exhibe el bando que se apellida *naturalista* por excelencia.

Sabido es, que no se manifiesta el *naturalismo* ahora en los artículos de costumbres, que fué donde hizo su primera aparición, ni siquiera en el drama, relegado por la flamante escuela á muy inferior categoría. El lienzo que actualmente prefiere este linaje de pintura, ni es

tan estrecho como el que le sirvió á De Jouy, ni tan vasto como solía ser el de las fábulas novelescas del siglo anterior, salvo excepciones. Balzac, en su *Comedia Humana*, fué quien definitivamente fijó el tamaño de la moderna novela, ó *roman*, nombre que prefieren los franceses, dejando el de *nouvelle* para obras más cortas, que nosotros llamamos *cuentos* generalmente. Los críticos naturalistas pretenden que el sistema en sí mismo es invención de Balzac, sobre lo cual no faltaría que decir, si lo juzgara aquí indispensable, aunque bien conozco que muy cerca estaba de poder ser un naturalista completo el hombre que, en punto á belleza mujeril, prefería á la de las Venus antiguas, sin exceptuar la de Milo, aquella bien conocida de las provocantes mujeres que, envueltas en sus chales, acuden con pie ligero á las aventuras callejeras, que tan cómodas son en París. Tampoco pienso que deba pararme á determinar la distancia que indudablemente media entre el referido Balzac, y Beyle (ó sea Stendhal), ídolos de la nueva escuela, por un lado, y, por otro, Zola, en quien se suele ésta personificar, no sin razón, puesto que él ha llegado hasta á fijar sus cánones. Sea

como quiera, lo que pretende el nuevo naturalismo, y ante todo intenta, es equiparar con la historia la novela, mediante la autenticidad y verdad de sus documentos.

Que las descripciones de costumbres de cualquier tiempo puedan ser útiles á la historia, helo reconocido ya, aludiendo á los artículos de De Jouy ó Mesonero Romanos, y otro tanto cabe decir de las novelas que tengan igual índole que aquellos. Mas lo que á la historia en tal caso importa es que la obra de costumbres revele lo que cada época determinada encierra de especial, de propio, de divergente con otras, no lo que en todas tenga que aparecer idéntico y común, como cosa perennemente humana. Á tal objeto suele, por eso mismo, ser más útil la forma propiamente histórica que la novelesca ó fabulosa. *L'Histoire de la prostitution* de Pierre Dufour, por ejemplo, comprende muchísimos más documentos referentes á las costumbres *naturales* de los siglos pasados, que contengan *Nana* ó *Pot-Bouille* respecto al nuestro, y, si aquel libro se llega á leer, no se lee por cierto con menos curiosidad que estos otros, ni con menos vivo interés.

Aun dejando aparte la historia, no el natura-

lismo novelesco, sino la fisiología, la psicología, la sociología, con sus propios conceptos y contenidos, son en realidad las ciencias pertinentes y adecuadas para el conocimiento del hombre en general, con sus instintos y sus pasiones, ó sus tendencias malas y buenas. Y sin salir de la novela, si la naturalista se mira como mero documento, tiene mucho menos valor que la histórica, pues que no difiere de ésta sino en que su materia es más fácil de estudiar, por referirse á espectáculos que están á la vista de todos. No sé yo, pues, cómo se pueda afectar indiferencia hacia la novela histórica, que es mucho más trabajosa, preconizando la naturalista, ó de asuntos contemporáneos, cuyos elementos poco ó nada cuesta recoger y acumular, y que por lo regular á nadie enseña cosa que no sepa. ¿Quién comparará, bajo estos conceptos, ninguna de las novelas parisienses de Zola con las maravillosas resurrecciones históricas de los libros de Walter-Scott, de Herculano ó de Manzoni? El poder de evocar, de poner de nuevo á la vista, de reconstituir las cosas muertas, no lo da Dios, ni con mucho, tan frecuentes veces como el de tejer narraciones con hechos de

todos los días y vulgarísimos, las cuales, no pudiendo en puridad descubrirnos lo nuevo ó lo útil, se limitan á despertar ó avivar las vergonzosas pasiones y los instintos animales, que suelen por rubor ocultar los hombres.

Algo mejor aconsejada está, así y todo, la novela naturalista pretendiendo formar parte de la historia, y aun si se quiere de la filosofía, ó de la zoología, que cuando aspira á merecer un lugar señalado en el arte. Porque histórica, filosófica, ó zoológica, en su inspiración y tendencia, lo primero que cualquiera obra necesita para pertenecer al arte es ser esencialmente artística. Si la novela quiere dejar de serlo, no hay á qué reñir por tal motivo. La crítica moderna es bastante amplia y generosa para aceptar, y aun justificar, todo género de escritos, mas á condición de que cada cuál guarde el puesto que le corresponda. Lo que no cabe admitir es arte sin arte. La historia misma puede escribirse con él ó sin él: ser cronicón, quedarse en crónica, revestir la forma de anales ó la de memorias; pero privada de condiciones estéticas, ni aun aquella es bien que se cuente entre los productos de la literatura. Con sacar, pues, la

nueva novela de costumbres del dominio del arte, borrándola de una vez del catálogo de los géneros literarios, ya puede seguir la senda que quiera, sin que la crítica la moleste lo más mínimo.

Pero es tiempo de decir sin ambages lo que verdadera y prácticamente se proponen los naturalistas. Según sus obras demuestran, no es otro su objeto que exponer á nuestra vista el modo de vivir de aquellas gentes que andan por el mundo ahora, no sólo sin sol y sin flores, sino sin patria ni Dios, sin conciencia ni honor, sin razón ni libre albedrío. Parece, por supuesto, que, en opinión de tales novelistas ó pensadores, sea en el día esa la regla general, y lo contrario excepción, raro fenómeno, acaso monstruosidad. El considerar así á tanto linaje de personas, dando por seguro que el mundo apenas encierra otras, es, en consecuencia, lo que se condecora con el título de realidad y de verdad única. No hay que decir que la fatalidad de la continua y eterna evolución de las cosas, principio fundamental del dinamismo contemporáneo, informa por entero este *naturalismo*, como ciencia primera. Pero la lógica, racional fuerza al cabo y

al fin, niégase con frecuencia á legitimar en el entendimiento el proceso de tal evolución, por medio de los artificiales personajes encargados de demostrar las tesis prácticas de filosofía positiva que esas fábulas novelescas plantean. Dando por sentado, sin embargo, que tesis tales son ciertas, trátase sólo, las más veces, de que su desenvolvimiento y demostración en hechos ponga al género humano en el caso de conocerse bien á sí mismo, ya que nadie entre sus miembros acierte á lograrlo según fama; y negando para ello eficacia á la vida individual ó la experiencia de cada uno, confíase tan ardua misión á las narraciones fingidas de los libros. La verdad en tanto es, conforme he indicado, que nada se aprende en ellos que no esté harto el que los lee de saber, por regla general, aunque lo calle en conversación por debido respeto á los demás y á sí mismo. Lógrase, no tanto divulgar el conocimiento teórico del mal (que por otra parte juzgo el menos útil de los saberes, pues nadie aprende á evitarlo por tal modo, y algunos pueden aprender á ejecutarlo), cuanto producir, en los que ya lo conocen, y aun se lo tienen sabido de memoria, recuerdos provocativos, de-

lectación dañina, excitaciones enfermizas y peligrosas. Ni con otro fin se prolongan quizá, tan sin medida, las jornadas del humano envilecimiento.

Aquella Gervasia, la Gervasia de *L'Asommoir*, por ejemplo, estaba suficientemente caída en el Hotel *Boncœur*, al despuntar su aurora naturalista, para tener que malgastar un tiempo precioso, en prepararse perezosamente á acudir á los *boulevards*, mendigando cual otras la infamia última. La única vez que se nos deja ver al sol en su aposento, alumbraba allí ya un lecho deshonrado. Ni este de Gervasia y sus hermanas en naturalismo, es alegre vicio siquiera, sino á modo de mal contagioso, que en el hospital inmenso que llaman mundo se adquiere ó realiza inconciente, fatal é indiferentemente. Algo más regocijada, á la verdad, parece en *Nana* la depravación; pero depende de que esta es más innoble, y comienza por donde acabó la de su madre. Entre tales tinieblas; de vez en cuando brotan y relucen, no obstante, á la manera que fuegos fatuos en los cementerios, ciertas figuras ideales, hasta la inverosimilitud exageradas entonces, como rudo ensayo de quien no tiene

por oficio observar atentamente lo bueno, sino lo muy repugnante, y no más. Ved aquel Goujet que con respeto platónico constantemente ama á una mujer que, en esta ó la otra forma, siempre conoció al fin prostituída; ¿qué tenían allí que hacer, en el cesto de ella, las flores cándidas con que él en ocasiones lo llenaba? La niña Lalie no es, por su lado, sino un fantasma lírico, robado á Víctor Hugo, y del grupo de aquellos que éste pintó aún tiernamente en la mejor de sus *Orientales*. Pero Goujet y Lalie son, en resumen, figuras decorativas, ó puestas sólo en el lienzo para dar ocasión á golpes calculados de claro-oscuro; que lo que por allá se busca no es la intervención consoladora de lo ideal, aunque sea tan constante como la existencia de la realidad misma en esta vida, sino lo puramente físico, lo que corresponde al animal, y basta. Nada hay que afecte despreciar tanto esta escuela como el viejo romanticismo, y, con todo, suele apropiarse de él lo peor: ya el bromista y regocijado sepulturero Bibi-la-Gaité de *L'Asommoir*, sujeto digno de alternar con los más siniestros de Víctor Hugo; ya la última hora de Nana, muerta al rigor de una viruela asquerosa. Da eso quince

y falta á la más horrible de las defunciones, que registre en sus obras aquella buena literatura romántica, donde ya se sabe el gran papel que solían desempeñar los cadáveres. No; ni unos ni otros pueden negarlo: Víctor Hugo es el abuelo común del grupo de novelistas franceses que cultiva el naturalismo ahora. En el aire del *boulevard,* que acarició por última vez y gratuítamente las mejillas, hasta allí vendidas al mejor postor, de la difunta Nana, hizo subir Zola hasta el lúgubre aposento aquel grito de *¡Á Berlín, á Berlín!*, con que la chusma de París saludara la nueva y funesta guerra; y no fué mala idea, que el último día de Nana y el de Sedán muy bien podrían andar juntos en el calendario de la Francia de 1870. Esta nación, tan inteligente y valerosa, ha solido tener mejor historia que esa, pero también mejor literatura que la de Víctor Hugo, y no hay que decir que la de Zola.

Y á todo esto, pregunto yo: si, por ventura, importa que, harto ya de estudiar sus progresos y grandezas, se reduzca el linaje humano por algún tiempo á la contemplación de sus purulentas llagas, ¿qué necesidad hay de inventar para ello un pretendido género literario? Con la *Ga-*

zette des Tribunaux hay para París y mucha parte del mundo bastante, que al fin y al cabo los que encierra son documentos de toda verdad, no forjados, por bien que lo estén, con aquellos datos generales que la vida ofrece, sino constituídos con hechos concretos y presentados en toda su positiva realidad. De mí sé decir que ninguna novela naturalista, conociendo las más alabadas, me ha interesado al punto que la célebre causa de la familia Fenayrou, ó la del *Gran Escándalo* de Burdeos. Hay en la primera un tal marido, cierta mujer que una y otra vez le agravia, y un linaje de venganza, ejecutada en común, que hacen harto más pensar, y enseñan muchísimo más, acerca de los abismos, nunca bien explorados, del alma humana, que todo cuanto Zola con Stendhal y Balzac, si se quiere que también entren en cuenta, hayan acertado á inventar en sus novelas. Pues ¿qué diré de aquellos caracteres de viejos eróticos, de criada infiel, y de señorita, antes corrompida que púbera, tan sin esfuerzo de ingenio por parte de nadie, ni cánones de estética naturalista, sacados por la dicha causa de Burdeos á la escena? Al lado, por ejemplo, de los

señores graves de allí, casi son respetables personajes los que en *Nana* y *Pot-Bouille* manchan vulgarmente con el fango del vicio sus veneras y sus canas. Ni siquiera se dejó corromper con más facilidad la última en su miseria que la mimada señorita bordelesa. ¡Oh! ¡Si á lo menos fueran nuevos, originalísimos, nunca vistos, asuntos tales en novelas! Pero todo el mundo sabe que hay que contar por miles, no por centenas de años, el tiempo en que, por iguales y peores asuntos precisamente, comenzó á vivir y florecer el género obsceno. Ni el *Asno* de Luciano y de Apuleyo, ni el *Satyricon* de Petronio, me dejarán mentir. Y no lo digo por injuriar su valor; pero, hasta hoy, fuerza es reconocer que los modernos autores excusan tratar del todo asuntos que en su arte genuínamente naturalista no se desdeñó de ilustrar la pluma elegante de Petronio. Lo que es el artículo masculino parece que todavía no osen ponérselo á los personajes de ciertas escenas degradantes. Pero ya andan, sin embargo, tan cerca, que no cabe más, pues que hay heroina, en la novela moderna, dignísima de haber figurado en aquellas disputas infames de los sofistas griegos, que con más

ó menos razón llevan y afrentan el nombre de Luciano. ¿Qué temen, una vez puestos á ello, cuando tanto se les adelanta ya con sus alas de oro la poesía lírica? ¿No hay poeta nuevo, y al parecer celebrado, portentosamente constituído en Ovidio Nason, Pedro Bernard ó Pedro Michiele de las propias bestias de labor [1]? De seguro no habrá naturalismo que llegue á más.

Bien conozco que me excedo, y mucho, en la digresión esta; mas no puedo dejar de añadir algo todavía, porque no se piense que, siendo tan propio de la literatura el estudio y representación, bajo distintas formas, de las costumbres y pasiones humanas, pretendo yo que se describan sólo las puras y cándidas, y se mutile la verdad para mejorarla. No, no es tal mi pensamiento. Entiéndase, por el contrario, que soy de los que no creen en la impecabilidad

[1] Nada hay que decir del librejo de Ovidio, por demasiado conocido, del cual existen, que yo sepa, dos versiones castellanas. *L'Art d'aimer*, de Bernard, bastante original, y el *Arte de gli Amanti*, del veneciano Michiele, que es una imitación amplificada, son todavía más naturalistas que el poema didascálico latino.

de las personas dentro del orden natural, y que, en más ó menos proporciones, sé perfectamente que cuanto el mundo encierra, por necesidad participa del mal y del bien. Pero, por lo mismo, niego la realidad del mal que sin mezcla alguna de bien se supone en las condiciones generales y normales de la vida humana. Ni excluyo del arte lo deforme ó lo horrible, mas no sé qué hacerme con ello á solas. Si la desigualdad entre el mal y el bien ha de ser grande, más quiero que el mal en razonable medida haga resaltar el bien, que no que el bien sirva tan sólo para aumentar el vigor de colorido del mal. Pero lo que á todo prefiero es que uno y otro aparezcan, alternados ó confundidos, con igual proporción en el arte que se observa en la vida, ni más ni menos. No otro que ese era hasta aquí el realismo: tal sería siempre un naturalismo de verdad. Pero el militante, propuesto sólo á recrear á las gentes con la contemplación de las pasiones humanas, sin freno, todo lo demás lo sacrifica fácilmente, y muy en especial el arte. ¿Se quiere un notorio ejemplo? Pues permítaseme que sobre este asunto escriba unas páginas más.

Como el naturalismo no es en muchísimos casos sino un romanticismo anticristiano y de inmoralidad grosera ó impúdica, quiso tal vez tener también su Atala, y Zola se la proporcionó, aunque en otro sexo, y para más donosa burla de los creyentes, por medio de un cierto Abate Mouret. Quebranta éste sacrílegamente sus votos, mientras aquella obtuvo bárbara victoria al fin de tentaciones semejantes, quitándose la vida por no faltar á una simple y dispensable promesa religiosa. Pero nótese que ambas figuras están pintadas en un fondo parecidísimo. Atala, porque tuvo naturalmente que aparecer donde ella, cristiana y salvaje á un tiempo, vivía: en medio de los vírgenes y maravillosos bosques de América. La fábula, el paisaje y las personas, presentan allá entre sí natural analogía y enlace, ofreciendo unidad artística completa. Y en cambio, ¿para qué está dibujado el P. Mouret, en un parque abandonado á sí mismo, casi virgen, de una vegetación, aunque nacida en Francia, capaz de competir por su fecundidad y lozanía con la que cubrió el sepulcro de Atala? No, en verdad, para que el *medium* corresponda á las naturales circunstancias de la acción y de los

personajes, ni mucho menos para fortalecer el alma de éstos con la contemplación de las bellas creaciones de Dios. Se trata de más ingenioso y trascendental intento. No estaba la acción naturalista en su plenitud sin identificar los fenómenos de la vegetación con los de la vida, juntamente animal y racional, ahogándose el grito de repugnancia que el sacrilegio del mal clérigo debe inspirar, en el inmenso clamor de victoria de las bestias, las plantas, y las cosas todas, que tan grande interés, al parecer, tenían en que se cometiese un pecado más, y poco nuevo, por cierto. Pero ¡cuánta diferencia, en el ínterin, entre los penosos barrancos por donde conduce Zola al conocimiento del amor, la falsa inocencia del Abate y de Albina, y las sendas dulcemente floridas, que con parecido intento siguen, no ya la cristiana Atala, sino aun Dafnis y Cloe, en el antiguo cuento de Longo! ¡Ah! ¿Por qué no cuentan esas cosas naturales, ya que se pongan á ello, los *naturalistas* de profesión, con aquel maravilloso primor de Longo, y de su mismo traductor D. Juan Valera? Volviendo al Abate de Zola y á su capítulo erótico, si lo que éste encierra no es una tesis materialista de historia natural, fuerza

es que le busquemos distinto propósito. Y bien pensado, no hallo otro, que el de demostrar que la virtud se defiende menos al aire libre, donde hay perfume de plantas, sombra, y rumor misterioso de animales, que bajo techado. Pues aun así, cualquiera de los grandes novelistas anteriores, y por no citar otro, Goethe, que profesaba por su espíritu panteista verdadero entusiasmo hacia la naturaleza, incomparable ya por tantos otros méritos con Zola, le lleva también como escritor naturalista notoria ventaja, según se va á ver.

Puesto á hablar de estas cosas el gran poeta y novelista alemán, nótase bien que las conoce finamente, y sabe dar al *eterno femenino* el sumo valor que en la vida tiene. La mujer se basta por sí sola con un mero recuerdo suyo que despierte, con el rumor ó accidente más mínimo que la deje presentir, para hacer cautiva la más fuerte voluntad de hombre, que ose afrontar su poderío, cuando la gracia de Dios no le asista á él misericordiosamente; y, por supuesto, sin plantas, pájaros, ni otro condimento estético alguno. «Figuraos que es de noche (dice, persuadido de esto, Goethe, en cierta página del

Wilhelm Meister) [1], que un hombre, que duerme solo, oye ligero ruído á su puerta, una cara vocecita luego que habla muy bajo, algo, en fin, que se va acercando, hasta mover las cortinas, y siente caer en este punto unas zapatillas al suelo, sonido único por lo adorable, tanto más dulce cuanto las suelas más finas son: ¿quién con esto osará comparar los gorjeos del ruiseñor, los murmullos de los arroyos, ni los suspiros del céfiro?» Zola ha osado algo así, cual se ha visto, en el paisaje que contribuye á la caída de Mouret. Pero yo tengo para mí que el de Goethe, con ser tan ligero, es cuadro muchísimo mejor observado y vivido más de veras que el de Zola, que no pasa de ostentar una composición artificiosa y malamente romántica. Ninguno, espero, de los muchos que están enterados de cómo suelen esas cosas suceder, me quitará la razón. No merecerá la preferencia Zola, ni por virtud siquiera de aquella resonante palabra, que desde niño nadie ignora, gracias á la sencillez patriarcal que resplandece en los mandamientos de la Ley de Dios, con que se atreve

[1] Tomo I, libro V, cap. V.

el valiente autor del Abate Mouret á coronar su descripción, todavía menos zoológica y botánica que desvergonzada. ¿Y, la estética que tal inspira, osa tratar desdeñosamente á otros novelistas contemporáneos, y sobre todo al autor de *Meta Holdenis* y de *L'Aventure de Ladislao Bolski*, Víctor Cherbuliez, cuyo talento, ameno á un tiempo y profundo, combinación dichosa del genio germánico y del genio francés, le tiene asegurado, si no es ya que la amistad me ciega, que no suele, un grande y merecido lugar entre los buenos autores de novelas de todos los países y todos los tiempos?

Ha llegado el instante de hacer alto en este camino. Juzgando á un escritor de costumbres á quien amaba, irresistiblemente me he sentido arrastrado á exponer mi opinión tocante á la manera con que es moda pintarlas hoy. Ahora entro ya concretamente en mi asunto.

Los cuadros de *El Solitario*, como los de Mesonero Romanos, son de cortas dimensiones, y carecen de acción ó fábula continua, lo cual establece entre ellos y las modernas novelas naturalistas una diferencia más que real aparente. Porque, en puridad, ¿hay tampoco en el mayor

número de dichas novelas, asunto principal ó fábula? ¿Se desarrolla por lo común en ellas una verdadera acción? No, en verdad; y aunque eso hubiera, no importaría gran cosa, pues que la escuela tiene en poco el interés de la trama y su verosimilitud, aspirando principalmente al documento escueto, al dato humano, al detalle de la vida, más útil cuanto más descarnado, á su parecer. Lo que diferencia sustancialmente la manera de los escritores naturalistas de costumbres de la de *El Solitario*, debe buscarse en otra parte, que ya indiqué al comienzo del presente capítulo. Obsérvese que los héroes y las heroínas de las *Escenas Andaluzas* pertenecen, casi siempre, á clases tan pobres como las que en el *Asommoir* se retratan, y que tan lejos estuvo del ánimo de *El Solitario* componer con sus hechos y dichos historias santas, como del mismo Zola pudiera estarlo. No lo dice expresamente el escritor español; pero apostaría yo á que el D. Cuyo de doña Gorgoja no le habló siempre al corazón con las formalidades que Dios manda, cosa que da bien ella á entender; y no es tampoco seguro que la donosa Basilisa fuera mujer legítima del galán jinete que la llevó en grupas á *La Feria de*

Mayrena. Ni tengo por más cierto que fuesen ningunas benditas de Dios aquellas danzadoras del *Baile en Triana* ó de la *Asamblea general*, que, al decir de *El Solitario*, «llevaban los pecados mortales en el talle y la cintura.» Mas con eso y todo no se verá en las *Escenas Andaluzas* hembra alguna que no dance, si «rayando en el desenfado, sin tocar en la desenvoltura;» canon ó regla que sólo toca allí al baile, y bien podría elevarse á precepto para los escritores de costumbres.

Rara vez se habrá llevado más lejos lo picante que al describir *El Solitario* las gracias de la *rubia bailadora*, Mad. Guy Stephan, delicia un tiempo del público de Madrid, en el artículo intitulado *Asamblea general*, obra la más inspirada, por el color y por la riqueza de estilo, que salió de su pluma. Y, sin embargo, ¡cuánta distancia no hay, tocante á decoro, entre aquellas páginas, discreta y poéticamente provocativas, y las de *Nana!* La comparación es tanto más adecuada, cuanto que ésta y la *rubia bailadora* eran por igual heroinas de teatro, y, salvo la respectiva conducta privada, que en esto no entro ni salgo, diferían poquísimo por lo que hace al modo de vivir y á su condición social. Pues

repárese bien cómo la describe en los siguientes párrafos, y compáreselos con los que dedican á sus heroínas los naturalistas de ahora. Tendrá así el lector á mano una acabada muestra del admirable estilo y de la colosal imaginación del prosista, al modo que la tiene ya de los primores del poeta. Tratábase de decidir, según *El Solitario*, si la aplaudida sílfide extranjera, que se había dado á ejecutar por entonces bailes andaluces, y principalmente el popular *Jaleo de Jerez*, merecía asilo y lugar, como una de tantas, entre las bailadoras sevillanas, y el experto tribunal encargado de ver y fallar tan arduo asunto fundó y declaró así su sentencia:

«Mirando, considerando y contemplando esto, aquello, lo otro y lo de más allá, dichos señores dijeron: Que por cuanto dicha bailadora tiene la estampa y el corte legítimo de la tierra, retrepada y echada atrás con sus debidos dares y tomares, y sus altibajos correspondientes en el cuerpecillo, cinturilla de anillo, pie de relicario, pantorrilla de gran catedral, y de allí á los cielos; y á que los brazos son, si los despliega, las alas en la paloma, y si los enarca, las armas del dios Cupido, el pecho búcaro de claveles, y

el cuello y la cabeza como los de la garza, si mira al sol y luego á la tierra; atendiendo á que mide el suelo y hiende el aire con la majestad de corregidora, la gracia y la sabiduría de la gitanilla de Menfis; á que suena y tañe, pica y repica los palillos con rigor y brío, salero y compás, como bailadora deputada de rifas y festejos; á que lleva y trae el mundillo con vendaval y riguridades con sus correspondientes temblores, molinete, estremecimientos y serenidades; á que da el paseo y hace la procesión con el boato y la misma gala que la Jura del Rey y la festividad del *Corpus Christi;* á que sube y baja su zaranda como Dios manda, pidiendo á voz en grito harina y mohina para su zarandillo y cedazo; á que se coge y encoge, dilata y desliza como anguila en el agua: teniendo en cuenta su manera de navegar, y tomar y soltar rizos, que se empavesa y arrisca echando juanetes y escandalosa con flámulas y gallardetes, llegándose hasta los cielos, amainando y arriando de súpito, quedando en facha desafiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares; considerando que aquel braceo es de todo recibo, como de jardinera que coge

rosas y flores, ó gitanilla que lucha y baila con su propia sombra; mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de pies, que no los alcanzan los ojos, ni puede divisarlos el pensamiento del alma; á que con los susodichos pies escribe en el aire y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hacia los cuatro ángulos de la tierra, trayéndolos empero á su voluntad, como rayos que tiene *un-debel* en la mano, á su verdadero centro y asiento debido; á que los juega y esgrime como maestro de espada prieta, que los escarcea y engaratusa, los baraja, vibra y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; á que los teje y trenza como los bolillos en manos de la encajera; á que fija el uno en la tierra tan firme cuanto el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve ó lo recoge y se convierte en el pájaro que hace la letra Y, ó lo extiende y se hace relox que señala desde las seis á las siete; y, en fin, á que los bate y desplega como sus alas las aves y las mariposas, y su abanico las mozuelas y las viudas; contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile pone cuanto condimento

y especias son convinientes, sin omitir el comino y la alcarabea ; á que toma tierra con gracia y aseo; á que es pernera, chazadora, galopante y lomo levantado; á que lleva los jaeces con rumbo y á que todos los arreos los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar más: dichos altos señores y atemorizadores de hombres fallaron en toda regla que debían declarar y declararon á la referida bailadora mujer legítima de la tierra, serrana líquida y trianera apurada por todos cuatro costados....; se declara asimesmo que su personilla es la estampa de lo bueno y cortada de molde para la historia de nuestros bailes, y que ni pizca más ni pizca menos fuera tan de recibo cuanto al presente lo es en propia esencia y potencia; que las vueltas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los encuentros y golpes que da y las suertes que saca, es que lo pinta soberanamente.

»Y se declara que de cintura á la zaga es la reina de todos los movimientos; se declara también que cual ninguna pinta la Chacona y la Gambada, las Campanelas y la Gallarda, y que el vigía de Cádiz no tiene más señales ni las levanta más en alto que ella los perniles y *pinre-*

les; que si mata la araña con todo conocimiento y tilín, con gran primor y aseo, y valiéndose de la punta, luego con el calcaño desmenuza el mundo y trocara en cibera los perdigones; que hace el *bien parado* y que juega á guardas y metedores como nadie; que finge el capeo con el trapo de sus sayas; que gallea, cita al torillo, entra y sale en jurisdicción, pone arponcillos siempre rematando y sin enfrontilarse ni quedando en embroque sino cuando lo quiere y es su gusto; que llama los pollitos como la clueca moñona, que llamaba uno y salían veinte....

»Y se declara asimismo que da las pavitas de Roma como paje de Cardenal; que su paso es callado, corto, cuco y cortés, pulido, prusiano, perdido y puntero, según y conforme es útil y se necesita al caso; que su cuerpecillo es tunante, picarillo, muy pitero y con mucho gancho en la retrechería; que en el cuneo parece que va al calacuerda, y que es sonsacador, provocativo, cudicioso y con mucha juerza de chupe; que hace la tijera con soberano poder, como en *flábica de cravos*, y capaz de cortar á cercén la cabeza de una criatura, y esto aunque tenga turbante; que tiene el mareo muy suave, y que

no hay más que tenderle la manta, y por final y postre se afirma, falla, sentencia y ratifica que en la *sota de bastos* es para matarla: y que en el *remangue* parece la Rial de España que iza bandera; que en la culebrita y sierpe enreda y ciñe al prójimo por la cinturilla arriba con los huesecillos y coyunturas, y que si se regocija y rebulle y toca á aleluya, parece sábado de gloria, que hará repicar todos los campanarios del mundito y disparar todas las baterías del sentiiiiido.

»Se le previene á la dicha bailadora que de hoy más se tenga por tal serrana líquida y trianera reconocida, haciéndose guardar las franquezas y privilegios de tal, sin sufrir cosa en contrario, mirándose obligada á vestir siempre saya corta, justillo ceñido y mantellina blanca ó negra, cogida por la oreja con aire recio y de desenfado: se le advierte que ha de confirmarse el nombre, tomando el de *Malena*, *Lola*, *Currilla*, *Trini*, *Carmela*, ú otro por el estilo, de nuestra propia cosecha y trapío, calendario y alminaque y martilogio, pues el de *Virginia* es de mal agüero y siempre acaba en mal, amonestándola que si toma D. Cuyo no se llame *Pablo*, que suena á bo-

bón y para poco, sino que se nombre *Paco*, *Goro*, el *Chano*, *Jusepón*, *Tobalo* ú otro así, que con los de esta laya podrá accidentarse, pero nunca ahogarse; se la hará entender que por su buen derecho, propia autoridad y saludable efecto de esta declaración, puede andar y campar sola por toda la jurisdicción de Sevilla, entrando como ama y saliendo como reina en *Torreblanca*, Venta de *Eritaña*, *Macarena*, *Tomares* y demás sitios famosos de este cerco de tierra, recibiendo agasajos, tomando yantares y desperdiciando bebía y licores, sin estar obligada á pago alguno de hostelaje, peazje y pontazgo, haciendo sobrada satisfacción con echar dos *riales* de sus movimientos, si es que se los piden y ella viene en ello por voluntariedad de su gustito, que tal ha sido, es y será siempre el privilegio y juro que en esta banda tienen los cuerpecillos buenos y recocidos. Cuando vaya á Mairena, Rocío y feria de Santiponce, será la primera en romper el baile, y será llevada y traída en las carretas endoseladas al lado de la médica y de la mayordoma de la Hermandad; se pregonará y hará entender á todo hombre de camino, ya vaya franco ó ya de carguío, que la dé grupas

siempre que las pida, llevándola como en urna y bajo dosel adonde ella quiera y señale; pagándola el gasto, y siempre con mucho miramiento y muchísimo aquel, sin atropellarse en nada y siempre por la buena; y si ella observa mano oculta y mar de fondo, que largue un bofetón de categoría y arremeta á la cara trayéndose leña entre las manos, y siga el camino, que si el terremoto arrecia y ella dice *¡favor á Carmela!*, las aristas del campo se trocarán en jaurías de hombres como erizos, que la harán más sigura que en el Consistorio.

»Y se la amonesta que componga la boca en esto del habla, que por las malas compañas en que ha andado de gringos y de gabachos suele tropezar y salen á medio bautizar las palabrillas, y para que en esto entre en ringla y pauta, se da comisión en forma á *El Solitario* para que la arregle y concuerde la lengua como en tales casos acontece, encargándole al delegado que la ejercite y adiestre en la acentuación de la jota y en la pronunciación de aquellas palabras mayúsculas que son la llave maestra del idioma: que en desempeñar su comisión con buen fruto y lucimiento, adelantará en merecimientos mucho el

delegado, y se le tendrá en cuenta, y esto aparte de los emolumentos, gajes y adehalas personales que ella quiera satisfacer hecho el ajuste cuerpo á cuerpo, sin mediar chalán ni corredor.»

Á pesar de este diluvio de intencionadas, atrevidas, picarescas frases, con que inunda el cuerpo de la bailadora el sensual y entusiasta *Solitario*, ¿no es verdad que ni por un instante deja ella de ser tipo artístico y estético? ¿No es cierto que tal pintura ni repugna ni avergüenza? Pues es que los arriesgados perfiles del retrato prodigioso que se acaba de ver, los ennoblece el arte con sus primores; el arte mismo que invisiblemente arroja velos castísimos sobre la desnudez total de la Venus Medícea, y hasta sobre la curiosidad un tanto extraña de la Venus Calípica en Nápoles. De tal naturalismo, podrá siempre decirse, con el malogrado Revilla, que «es al modo que un espejo de cualidad tan maravillosa, que devuelve transfigurada y embellecida la imagen que refleja.» Y este espejo maravilloso es justamente la *personalidad* del artista, que el *naturalismo* intenta suprimir de toda obra, lo cual valdría tanto como suprimir las artes. Ya en las del dibujo se ha encontrado un

autor impersonal, la máquina fotográfica, verdadero ideal de la estética de Zola. Los objetos se dan casi de por sí en dicha máquina, sin que ponga en ello el hombre sino la capacidad de un artesano, ú agente industrial. Pero ¿cabe producir así obras que equivalgan á las imágenes, no se sabe cómo, vivas de Velázquez, ó á los torsos purísimos de Fidias? Nadie osará decirlo. Sea en buen hora que no lleve la voz en su obra el novelista, dejando que todo pase exclusivamente entre los personajes, sin decir él palabra por su cuenta; que el autor no levante la tapa que cubre esta otra máquina interior, en que se dan y entretejen el pensamiento y la voluntad; que el solo diálogo dé á conocer al que lee, ni más ni menos que al espectador ú oyente en su caso, las intenciones de los interlocutores; que de las conversaciones poco ó nada se deduzca, induciéndose todo de las acciones de unos y otros. Nada de eso está mal, ha sido siempre regla del drama, y debe serlo de la novela moderna, que, al dramatizarse por buen acuerdo, dejó de ser simple apólogo, relación, narración ó cuento, como fué meramente en otros tiempos. Tampoco hablan el pintor,

ni el escultor, seguramente, sino que dejan la palabra á sus estatuas, ó á los personajes que se destacan en sus cuadros; y ¡desdichado del que tiene que escribir al pie del mármol ó el lienzo lo que por sí misma debe decir toda obra artística! Mas no por ello se ha intentado hasta aquí en las artes del dibujo, ni en otra, fuera de la novela *naturalista*, descontar del producto la personalidad, la peculiar actividad intelectual, el sujeto pensante, el *yo* psicológico del hombre que produce ó crea. Para la mera exactitud de las representaciones, no ya siquiera la máquina fotográfica, basta en muchos casos un espejo común; mas si se trata de la verdad artística, poética, no hay espejo que baste á representarla ó describirla ciertamente. Tal oficio no puede hacerlo más que un solo aparato, ó más bien un solo espejo: el del genio.

Ni es diferente la razón de que para el arte no sirvan todas las personas, por más que estén dotadas de otras particulares aptitudes. Muchos, cuantos somos de las provincias andaluzas por de contado, estamos hartos de ver las fiestas de aquella tierra, y pudiéramos referir puntualmente

en qué consisten; pero ¿quién ha tenido la dicha de verlas tal como vió *El Solitario* la *Asamblea General*? Y, sin embargo, la más rigurosa realidad reina en aquella obra , solamente que no todos, sino poquísimos seres humanos, aciertan á hacerse cargo por tan singular y poética manera de las cosas. Cuanto puso Fidias en el cuerpo humano, existe positivamente en él; pero Dios no se lo ha permitido ya ver más á hombre ninguno. Por ser hijos legítimos del arte los personajes de *El Solitario*, es por lo que nunca parecen repugnantes ni despreciables. Si á alguno de ellos nos le hubiésemos hallado en cualquier mal paso, que de pecadores es darlos acá en la tierra, bien fuera *Capita*, al comer, con su capa revuelta al brazo, *por el espanto*, bien *Puntillas*, el apologista del cigarro, que solía andar en compañía de sujetos que «se enamoraban con fe ciega de los pañizuelos, carteras, petacas, cartapacios y otras menudencias,» yo sé que pocos, entre los hombres de gusto, nos habríamos negado á hablarle al juez para que con leve corrección ó sin ella lo pusiese en la calle, teatro alegre y natural de sus acciones. Por el contrario : donde quiera que miramos un personaje de Zola, luego al punto se nos despier-

ta un cierto amor impensado y hasta violento á la policía, y recelamos que ande perezosa la justicia en su ministerio. Basta esto para medir el abismo que hay entre pinturas y pinturas de costumbres.

Fuera de lo picaresco y picante, tienen también singular mérito varias de las *Escenas Andaluzas*, en lo propia y genuinamente cómico; mas este tampoco es tal que, con los desórdenes peculiares á la risa, quite de todo punto á los personajes aquella unidad y medida que, cuanto alcanza valor estético, exige. Al revés: siempre despiertan las pinturas cómicas de *El Solitario* agradables sonrisas, y no mal intencionado regocijo. Tal se observa en el admirable cuadro de costumbres políticas, no ya por desdicha arcaicas, sino cada día más en uso, y aun corregidas y enmendadas, ó empeoradas cada vez más en nuestra España, que se intitula *Don Opando ó unas elecciones*. Tal, en el donoso estudio biográfico de *Manolito Gázquez el Sevillano*, tan lleno de verdad, que no parece que toque á hombre de quien se cree que no dijo una en su vida.

Pero donde sin duda contrasta más el nuevo naturalismo con el de *El Solitario*, antójaseme

que es en la pintura de aquel linaje de hombres, tan común en la clase baja de todas las naciones, que no saben pasar las horas ni tratar asuntos, aunque sean muy honrados, sino en la taberna ó el *café*, que tan rápidamente va usurpando á la clásica taberna, con el oficio, el nombre. No hay más que recordar la triste sala del *Père Colombe,* recomendada en la muestra á los obreros parisienses con este siniestro letrero: *L'Asommoir,* y poner con ella en cotejo aquel aposento humilde, pero alegre, donde *Los Filósofos en el Figón* tan discretamente discurrieron acerca del vino, el amor y todo lo bueno de esta vida, antes corta que larga para ellos, y con razón, digan lo que quieran los oscuros filósofos pesimistas de nuestra época. ¡Cuánta diferencia en los discursos! ¡Qué distinta luz! ¡Cuál otro aire el que circula y se respira acá ó allá, entre los marchantes ó clientes de unas ú otras tabernas, aire que han de absorber al cabo, al cabo, los atentos lectores! Á todo lo cual podrá quizá respondérseme que *L'Asommoir* es hoy tan verdad, en su caso, como el *Figón* de nuestros dichos pensadores ó filósofos pudo en su día ser; mas no es eso, seguramente, lo que niego. Á mi juicio, en el *Figón* se en-

cierra una obra de arte, como cualquier cuadrito de Teniers, digno por sus exquisitos primores de gran precio, y en la taberna del *Père Colombe* no hay más que lo que se ve en mil partes por París, materia, en suma, únicamente interesante, y capaz de solicitar la atención de la gente de bien, bajo los especiales puntos de vista de la higiene ó de la policía.

Retratos son todos, y sin embargo, los que, ya que de policía trato, manda ésta sacar en fotografía para que, repartidos por todas partes, den gráficamente las señas de los criminales fugitivos, nunca están hechos, ni hace falta, como saben los mismos fotógrafos, y suelen hacer, las tarjetas que entregan luego las damas elegantes á la admiración continua de sus amigos y apasionados. ¿Y por qué no recordar todavía mejor los bustos griegos y romanos, que tan fielmente representan, bien que haya muchos convencionales, á los personajes antiguos? ¡Así representaran á los contemporáneos los bustos modernos! ¡Menos desconsolados saldrían los hombres de gusto de ciertos palacios! Está la realidad en los bustos clásicos hasta nimiamente observada, si se quiere, y el feo, feo es á más no poder, cual

eran, si sus bustos no mienten, Sócrates y Demóstenes; pero, ¡qué nobles composiciones aquellas, con eso y todo! ¡Qué individualidad tan magistralmente sorprendida y revelada! ¡Qué talento artístico tan personal, tan original, tan elevado! La caricatura misma consiente arte, y hasta genio en el artista, cabiendo que se levante ella mucho sobre la vil exageración de las deformidades humanas. Pero ¿se pretende á toda costa, por ventura, que haya cuadros, esculturas, libros totalmente naturalistas, de todo en todo diversos de los ejecutados según los principios reconocidos por el arte, lo propio en éste que en cualquiera otro tiempo? Pues háyalos, y sobre gustos no disputemos más. Lo único que digo ya es esto: ¿por qué han de correr obras tales á cargo de la literatura, ni aun de aquella que toma por asunto las costumbres? Déjese, déjese algo á la especialidad respetable de los médicos higienistas, de los criminalistas, de los empleados de policía, de estadística, de la administración pública en general, que ellos redactarán muy bien sin duda cuantos informes convengan acerca de las cuestiones ó tesis que la pretendida literatura naturalista ha tomado sobre sí ahora; y á lo me-

nos constará debidamente que en las cosas de esa índole se trabaja, no ya por trivial, imprudente ó dañada intención de recrear el mal gusto de un número mayor ó menor de curiosos, corrompidos, indiferentes ó impotentes, sino para preparar, con la exacta descripción de los males, las prevenciones útiles y los posibles remedios.

En conclusión: no faltará quien observe que la biografía de *El Solitario* está todavía en el período de 1830 á 1834, y no pocas de las *Escenas Andaluzas* de que he hablado fueron escritas mucho después; mas de esto daré explicación en otro capítulo. Por de pronto, y antes de reanudar la relación de su vida, pondré aquí punto, diciendo que, aparte de los ya publicados, principalmente en las *Escenas Andaluzas*, que no van todos en este primer tomo porque ha parecido mejor guardarlos para otro, son muchos los artículos, de igual ó parecida índole, que dejó sin terminar, y no por cierto inferiores, según lo que de ellos queda, á los que ya gozamos impresos. Un buen servicio hará, sin duda, á las letras patrias el editor de la nueva colección, dando á conocer de tales escritos los ma-

yores fragmentos que pueda. Más hacedero ha de ser eso, de todos modos, que hallar entre sus manuscritos de versos, no poco copiosos también, muchos que estén en estado de acrecentar dignamente el nuevo volumen que juntas encierre sus poesías jocosas y serias.





CAPÍTULO VI.

«EL SOLITARIO» MILITAR Y ARABISTA.

SUMARIO.—Razón de no seguir rigurosamente el orden cronológico en esta obra.—La guerra civil y las Provincias vascas.—Nómbrase á Estébanez auditor general del ejército.—Trabajos administrativos que precedieron á su nombramiento.—Lucha sin cuartel.—Romance á *La Golondrina*.—Estébanez soldado.—Junta la jefatura política de Logroño á la auditoría.—Su iniciativa en asuntos militares.—Correspondencia con Córdova y Zarco.—Situación de España en tiempo del *Estatuto Real*.—Ideas y sentimientos de Estébanez entonces.—Carta interesante.—Radical flaqueza de aquellos gobiernos.—Exigencias encontradas.—Aflicciones del país.—Martínez de la Rosa y Toreno.—Confianza de los moderados en Mendizábal.—Correspondencia con Gayangos.—Prosigue en campaña su estudio del árabe.

Lo que, según acabamos de ver, inició Estébanez ó del todo realizó, como escritor, desde 1830 á 1834, demuestra la razón que tuvo Mesonero Romanos para deplorar que tan pronto le hubieran separado otras ocupaciones del cultivo asiduo de las letras. ¿Quién sabe hasta dónde habría llegado su fecundidad en tal caso? Pero la Providencia guió las cosas

de distinto modo, y la causa inmediata de dejar tales tareas Estébanez fué la muerte, por tanto plazo esperada y temida, de Fernando VII.

No he creído oportuno seguir rigurosamente el orden cronológico en este, que tanto y más que biográfico es un estudio crítico, encaminado á juzgar á nuestro autor dentro de los diferentes asuntos á que consagró su pluma. Para mí lo más claro y metódico es exponer por entero cada cuál de las distintas fases que presenta su carrera literaria, soltando de vez en cuando el hilo de su vida privada y administrativa, aunque sin romperlo jamás. Por el método cronológico, nunca habría hallado ocasión de tratar en conjunto de Estébanez, como poeta, ni como autor de artículos de costumbres, ni como novelista, ni como historiador, géneros literarios en que sucesivamente fué empleando su especial ó más viva atención, sin abandonar por completo ninguno de ellos. Con el plan que me he propuesto, en cambio, que permite agrupar sus trabajos en las varias materias á que dedicó su talento, logro tomarlos, y analizarlos, en aquel preciso instante de su existencia durante el cual los ejecutó con mayor asiduidad y más

empeño. Poesías escribió siempre, pero no ya con frecuencia ni grandes ilusiones desde poco después de 1832. Artículos de costumbres escribió siempre asimismo; y, por el tiempo en que se publicaron las *Cartas Españolas*, fué cuando los inició, y cultivó más de ordinario. Tuvo constante afición á la historia; pero hasta el postrer período de su vida no se dedicó á trabajos serios y verdaderamente técnicos en la materia. También tomó parte por último, y en más de una época, ya en la administración, ya en la política; pero nunca con el ardor, con la esperanza, con el entusiasmo, no exento de desengaños acerbos, que en los días, por todo extremo azarosos y revueltos, de que voy ahora á hablar.

Aconteció la muerte de Fernando VII, según es sabido, á 27 de Setiembre de 1833. Nadie había deseado más sinceramente que nuestro escritor que dejara un hijo varón el difunto monarca. Al felicitar con un soneto á la princesa heredera, por su segundo cumpleaños, después de demostrar decidida adhesión á su derecho, pintábala, intercediendo en su inocencia con el Hacedor Supremo, para que todavía le diese un

hermano, que desvaneciera las siniestras nubes de la guerra civil. Deseaba ante todo la paz, pero sin dejar de ser cristino, y partidario acérrimo del derecho de las hembras á la corona de España; y, muerto Fernando VII, fué uno de los más entusiastas y valientes partidarios de la segunda Isabel. No más que cuatro días después de espirar el Rey, se alzó la bandera de su hermano en Talavera de la Reina, aunque con mala fortuna, al tiempo mismo que los voluntarios realistas de Bilbao tomaban resueltamente á su favor las armas, iniciando así la rápida y formidable rebelión de las Provincias Vascongadas. Á los tres meses escasos tenía ya D. Carlos allí un pequeño ejército, y el General más apto que hubiera sido posible hallar para mandarlo.

Todo el mundo presentía, mucho antes que vacara el trono, que la guerra civil era inevitable; pero solamente los carlistas, juntos en haz y organizados, estaban dispuestos para emprenderla. Constituído precipitadamente el bando de la hija del Rey por monárquicos á todo trance cual Estébanez; por liberales templados, al modo de los que más ó menos ostensiblemente transigieron con Fernando VII, y todavía

más con su esposa, en virtud de eso apellidados *cristinos*; por los doceañistas, en fin, y los revolucionarios impacientes, recién sacados de la emigración á causa de la amnistía, careció al principio de unidad y dirección fija, lo cual hizo perder los momentos mejores para impedir que tomase la guerra el gran vuelo que tomó al cabo. Pero la posesión de Madrid, de la *Gaceta*, de todo el organismo oficial, dábale, por otra parte, grandísimas ventajas á la Reina, que compensaban mucho los inconvenientes expuestos, estorbando que el carlismo se apoderase en la confusión primera del trono que codiciaba. Por de pronto, pudo el partido isabelino disponer del ejército, que obedeció en masa al gobierno establecido, aunque muchos jefes y oficiales sueltos abrazasen la causa contraria; y en Enero de 1834 mandaba ya D. Jerónimo Valdés un cuerpo de tropas en las Provincias vascas y Navarra, superior, por todos conceptos, á las fuerzas de D. Carlos, aunque no ascendiera más que á diez y seis ó diez y siete mil hombres, contándose entre ellos las muchas y en parte indispensables guarniciones. Los carlistas, por su lado, no llegaban más, aún, sino á la mi-

tad, bajo el mando del antiguo coronel Zumalacárregui; pero, bien que inferiores en número y calidad todavía, contaban, ya se sabe, sobre sus contrarios con la ventaja enorme de pelear en el propio país, que les ofrecía auxilios incesantes, de conocer monte por monte, barranco por barranco, torrente por torrente su quebradísimo territorio, y de hallarse situado éste en el centro de la fragosa cordillera pirenaica, que casi penetra por allí hasta el Ebro. Lo cual no permite en aquel país otras que operaciones de montaña, más fáciles de ejecutar por tropas voluntarias y sueltas que por batallones organizados y educados para la guerra regular, si ellos no suplen por su número todas las demás desventajas de tal situación. Y no siendo en aquella época suficiente el del ejército de la Reina para suplirlas, la contienda, que muchos juzgaron al principio de corta duración, presentaba ya en los últimos días de Enero de 1834 gravísimo carácter á los ojos de las personas inteligentes é imparciales.

Tal era el estado de las cosas, cuando por Real decreto de 26 de aquel mes, Zarco del Valle, ministro de la Guerra, nombró á D. Sera-

fín Estébanez Calderón auditor general del ejército de operaciones del Norte de España, puesto á la sazón á las órdenes de Valdés, y que sucesiva y rápidamente pasó á estarlo á las de Quesada en Febrero, y á las de Rodil en primeros de Julio del propio año.

Mucho tenía que haberse levantado en los cuatro años anteriores la reputación del todavía joven escritor, para obtener de un salto empleo de tamaña categoría y confianza. Verdad es que, desde que empezaron á mudar de semblante las cosas políticas, gracias principalmente al influjo de doña María Cristina, había sido objeto de frecuentes distinciones. Reinando Fernando VII, por Febrero de 1833, mereció el nombramiento de redactor de *El Boletín* que publicaba la Junta de Comercio de Madrid. Y durante el primer ministerio de doña Isabel II, que presidió el conde de Colombi D. Salvador Zea Bermúdez, malagueño como Estébanez, se encontró ya halagado constantemente. Fué en 17 de Noviembre del propio año de 1833, cuando el ministro de Fomento, D. Francisco Javier de Burgos, que tanta celebridad adquirió por su actividad é inteligencia, y por su saber en tal mate-

ria, le nombró de Real orden redactor principal y director del nuevo *Diario de la Administración*, destinado á propagar los modernos principios de esta ciencia, casi desconocidos en España. No contento con eso, quiso Burgos que se tradujera y popularizase un buen tratado elemental de administración, y en Noviembre también confió dicho encargo á Estébanez. Vertió éste, con efecto, en pocos días y excelente estilo castellano, que bien pudiera servir por modelo de su género, los *Principios de la Administración pública*, de Carlos Juan Bonnin, libro tan apreciado en Francia, que en pocos años se hicieron allí de él hasta tres ediciones. No puso su nombre en este trabajo Estébanez, porque acaso le pareciera poco digno de ello; pero es probable, en cambio, que con los quince mil reales que, según consta de oficio, le valió, aderezase su viaje al Norte, que no tardó en realizar, aunque se ignore la exacta fecha.

Muy contento de sí debía de estar al tiempo de dejar Madrid, porque además de las grandes muestras de estimación que aquí había recibido, estaba cierto de que tampoco se le olvidaba en el teatro de sus glorias juveniles, pues que la So-

ciedad Económica de *Amigos del País* de Granada le envió entonces el título de socio correspondiente, que meses antes le otorgara. Verdad que todo lo merecía su asidua aplicación, la cual traspasó los límites de la literatura para penetrar, no sólo en los estudios administrativos y jurídicos, sino en el de otras ciencias. Las *Cartas Españolas* contienen un juício crítico suyo sobre la obra intitulada: *Derechos y atribuciones de los Corregidores, Justicias y Ayuntamientos de España*, de Ortiz de Zúñiga, que muestra notables investigaciones sobre el antiguo régimen español, y no menos que en la traducción de Bonnin, hizo allí patente que le eran por igual familiares las doctrinas modernas. Trabajó también en las *Cartas*, conforme ya dije, sobre agricultura, geografía antigua y minas de España, buscando por todos lados, en suma, lograr renombre y merecer la estimación general. Justa recompensa, pues, de sus esfuerzos, que no capricho del favor, fué la posición distinguida que, joven aún, y en tiempos harto más difíciles que estos para medrar, alcanzó Estébanez.

No era, con todo, ningún *beneficio simple* su empleo. Ni Quesada, ni Rodil, soldados valentísimos

ambos, fueron más felices que el veterano Valdés, con la insurrección, de día en día creciente, que enarboló la bandera de D. Carlos en las Provincias vascas y Navarra. Nuestro Auditor general hizo el aprendizaje de su oficio en la horrible lucha sin cuartel, poco á poco establecida de hecho entre los beligerantes, que decretó y legitimó Rodil públicamente en el famoso bando de Agosto de 1834. Todavía en sus años últimos recordaba á las veces Estébanez, que era hombre de corazón sensible y bueno, el horror de aquellas marchas en que nadie podía quedarse atrás, porque el cansancio ó la herida solían traer consigo la muerte; aquellas noches de *vivac*, que, por negras que fuesen, tenían que parecérselo más á hombres que en las fáciles sorpresas de la guerra de montaña no corrían el ordinario riesgo de la vida, sino el de perderla á modo de desalmados criminales. Aludiendo á estos y otros fieros espectáculos de la fratricida pugna, escribió en Navarra su romance á *La Golondrina*, leído dos noches consecutivas, y entre vivos aplausos, en el Liceo de Madrid por don Nicomedes Pastor Díaz, durante la primera quincena de Octubre de 1837, delante de su autor,

que no se atrevió sin duda á hacerlo él mismo, por causa de su natural dificultad en el decir. De él copié antes algunos versos en recuerdo de Málaga, y quiero ahora insertar otros, que me parecen propios de este lugar. Describiendo primero el teatro de la guerra, dice :

«Mas á ti, loca avecilla ,
¿Qué necio amor te estimula
Y á los páramos te trae
Que Cantabria al cielo encumbra ?
. . . .
Por allá el ancho Gorbea
Alza de nieve sus puntas,
Y allá sus crestas Andía
Entre las nubes oculta.
Allí Aralar, á Tolosa
Con negras selvas escuda ,
Y allí la Amezcoa amenaza
Con sus frescas sepulturas.
A tantos montes y breñas
Negras montañas se anudan,
Cual recintos de altos muros
Que el ancho reino aseguran.»

Comparando luego las delicias de su Andalucía, nunca del todo entristecida por los superficiales pronunciamientos que la solían perturbar, con el doloroso estado de las provincias insurrectas, exclama :

«Allí hallarás por contiendas
Danzas, amor y ternuras,
Los requiebros por rencores,
Por lides blandas repulsas.
Mientras aquí ¡duelo impío!
Quedaré en la acerba lucha
Que españoles y españoles
Con fuego y sangre disputan.
Donde al grito del soldado
Grita el buitre en las alturas
Con sesgo vuelo, y gritando,
Su horrendo banquete augura.
Donde en civiles rencores
Se pierde, y funesta pugna,
Natal valor que enfrenara
Las extranjeras injurias.
Que unciera de nuevo el orbe
Á la española coyunda,
Si una ley, si un solo intento
Blanco ofreciera á su furia.
Valor, valor heredado
Desde las Navas á Otumba,
Y que en luz de gloria abraza
Hasta Bailén desde Munda....
De tal lid ¡ay, golondrina!
Más azorada en tu fuga
Huirás, huirás á tu asilo
En las playas de Yugurta.
Mientras yo acaso entre breñas
Por Ulzama á la Borunda,
Hallaré sin prez ni gloria
Triste y olvidada tumba.»

Ni olvidó allí su musa por estos presagios tristes ni por fatigas, peligros y trabajos de toda especie, á su hermosa malagueña, conforme se advierte en este soneto que juzgo inédito:

«Entre el bronce y la airada cimitarra,
Fija en tu imagen la amorosa mente,
Iba pensando en ti tu fiel ausente
Por los ásperos montes de Navarra.
Ni peligrosa lid, ni acción bizarra
De la rebelde atroz, ó propia gente,
Me dieron treguas al afán ardiente
De este negro pesar que me desgarra.
Mas hora ¡ay Dios! en mi anhelar burlado,
Crece mi pena, crece mi despecho;
Pues peregrino triste, desdichado,
Llevo á lejano albergue el triste lecho,
Sin beber, cual pensé, junto á tu lado,
Un aura misma bajo el propio techo.»

Por cierto que el último terceto se halla también en el borrador de esta manera irregular:

«Débil arista al huracán del hado
De confín en confín, sin pan ni lecho,
La vida y riesgos parto del soldado.»

No se negó por nada de eso Estébanez al duro oficio de soldado, aunque mucho más por afición que obligación lo ejercitase. Tenía vivísimo entusiasmo por la causa que defendía el

ejército; reputábala grande y justa, y no había modo de que en condiciones tales le dominase lo más mínimo su pereza genial y ordinaria. Bien pronto acreditó en aquella guerra, igualmente peligrosa, por sus circunstancias, para los miembros del Estado Mayor que para el último soldado, que su corazón era tan firme como su cabeza. Y no en balde, no, llevó al pecho la cruz de San Fernando de primera clase por las acciones de 27 y 28 de Octubre de 1835 sobre el castillo de Guevara y venta de Echavarri, y la especial de Mendigorría.

Las importantes *Memorias* de D. Fernando Fernández de Córdova, recientemente publicadas, consignan que, si era buen compañero en los alojamientos, sabía también arrostrar y despreciar el peligro, por más que no estuviera llamado directamente á ello, en las subsiguientes frases. Hablando el veterano general de su ilustre hermano D. Luís, cuando éste sucedió en el mando en jefe del ejército al general Valdés, y á Sarsfield que no llegó á encargarse de él entonces, dice: «Gustábale sorprender la tertulia de sus ayudantes, en la que tomaba parte nuestro querido y alegre amigo D. Serafín Estébanez

Calderón, auditor del ejército y hombre de entendimiento tan claro como de agudo ingenio y chispeante gracia, á quien generales y ayudantes contábamos siempre entre los nuestros, porque en las batallas comunicaba órdenes y participaba del peligro como el más intrépido de todos.» Llegó, en suma, hasta á aficionarse á la guerra nuestro Auditor, lo cual influyó por extremo, como se ha de ver, en la dirección de sus trabajos postrimeros. Y de ello dió ya, por de pronto, buenas pruebas su directa inmixtión, y hasta su iniciativa en operaciones y asuntos militares, cosa que alguna vez pudo costarle carísima.

Quiso sin duda el general Córdova tener en Logroño, ciudad de tanta importancia militar y política durante la guerra, un hombre, mitad soldado, mitad jurista y administrador, que mereciese además confianza; y en Diciembre de 1835 obtuvo del gobierno que confiriera en comisión aquella difícil jefatura política á Estébanez, reteniendo, por de contado, la Auditoría general. Allí, con propia esfera ya de acción, consagróse á cooperar éste á los planes de Córdova, y á prestarle todos los auxilios posibles,

mostrando celo y actividad increíbles. Entre otras empresas, acometió entonces la que él propio cuenta en términos, que acaso gusten de saborear los lectores.

Hallábase el 4 de Febrero de 1836 en Briones, villa situada sobre una colina, á la derecha del Ebro, con propósito de restablecer la interrumpida y necesaria comunicación entre ambas orillas, y desde allí participó al General en jefe lo que sigue: «Creyendo llegar tarde, si había de saltar de los primeros al lado opuesto del Ebro, salí hoy de Logroño para este punto con un temporal furioso de ventisca y nieve. He llegado, y veo que la operación no será tan expeditiva como yo pensé. El Ebro ha doblado su caudal de dos días á esta parte, y más bien ha de subir que no menguar con el depósito de nieve que hay en todas las montañas, que han de deshelarse prontamente según la estación. Así los vados, que en lo más bajo llevarán tres y media varas de agua, no ofrecen posibilidad por ahora de permitir asentar los caballetes. Tampoco hay tablas ni en este punto ni en derredor, y de por fuerza habrían de traerse no sé de dónde, pues el tramo de puente que se ha traído dista mucho de los cien

pies largos que abraza el Ebro. Vistas tantas dificultades, Monteverde [1] y yo nos hemos resuelto por formar dos buenas balsas sobre pipotes de á veinte, que pueden sostener un peso respetable. Para esto se necesitan maromas, que pido esta noche mismo á Nájera y Santo Domingo. Por fortuna creo que existen en su lugar los tornos de la barca antigua: también se tratará de sacar y reconocer este mueble, que se echó á pique al principio de esta danza, y se conserva en el álveo del río. La confección de este algarijo principiará mañana, y cuando esté flotable, saldrá Cabrera [2] con sus compañías por la margen opuesta, y se hará la ocupación casi instantánea....» ¿No parece, en verdad, que quien habla es uno de los caudillos del ejército?

Quince días después daba cuenta desde San Vicente á Zarco del Valle, inspector general recién llegado al ejército é ingeniero tan ilustre como se sabe, del definitivo fracaso de la balsa, con que pretendió habilitar el paso, de los recursos aplicados á la fortificación de Logroño, y otros varios asuntos de guerra, en las vivas

[1] Jefe de Ingenieros, que llegó luego á General.

[2] Otro oficial de Ingenieros sin duda.

y compendiosas frases que van á continuación. «El suceso de la *balsa*, dice, de principios románticos, ha llegado á ser verdadera tragedia. Yo me he libertado por un milagro. El ayuntamiento de Ábalos no pudo venir á mi llamamiento, y como tenía que hablarle, dejé mi pasaje para el día siguiente. Este accidente me ha salvado. No me detendré en lamentaciones ni elegías; V. sabrá y podrá apreciar nuestra situación. El punto de La Bastida he dispuesto que se conserve á toda costa, y mientras tengamos tropas en el Zadorra, ahí no hay cuidado. Yo regresé de Briones aquí para dar seguridad á los espíritus, y permanezco hasta mañana con el propio objeto. Tengo efectivos once mil reales, *que es mucho para la situación del país*. Dejaré armado el telar para que vayan ingresando algunos otros fondos. Estos once mil reales y demás recursos que entren, deben emplearse sólo en jornales de canteros, carpinteros y herreros, que, recibiendo ración, deben limitar el salario á cuatro reales, y algunos de privilegio á cinco. La madera y los atrasos se pagarán sucesivamente. Los braceros los contribuyen los pueblos, que bien dirigidos pueden adelantar mu-

cho, á pesar de su calidad forzosa. Se piensa dar un real de plus á cada soldado de la guarnición para que trabajen. Esto me parece bien, pero sin desechar del todo el otro elemento. Como la maldita balsa nos ha empleado tanto carpintero, es lo que nos ha impedido estar aquí fuera de cuidado, habiendo construído las puertas. Yo creo que esto debe contarse por seguro mientras tengamos tropas en Armiñón. Si de allí faltan antes de ocho días, es necesario que por tan breve plazo se refuerce esta guarnición con tres ó cuatro buenas compañías. Yo he pasado una noche y mañana infernal, transido de nieve y frío, y sin tener más ropa que la puesta. Al punto de la catástrofe oficié á Martín (Zurbano?) para que no se moviese de La Bastida. Este oficio llegó á tiempo, y produjo su efecto. Di órdenes para que los víveres y efectos que había en Briones fuesen á Haro para que llegasen aquí hoy, escribiendo á V., al comandante general, y dando otras disposiciones. Al pasar el pliego que contenía tantos oficios, los que estaban á la otra parte del puente no anduvieron diestros, y el viento se llevó al río el zamarro ó bolsa con los papeles dentro. Puede V. figurarse qué efecto

no produciría en mí tanta contrariedad, en el mismo instante que daba otras órdenes para volver al auxilio de los náufragos por la mañana. La pérdida de estos papeles nos ha causado un retraso de cinco ó seis horas para el apresto del convoy. Mañana, al ir á Haro, visitaré el convento que ocupa la gente de Zurbano, para tratar de aspillerarlo y ponerlo en el caso de resistir un golpe de mano. Es preciso que V. dé orden de que de Haro se les franquee una carga de municiones, pues no tienen más que á tres paquetes de cartuchos por plaza. Él se buscará los víveres para tres ó cuatro días, y también trabajadores. La comunicación entre las dos orillas es preciso entablarla por una barca bien construída y pertrechada. Todo lo demás, no hará sino lisonjearnos vanamente. Dígales V. á Monteverde y Salas [1] que no piensen sino en fortificarse, pertrecharse, empujar los trabajos, llevando mucho compás en el arreglo del personal y los jornales. Yo me hago cargo de la barca, proponiéndole á V. lo más oportuno. No todos, mi General, pueden llevar muchos objetos de

[1] El Sr. Salas era, como el Sr. Monteverde, otro jefe del cuerpo de Ingenieros.

frente. Ya tengo dicho á V. que en este país no hay más que vino, y á este fruto es necesario darle salida, y tendremos dinero. Para ello es necesario habilitar á San Vicente y á Ábalos, el puente de Haro, y Miranda, y le impondremos una peseta en carga al salir de aquí. Si V. se cree con facultades, hágalo desde luego: yo, en cuanto tenga una hora de tiempo, le haré sobre el caso las observaciones oportunas á nuestro General en jefe. Le he presentado á V., mi General, el estado de los negocios, sin desanimarme por las contrariedades sufridas, ni dejando sin valor el trastorno de ciertos datos que contábamos como seguros. V., apreciándolo todo en su justa medida, resolverá lo oportuno. Ahora mismo viene un comisionado de Rivas á avisar que en lo alto del puerto se han presentado doscientos facciosos al mando de Lazcano, partidario alavés. Por ahora nada más ocurre sino avisarme que de Briones ha salido ya para Haro parte del convoy. *Teniendo que comer y que arrojar, venga, aunque sea el Gran Tamorlán de Persia.*» De seguro que nadie de cuantos han conocido á Estébanez Calderón por literato y magistrado, en los regocijos de la

conversación, ó en las fiestas populares, sospechó nunca que en él cupieran actividad tamaña, ni tamaño espíritu práctico, tanta resolución ni tal entusiasmo bélico [1].

Llevábale á las veces su celo hasta á dar consejos al General en jefe sobre puntos privativa y técnicamente militares, que aquél recibía por cierto, como hombre superior que era y verdadero capitán, con grande aprecio, por más que viniesen de persona civil y ajena á la carrera de las armas. Era Córdova, por sus condiciones intelectuales, de aquellos á quienes se les alcanza que, por cima de todas las nociones técnicas y prácticas, está el talento natural, y que lo propio que no es imposible que un militar opine bien acerca de asuntos políticos, sin haber estudiado en ninguna de sus vastas ramas la ciencia del Estado, y juzgue del mérito de cualquier obra pictórica ó dramática sin entender de estética ni de crítica, cualquiera hombre civil de la inteli-

[1] Las cartas que acabo de copiar, y que tanta parte encierran de la biografía de Estébanez, han venido, con otras de no menor importancia, á mis manos, por la amable condescendencia del general D. Fernando Fernández de Córdova, el cual le ha dado así una prueba póstuma, y por lo mismo más de agradecer, de la sincera amistad que profesó á *El Solitario.*

gencia de Estébanez puede dar consejos excelentes tocante á cosas de guerra. Contando sin duda con eso, no temió el jurista del ejército y jefe político de Logroño, escribirle á Córdova, en 11 de Marzo de 1836, lo siguiente: «He reflexionado mucho sobre el modo de alojar á la clase de tropa, y si es mejor por boletas ó por distribución sobre la marcha. Sin embargo de lo que dice Méndez Vigo, estoy por el último método, cuando, como sucede siempre, no hay un día de antelación para hacer las boletas ni consignar las casas. Dando boletas, aunque pareciera que pronto se alojaba la tropa, no sucedería así, pues las reclamaciones y el no dar los soldados con las casas de los patrones, harían que invirtiesen más tiempo, y provocarse desórdenes, que se evitan en parte ahora. Á los oficiales les gusta por boleta, porque no tienen más que repartirlas y no cuidarse de más ni acompañar á sus soldados; pero si por medios batallones se van alojando sobre la marcha, llevando cada fracción un alcalde, se ahorra tiempo y se da más descanso al soldado.» Basta esto para demostrar á qué grado llegasen la franqueza y la buena voluntad de Estébanez, fueran ó no

acertadas en aquel caso, dignas ó no de estimación, sus observaciones.

Y por supuesto que no descuidaba un punto, en el ínterin, los voluminosos procesos que en inmenso número se acumulaban, sobre su bufete de Auditor general, ni sus delicadas funciones de jefe político. Hasta aquellos días confusos y amargos le parecieron propicios para establecer en Logroño una Sociedad de Amigos del País, ocupándose en sus estatutos, y hasta en la buena impresión de ellos, cual si le sobrase tiempo. Las cuestiones electorales, las relaciones con la Diputación provincial y los ayuntamientos, corporaciones de tanta importancia política por entonces, la policía, la correspondencia política con el gobierno, á quien daba constantemente conocimiento de las pulsaciones de la opinión pública, le ocuparon también y le preocuparon sin tregua. Pero las exigencias imperiosas de su posición le obligaron sobre todo á pensar, más que hubiese nunca pensado hasta allí, en las pendientes cuestiones políticas. Cuáles á la sazón fueran éstas y de cuánta importancia, tengo ya que exponerlo con claridad, según he hecho anteriormente, y con la brevedad también que sea posible.

Era seguramente el estado de España en aquella época de los más comprometidos y azarosos de toda su historia. Mientras los batallones y escuadrones carlistas se organizaban, aguerrían y acrecentaban, de hora en hora, que no ya de día en día, el ejército encargado de vencerlos y reducir á la obediencia las provincias rebeldes, constantemente recibía de Madrid noticias que alarmaban al más valiente, y ponían al más discreto en confusiones. Caído del poder Zea Bermúdez, sobrado falto de base para sostenerse entre las parcialidades opuestas, que sólo juntaba en uno la defensa del derecho de la Reina, sucedióle Martínez de la Rosa, de quien tanto admiró Larra que en una propia semana diese al público el *Estatuto Real* y su drama intitulado *La Conjuración de Venecia*. Lo que por mi parte puedo decir, es que logró acreditarse más de romántico con su drama que de liberal con su ley fundamental, para los revolucionarios literarios ó políticos de la época. Ni esta Constitución restringida, pero Constitución parlamentaria al cabo, ni la firma de la Cuádruple Alianza, que tanto fortificó la causa de doña Isabel identificada con la causa liberal, ni las complementarias.

amnistías que abrieron ya las puertas de la patria á todos los emigrados sin excepción, ni la intervención feliz en Portugal, ni la reapertura de la tribuna pública, que vergonzosamente habían cerrado en Cádiz las armas francesas once años antes, bastaron para prolongar por más de diez y seis meses el ministerio de Martínez de la Rosa. De una parte el asesinato impune de los frailes [1], de otra la capitulación inaudita con un puñado de soldados que se hizo fuerte en la casa de Correos, saliendo de ella sin castigo y hasta con los honores de la guerra, después de haber dado muerte al Capitán general de Madrid Canterac, infamaron la existencia de aquel gabinete, que ni tuvo la fortuna de prevenir, ni energía suficiente para penar, cual merecían, tamaños escándalos. El conde de Toreno, colega de Martínez de la Rosa, con la cartera de Hacienda, le sucedió, confiando luego á Mendizábal ésta, como á él se la había confiado su antecesor, y en circunstancias por extremo se-

[1] Uno de los infelices Jesuítas bárbaramente asesinado entonces por los claustros ó celdas de San Isidro fué, por cierto, el P. Artigas, maestro de árabe de Estébanez, y á quien éste dedicó la notable poesía que conocen ya los lectores.

mejantes. Toreno había alcanzado más prestigio y popularidad que su Presidente desde el ministerio de Hacienda; Mendizábal, ausente de España, despertó también más entusiasmo que Toreno, desde el principio, en la generalidad del partido liberal. Ni la muerte de Zumalacárregui y la liberación de Bilbao, ni la afortunada batalla de Mendigorría, que determinó definitivamente la superioridad á campo abierto de las tropas de la Reina, lograron tranquilizar ó contentar la opinión pública. Por todas partes mugía la discordia, palpitaba la confusión, extendíanse cual dobles y paralelos contagios, ya la exasperación, ya el desaliento. Tal era la situación de las cosas, que no me cumple puntualizar más, cuando el Auditor general del ejército del Norte abrió su corazón de repente á un cierto amigo suyo de la infancia, confiándole por completo los que eran á la sazón sus sentimientos políticos.

Tengo á gran dicha que me sea dado ceder la palabra á Estébanez, pues nadie ha de exponer con la exactitud que él lo que pensaba, ni ha habido, que yo sepa, otro capaz de explicarlo ó decirlo mejor. Mas para examinar este aspecto de su vida, es fuerza que vuelva atrás,

puesto que me han traído ya hasta 1836 sus hechos de soldado y su intervención en las cosas militares, cuando la carta de que voy ahora á hablar pertenece al año anterior. Dió motivo á ella la publicación del prospecto de *El Español,* periódico de D. Andrés Borrego, que, si bien no salió á luz hasta 1.° de Noviembre de dicho año, por no haberse podido montar antes su imprenta, circuló en Julio del mismo por toda España. Sabemos ya que había sido Estébanez condiscípulo de Borrego en la escuela de primeras letras, y nadie ignora la importancia política que cobró el nombre de éste durante sus largos años de emigración. La carta de Estébanez, espontánea é inesperada para Borrego, que por su extrema importancia copio íntegra, lleva la fecha de 11 de Julio del referido año de 1835, y dice á la letra lo que sigue [1]:

«Por tu corazón mismo sacarás la cuenta del interés con que habré preguntado por tu suerte y tu situación desde que nos vimos por última

[1] Omito, por conservar la gravedad de la narración, los cariñosos dictados de Estébanez Calderón á Borrego, naturales entre amigos de la infancia. Tengo también que agradecer á este último que me haya comunicado su correspondencia, que es muy importante.

vez en la playa de Gibraltar en Marzo de 824. Lanzado en Madrid en 830, supe de ti á poco tiempo, y aun leí algunos números de cierto papel volante que por aquella época soltastes en París, titulado *El Precursor*. Andando el tiempo y los sucesos, me vine á este ejército, como ya sabrás, en una posición bastante brillante, y á poco supe tu llegada á esa corte por las cartas de nuestro Teba, persona con quien siempre he seguido la más cordial, como la más íntima amistad. Este me indicó tus proyectos respecto á un *periódico*, grande en miras, trascendental por consecuencias, y eminentemente español por los sentimientos é ideas indígenas que habrá de profesar y procurar derramar en las masas, y remontarlas á las clases pensantes y privilegiadas por la fortuna, por su posición y nacimiento. Mucho me agradó esto; pero te confesaré ingenuamente que, creyéndote partidario del filosofismo del siglo XVIII, con miras circunscritas á tan estrecho círculo, y alimentado en las mismas ideas por una permanencia tan dilatada en el suelo de donde trasplantaran aquí la planta exótica los corifeos del año 10 y 20, te confesaré, repito., que limité mis esperanzas en ti á verte

hecho un apóstol, más ó menos elocuente, más ó menos exagerado, de las doctrinas de los Martínez de la Rosa, ó de los Argüelles ó Galianos. Con horizonte tan reducido en mi mente y en mi confianza, puedes pensarte que ni mi energía, ni mis deseos, ni aun mi curiosidad, despertarían del sueño fastidioso en que me tiene sepultado el hastío de los negocios públicos y la posición equívoca en que estoy entre soldado y literato.

»Ayer llegué aquí con el ejército, y paseando por la plaza encontré á un sujeto que me habló de ti, de tus proyectos, y lo que más me lisonjeó, de cuánto te acordabas de mí, y de que acaso contaras conmigo, si estuviese yo en disposición de escribir y entregarme á materias literarias y poéticas. Como era natural, me habló de tu *Prospecto*, y á la noticia de que tenía á mano un ejemplar, no pude contener mi curiosidad, se lo pedí, y esta noche misma lo he leído dos ó tres veces con suma atención. Desde luego te saludo (por la credencial de tal *Prospecto*) por hijo verdadero del siglo XIX, y, lo que más halagüeño debe serte, por español castizo y á quien ni las peregrinaciones, ni el haberse edu-

cado en la *Babel* de las doctrinas exóticas, le han robado la índole y la tendencia del suelo nativo. Tú, siguiendo los progresos de la filosofía, has permanecido español; muchos necios que aprendieron cuatro principios triviales en sus primeros años, y que se han desdeñado de seguir los progresos de las luces, presumiéndose españoles, cada día son más tudescos y gringos. Tú despertarás la simpatía del país; ellos justificarán el horror que inspiraron en 814: tú acaso gobernarás el Estado y ciertamente la opinión; ellos, reduciéndose los conventos, ni un mal torno, ni tinelo; y, en fin, si tú no te acercas á la inmortalidad, ganarás siempre el amor de tus compatricios, y ellos, cuando más, se considerarán felices excitando sólo la sonrisa del desdén en el sabio, ó la maldición inofensiva del pobre trabajador.

»Por lo dicho podrás conocer cuánto cuadran tus ideas con las mías, y que, á no haberme venido á seguir los azares de la guerra, en época en que ésta no ofrecía carácter tan tenaz y en que yo me lisonjeaba haber practicado muchos de los pensamientos que saltan en tu *Prospecto*, acaso te hubiera ganado por la mano, ó al me-

nos nos hubiéramos reunido para llevar á cabo obra tan grandiosa por lo española que es, y tan hispana por las proporciones gigantescas que delineas. Sí, querido Andrés; para mí lo español y lo grande todo es uno, y no hay en los metales *juxta-position* más íntima como estas dos ideas en la mente de tu amigo. Comprendiendo yo lo trascendental de tus miras, me permitirás que te apunte aquí, aunque á vuelapluma, como hombre que tiene el pie en el estribo, algunas de las ideas que presidieran en mí, cuando fantaseando he dejado correr la imaginación mía por el propio sendero que tú. La trasformación sucesiva y recta de las ideas, operada por la elaboración lenta del tiempo, debe reducir las grandes dimensiones del espacio á su figura regular y al tipo que con ellas formó la naturaleza. Este pensamiento, puesto en obra, debe formar la política filosófica de un periódico español, y por eso su nombre, su título, el timbre con que se adorne, debe adecuarse á todas las partes que con los años han de formar la unidad hispana, y cobijar las afecciones y aun las preocupaciones de ella. Por lo mismo, en mi proyecto, el título hubiera sido *La Iberia*, y, salvo el idioma, en todo lo demás

mi periódico hubiera sido tan adaptable á las seis provincias de Portugal, como á los demás reinos de la monarquía. Aun en la lengua trataría de llevar á cabo el pensamiento de *Manuel Faría* y otros literatos iberos del siglo XVII que quisieron amalgamar los joyeles de ambos dialectos como vaciados en la misma turquesa, proyecto muy asequible, como que su mayor dificultad sólo consiste en leves diferencias ortográficas.

»Partiendo de tal principio, mi plan conviene en un todo con el tuyo; pero en el prospecto hubiera explicado más la alianza del Catolicismo con la libertad, me hubiera declarado defensor de la creencia ardiente, nacional, de nuestros paisanos, hubiera señalado, aunque de paso, los servicios que el clero católico tiene prestados en todos los países á la libertad; pero con letras de rúbrica los que prodigó en nuestro país para contrariar el absolutismo glorioso de Carlos I. Estos servicios son tanto más de bulto, cuanto que el clero nada perdía con la nueva política, y, muy al contrario, era brindado por la dominación y el poder más dilatado y seguro que jamás se vió. Por consecuencia, defendiendo nuestros fueros entonces

obedeció el instinto generoso de la creencia, y no oyó sugestión alguna de riquezas ó de poder. Esto ha de apreciarse por la filosofía y encarecerse por el político. Indicaría que el clero es el solo anillo que puede mantener en unión partes tan diversas como son las fracciones de nuestra patria. Indicaría también que el clero español es el que ha de civilizar el África, y así apuntaría la misión filosófica que tiene la Península, misión que hace muchos siglos está desempeñando, y que no conocen nuestros recitadores de pulpitillo en entrambos Estamentos. Últimamente, diría también que el clero, representando las tradiciones históricas y populares del país, hay gran peligro de separarlo de hecho del Estamento popular, contrariando así la práctica de nuestras Cortes, y demostrando que es una amarga ironía, un engaño, el decirse en el Estatuto que no se hace más que resucitar las antiguas leyes fundamentales del Reino. En una palabra: transigiendo con el clero, se pueden impeler hasta lo sumo las consecuencias generosas de la libertad, libertad á la que nuestro país está más acostumbrado que se cree, porque los declamadores que tal juzgan y propalan, no han estudiado nuestra

historia municipal y no se han acercado ni á la aldea ni al caserío.

»Yo no puedo menos de creer, por lo visto en tu *Prospecto*, que piensas como tu amigo en todos estos puntos de nuestra organización posible; pues no contando con la creencia, el pueblo se escapará como el agua entre los dedos, y en cuanto á la mayor dimensión que yo doy al pensamiento con sólo la palabra *La Iberia*, quisiera oir, si la rehusas, en qué razones puedes fundarte. Lejos tanto tiempo hace del movimiento literario de Madrid, y aún más de la luz brillante de la imprenta británica y francesa, no me considero en aptitud conveniente, ni con la destreza ejercitada de articulista de título, para salir cotidianamente á la pública palestra; pero de vez en cuando, y en cuanto lo permita mi carencia total de libros, no me rehusaré á darte algunos trabajos, aunque lejanos de poder llenar tus esperanzas, ni menos satisfacer mis deseos, que fueron siempre imprimir en los lectores la fuerte convicción que me asiste en los principios que profeso.»

No se dirá que este retrato, que sin pensarlo hizo de sí mismo y casi de cuerpo entero Esté-

banez, difiere en nada del que he ofrecido á los lectores desde las primeras páginas. Escritas estaban ya, sin embargo, muchas de ellas cuando la carta á que corresponde llegó felizmente á mi poder. Pero había tal unidad en su modo de ser, y era su carácter tan abierto y espontáneo, que no cabía equivocarse. Su fisonomía moral estaba tan al alcance de la pluma, como del pincel su fisonomía física. El sentido constantemente histórico, tradicional, de su espíritu, palpita en toda la carta, y en cada línea se está clarísimamente revelando. Su adhesión ardiente, sin reservas, superior á toda mira estrecha, á la causa de la libertad, pero basándola en nuestras ideas y costumbres tradicionales y anti-revolucionarias, no puede estar más manifiesta. Quizá pecaban sus deseos políticos de poco prácticos, pero seguramente no los había más patrióticos y nobles. Puesto caso que fueran irrealizables, por de pronto al menos, no por eso dejaban de ser profundas sus miras y dignas de entendimiento tan grande. De pocos, poquísimos documentos tan interesantes, disfruta en mi opinión la historia contemporánea.

Tuvo el programa de *El Español*, á que la

carta alude, no poco influjo en la organización del partido moderado, ó monárquico-constitucional. Con ambos nombres fué luego conocido el gran número que había de monárquicos isabelinos opuestísimo al intento de tornar las cosas al punto en que estaban cuando cayó en 1823 el sistema constitucional, tenaz porfía, en el ínterin, de los doceañistas ó exaltados. Mas, con ser tal la tendencia del periódico, impugnó por estrecho desde el principio el *Estatuto Real*, proponiendo que se dieran mayores satisfacciones de doctrina á los vencidos en 1823, y tachó, además, de indecisa, ineficaz, impropia, en suma, de las circunstancias, la política de Toreno. Cuando esto propalaba *El Español*, ninguna maravilla debe causar que no poca parte del nuevo partido conservador llegase á cifrar mayores esperanzas que en Toreno, en el advenimiento al primer puesto del hacendista Mendizábal, por suponer en él las cualidades que más se echaban de menos, que eran actividad, decisión y energía. No cabe en el plan de esta obra el examinar á fondo y juzgar del todo la conducta de los gobiernos, ni de las oposiciones de la época; pero tampoco debo callar que, según yo pienso, na-

die absolutamente se daba á la sazón cuenta exacta de la dificultad de las cosas.

Los gabinetes que se sucedieron en los primeros años del nuevo reinado eran débiles de necesidad, y sin culpa de los que los componían, porque, más ó menos explícitamente, entraba en el programa de todos la condenación y aun execración de los actos de resistencia que llevó á cabo el régimen anterior. Exceptuados los carlistas, contra los cuales todo se reputaba lícito, en primer lugar porque se les hacía responsables de los rigores sangrientos de la reacción de 1823, y en segundo porque ellos daban, por su parte, el ejemplo, cualquiera enemigo del gobierno, aunque apelase á la fuerza é incurriese en el funesto delito de sedición militar, de seguro contaba con la indulgencia de la opinión pública, que no quería que se tratase á los revoltosos sino como la totalidad de los liberales pensaba que debieran haber sido tratados Lacy, Porlier, Torrijos y sus compañeros de infortunio. De destierros ó deportaciones no se hable, que gobiernos nacidos de una amnistía y consolidados á poder de otras, no sonaba todavía bien á los principios del nuevo reinado, que decretasen tales castigos, ni

parecía que el aplicárselos á los liberales honrase á los mismos que acababan de volver al suelo patrio, después de largas y maldecidas emigraciones. No encontraba, pues, el gobernante más enérgico, tratándose de resistir á los desmanes anárquicos, aquel apoyo moral en la opinión pública, sin el cual se hace tarde ó temprano inútil toda resistencia desde el poder. Por eso fueron piedra de tanto escándalo, tan anatematizadas, y en último resultado tan inútiles, las luchas contra los anarquistas de las grandes poblaciones, mantenidas por algunos generales enérgicos durante aquellos primeros años. Da lástima ahora de pensar por cuán cortos motivos perdían las autoridades entonces la fama de liberales, aunque estuviese ganada en cien motines, pasando á ser déspotas y tiranos aborrecibles. Ni quiere esto decir que alguna que otra vez no se llevasen á ejecución, al fin, sangrientas represiones, y se diese áspero tratamiento también á los liberales impacientes. La debilidad, es bien sabido que llega á ser, de cuando en cuando, mucho más violenta y cruel que la energía de la voluntad verdaderamente firme y segura de sí misma.

Mientras tanto, imponíanse también á los gabinetes, por un lado, la necesidad de no provocar en mucho grado el descontento de las clases conservadoras del país, mediante el total restablecimiento de las leyes de 1812 y 1823, poco conformes á las creencias religiosas ó sociales de grandísima parte de la nación española, favoreciendo así imprudentemente los intereses de don Carlos; por otro, la necesidad, no menos imperiosa, de que dejaran de representar el desairado papel de vencidos los hombres que en Cádiz sucumbieron á las bayonetas extranjeras, y habían sido blanco largos años de la terrible saña del bando *apostólico*, puesto desde 1833 en armas. Mas al paso que éste crecía en poder y arrogancia, iba poniéndose más de manifiesto justamente, que, sin el concurso y la entusiasta adhesión de los vencidos en 1823, no era dado defender con éxito el trono de la Reina. Arduo, si imposible no, era guardar razonable equilibrio entre impulsos tan encontrados; pero para intentarlo con alguna probabilidad siquiera, nada tan necesario como un gobierno fuerte, capaz de resistir cualquiera presión ilegítima, sobreponiéndose por su incontestable autoridad á todo injusto y dañoso

intento; y eso más que nada era lo que, por las causas antedichas, constante y fatalmente faltaba. Las calamidades de la guerra, y hasta la del *cólera morbo*, mantenían á la par todos los ánimos desasosegados, mal satisfechos, inclinados á la ira y á la desesperación; y, los partidos políticos, lejos de consagrar sus esfuerzos á difundir la tranquilidad y la confianza, todo lo reputaban, al contrario, patriótico y bueno, por universal aunque triste ley humana, si en algo perjudicaba al adversario. Y aún era lo peor que, entre los desengaños de unos, efecto de la experiencia dolorosa de los primitivos ensayos del sistema constitucional; las quiméricas esperanzas de otros, á quienes les cogía de nuevas la vida política, ó se les figuraba la terquedad virtud, y manifiesta probidad el cerrar sus ojos á las claras enseñanzas de lo pasado; las incertidumbres y confusiones, en fin, de los muchísimos que no piensan, pero sienten, y se desesperan de que no anden prósperos los negocios particulares y públicos, nadie tenía claro concepto ya de lo que verdaderamente urgía, entregada, como estaba, á temporal deshecho la vieja nave del Estado. ¿Qué más prueba de cuanto digo que los

hechos mismos? ¿Pues podría hallarse otra mayor que la indudable, bien que pasajera confianza, que muchos de los conservadores de 1836 depositaron en Mendizábal? Pero este solo nombre reclama ya capítulo aparte. Su aparición en la escena, sus hechos memorables, sean más, sean menos dignos de aplauso, la influencia que su intervención en la política tuvo sobre la carrera de Estébanez y la de su amigo D. Luís de Córdova, imperiosamente exigen, no sólo el dicho capítulo aparte, sino uno especial y todo entero.

De intento he guardado, á todo esto, para fin del presente, una noticia que espero que sorprenda á los lectores tanto, al menos, como á mí, que le conocía ya bien, me sorprendió, cuando vino á mi conocimiento. Ni fué únicamente el oficio de soldado el que ocupó á Estébanez durante el período de tiempo de que ahora estoy tratando, ni sólo el de Auditor general, ni sólo el de jefe político, por más que, fuera de eso, fundara establecimientos útiles, sostuviese correspondencias importantísimas, diera buenos consejos militares, y aun políticos, á su ilustre jefe D. Luís de Córdova. Sobre todo

y más que á todo se dedicó, en el entretanto, á estudiar árabe, procurando asiduamente mejorar los conocimientos que había adquirido del P. Artigas, copiando, traduciendo, trabajando sin cesar en vencer las dificultades enormes con que aquella lengua muerta cierra el paso á cuantos la pretenden aprender sin largas, asiduas y penosísimas tareas.

He hablado ya de su correspondencia con D. Pascual Gayangos, á quien conoció no mucho después de llegar á Madrid, y con el cual tuvo la más estrecha amistad de toda su vida, así en lo particular como en las cosas literarias; y ha llegado el caso de que aproveche algunas de las cartas que le escribió, en varios conceptos interesantísimas. Conservó Estébanez aquella amistad hasta su muerte, no sé yo si empañada por algún instante siquiera, bien que á las veces hubiese disensiones entre los dos, que á causa de la forma, más ingeniosa que amarga, con que aparecían en los labios de ambos, apenas dejaban comprender si eran para tomadas de broma ó seriamente. En una de sus cartas le escribía á Gayangos nuestro autor estas palabras, que no pienso le ofendan hoy,

sino antes bien le recuerden dulcemente las genialidades y el estilo de un hombre que en lo mismo que copio muestra hasta qué grado era profundo el afecto con que lo distinguía. «Deja por cuenta mía (tales son las palabras de Estébanez) el que mis planes vengan á maduro y buen éxito. Este éxito se reduce á poderte tener al lado, pues no quiero ocultarte que no puedo pasar sin tus distracciones, murmuraciones, gula, refunfuños y *butadas*. En una palabra: que me haces falta para vivir; diciéndote esto, no para que te ensanches, y que des suelta á tu frialdad, y que te hagas el pieza, como lo sueles hacer, sino para que me pagues, y me seas un amiguillo á *cœur chaud* [1].» De esta propia manera cariñosa y quejosa de consuno, porque el carácter algo inglés de Gayangos parece que juntamente le atraía y le exasperaba de continuo, por razón de su vehemente naturaleza meridional, tratóle siempre Estébanez hasta el último día que vivió, y con ese breve trozo basta

1 No tengo que encarecer lo que he agradecido, igualmente que á las personas antecitadas, al eminente orientalista y erudito á quien esta correspondencia se refiere, la amabilidad extrema con que la ha puesto á mi disposición.

para hacerse cargo del tono habitual de su recíproca correspondencia. Pero lo que especialmente quiero advertir ahora es que en la que mantuvieron de 1835 á 1836 los dos, de lo que se trató fué del estudio de la lengua árabe, que Gayangos había debido comenzar á aprender casi al mismo tiempo que Estébanez, y en la cual desde luego hizo mucho mayores progresos, por haberse dedicado á esto casi exclusivamente por aquel entonces. Fué esta correspondencia una especie de repaso continuo de estudiante aventajado al que sabe menos, si no ya de verdadero maestro á discípulo, con tal empeño, minuciosidad tal, y tal plenitud de atención sostenido, que no parece sino que Estébanez ninguna otra cosa absolutamente tenía que hacer, y que en los alojamientos, en las marchas, en los propios combates, en medio de las tareas de Auditor, ó de los afanes y elevadas preocupaciones de su puesto político, no pensaba en otra cosa ninguna. De aquí el justo motivo de sorpresa que he dicho.

Referíale, por ejemplo, Estébanez á Gayangos su salida con el general Rodil de Vitoria para fortificar algunos puntos y penetrar en Pamplo-

na, poco antes de la exhoneración de aquel general, y de paso se lamentaba de los asombrosos progresos en el árabe que su corresponsal iba haciendo, mientras él se ponía cada día más premioso en traducir, «como puerta que ni se abre ni se cierra.» Poco más adelante añadía: «Si durante esta marcha los facciosos hubiesen cogido mi equipaje, habrían tenido que reir encontrando tantos garabatos entre mis cortos libros y papeles; sin *Wilmet* estoy sin alas, y así no hago más que revolver el *Erpenio* y la tabla de *Cebes*, únicas herramientas que me traje.» La llegada de Mina á mandar el ejército, y el recrudecimiento de la guerra, no le impidieron tratar de allí á poco con Gayangos sobre que le enviase un manuscrito aljamiado, que quería estudiar detenidamente, ni dirigirle consultas sobre verbos y conjugaciones; y es de ver la alegría que muestra desde el cuartel general de Vitoria al recibir la noticia de que su amigo había logrado poner mano en un cierto códice árabe: «Cópialo, cópialo (le decía), y hazte de esa alhaja, que, si quieres, la publicaremos con texto y traducción vulgar, con ilustraciones y notas.» Quejábase en otra ocasión de

que, pidiéndole tantos libros, no le hubiese remitido sino el *Wilmet* mondo y lirondo, sin haberse cuidado de enviarle siquiera uno ó dos códices arábigos agradables y curiosos para entretenerse en copiarlos : todo como si no hubiera ejército, ni procesos, ni cuartel general, ni carlistas sobre la tierra. Por fin, hasta una traducción larga de libro árabe emprendió, que á cada paso le obligaba á consultar y discutir con Gayangos, á quien remitía uno por uno los capítulos, no bien los dejaba terminados. Y en resumen: esta correspondencia entre Estébanez y su *co-algarabizante, hermano*, ó *casi hermano*, como él con cariñosa frecuencia le llamaba, parte por su propio contenido, y en mucha mayor parte todavía por las circunstancias en que tuvo lugar, seguramente que es de los más curiosos hechos de nuestros anales literarios.





CAPÍTULO VII.

«EL SOLITARIO» POLÍTICO.

SUMARIO.—Cartas de Estébanez á D. Andrés Borrego sobre la situación de España en 1835 y sus remedios.—El general Córdova según Estébanez y según la historia.—¿Era á la sazón posible su dictadura?—Nueva reseña de los principales acontecimientos políticos de aquellos días, para explicar las cartas, los deseos y la conducta de Estébanez.—Ministerio Istúriz.—Córdova en Madrid, y primer propósito de destituir á Estébanez.—Vuelve Córdova á las provincias insurrectas.—Primeras conspiraciones en el ejército.—Previsiones dolorosas de Estébanez.—Dimisión del General en jefe.—Revolución de la Granja.—Proyecto de resistencia de Estébanez con Narvaez.—Separación del ejército del Auditor general.

YA el decreto de 4 de Julio de 1835 contra los Jesuítas, y el de 25 del mismo mes y año suprimiendo los monasterios y conventos que no contuvieran doce religiosos profesos, promulgados por el ministerio Toreno, habían abierto gran brecha en una de las bases fundamentales de la política que profesaba Estébanez, y encarecía en la primera de sus cartas al fundador de *El Español.* Harto era

de presumir por eso que, tan pronto como Mendizábal, emigrado, liberal ardiente, y de temperamento esencialmente revolucionario, ocupase el puesto de presidente de un gabinete, no andaría lejos el decreto que, con fecha de 8 de Marzo de 1836, suprimió en efecto, y con raras excepciones, las comunidades religiosas.

La correspondencia inédita de Estébanez dió bien á entender, en el entretanto, todo el mal efecto que los primeros decretos referidos, y el que desde entonces se estaba esperando y temiendo, causaban en aquellos partidarios del derecho hereditario de la joven Reina que no eran fogosamente liberales, como la generalidad de los del país donde ejercía él su mando. Y, sin embargo, aun sintiendo tales resoluciones, y censurándolas de antemano en sus cartas confidenciales, tanta importancia daba sin duda á la energía, á la decisión, á la fuerza de la popularidad en aquellas circunstancias, que, si bien prefería, cual se va á ver, á Córdova, no se asustó de que á falta de éste empuñase Mendizábal las frágiles riendas del Estado. Iguales motivos guiaban á muchos de los que, conforme he dicho, sin verdadera organización todavía, pero

con inclinaciones y miras comunes, recibían más que ostentaban el nombre de moderados, que Borrego procuró trocar en *El Español* por el de monárquicos constitucionales. Tal vez les decía el instinto práctico, más seguro que la reflexión si se funda en principios preconcebidos y poco flexibles, que la inevitable alianza con el partido liberal exaltado, de todos modos había forzosamente que pagarla, y de buen ó mal grado, al caro precio de contrariar y exasperar los sentimientos religiosos de una gran parte de la nación, é inclinarla al carlismo, con hechos hostiles á la Iglesia, y en especial á los frailes.

Ni el sentido general de la revolución francesa, madre y maestra de todos los partidos liberales del continente europeo, ni el peculiar y profundo rencor que en el de España engendró especialmente la enconada actitud en que se colocó frente á él mucha parte del clero, y la gran mayoría del regular sin duda ninguna, daban motivo para esperar con fundamento que prevalecieran consejos de templanza y previsión en la materia. Una fatalidad evidente, precipitando por aquel mal camino las cosas, imponía á

los liberales moderados, por ser ante todo isabelinos, la resignación. Las bárbaras matanzas de Madrid y Barcelona habían dado ya señales ciertas del aborrecimiento que profesaba á los frailes aquella parte del pueblo que constituía la base del partido exaltado ó revolucionario. Fundábase no poco en tenerle por mucho más enemigo de ellos la preferencia que los liberales españoles, y también la diplomacia inglesa, daban á Mendizábal sobre Toreno. Y éste, al fin, combatido dentro y fuera de la Península por los más poderosos aliados del trono que defendía, estrechado por todos á un tiempo y en opuestos sentidos, latente ó públicamente abandonado del ejército, y sin apoyo seguro en ninguna parte, de día en día fué resbalándose hasta caer, no obstante su esforzada y hábil resistencia y el prestigio que, al parecer, debían prestarle su emigración, sus servicios y sus grandes talentos políticos y parlamentarios.

Una tras otra se habían ido declarando desde antes todas las provincias en contra suya, no sin desórdenes lamentables; juntas revolucionarias estaban por donde quiera sobrepuestas á las autoridades, ó las habían expulsado ignominiosa-

mente; fué ya aquél, en suma, un verdadero pronunciamiento, á estilo de América, y funestísimo precedente á que no se dió quizá al pronto la debida importancia. El ejemplo de la columna del general Latre, que, aun después de nombrado primer ministro Mendizábal, descaradamente abandonó á su jefe, pasándose á las fuerzas revolucionarias de Andalucía, y otros semejantes sucesos, aunque no tan graves, demostraron que no podía ya tomarse por firme cimiento de autoridad la fuerza pública, con frecuencia dispuesta á ponerse del lado de los perturbadores, sin el menor respeto al deber. Si las circunstancias, en el ínterin, eran para todos críticas, éranlo más que para nadie, de seguro, para aquellos que enfrente tenían un verdadero y poderoso ejército enemigo que refrenar, ya que no lo pudieran del todo vencer. Tal andaban los sucesos, cuando diez días antes de que abandonase la imposible lucha Toreno, y dieran su triste ejemplo de defección las tropas del esforzado general Latre, escribió de nuevo Estébanez á Borrego, trasmitiéndole, no sólo sus impresiones personales, sino aun las del General en jefe del ejército del Norte, que sin la menor duda

depositaba en él ya una absoluta confianza. Dice así esta carta:

«Ayer, á nuestro regreso de Navarra, recibí por diversos conductos las tuyas, que aguaron sobradamente las placenteras ideas que á todos nos inspiró la victoria del anterior día, obtenida en Los Arcos por nuestras tropas. ¡Cómo no habían de aguar nuestro contento las noticias de la disolución que en todas las *comunidades* aparece! Cada uno de tales acontecimientos bastara para reducir á nada la mayor victoria, y, como ya te he dicho, aunque esta deidad estuviese *en gages* en manos de nuestro Córdova, se trocaría en estatua de sal para disolverse con tales conjuros y exorcismos. Tus pronósticos han tenido el triste mérito de la realización, y prueban con los míos que estamos á más altura que muchos de nuestros regeneradores en conocimiento de revoluciones políticas; pero, ¿puede haber remedio? Y en tal caso, ¿cuál podrá ser? Estas dos son las cuestiones únicas que deben agitarse en la posición espantosamente crítica en que nos encontramos. Tú, aunque presentas *chances* de salvación en tus ideas, acaso serán tardías en la aplicación, por rápida que ésta sea, según mues-

tra su actividad el germen de disolución que inunda y se dilata de extremo á extremo; y sabe Dios, cuando ésta llegue á tus manos, si el gobierno existirá ó la misma Reina tendrá vida, pues todas las contingencias pueden esperarse en el fatal trance en que nos encontramos. De consiguiente, es necesario apelar, si no á un *remedio,* á un medio cualquiera de prolongación de existencia en el gobierno, para de un punto dado y conocido pasar á situación menos deplorable, y desde allí tener siquiera licencia para lisonjearse con la esperanza de mejor porvenir. Los medios que propones son tan hipotéticos, que no aseguran la posibilidad del éxito, y tienen un cierto *vague*, hijo de la angustiosa lid en que tu mente está, como la mía, cuando volvemos los ojos sobre nuestro país. Tú conoces mejor que yo, pues estás más familiarizado con el mecanismo del juego político, que cualquiera que fuese la posición que escogiese el gobierno para desde allí dominar la opinión pública y los acontecimientos, no le ofrecerá por sí misma un *plateau* donde guarecerse, armarse y triunfar de embates ulteriores de los partidos. Si hoy proclamase la Constitución, mañana sería envuelto.

por los utopistas; si da otro nuevo otorgamiento la Reina, mata al Estatuto, y si llama á revisación de tal obra, la Asamblea se trueca en Constituyente y el Estado se reduce á pavesas.

»Yo no miro con ceño las Asambleas populares: es regular que á ellas pertenezca algún día; pero quiero pertenecerles con la presciencia de que le puedo ser útil á mi país, y no de que voy á ser otra antorcha más para su incendio, cuya idea creo que reina también en tu mente y corazón. Por lo mismo, todos esos resortes que presentas en tus cartas como medios principales de vida, necesitan de un apoyo, de un *fulcrum* que preste á la obra de tus manos, al parto de tu cabeza, el principio de la estabilidad y conservación, primer carácter que debe llevar en su frente toda realización política. Este apoyo, este punto estable, puesto que la impericia de los forjadores del Estatuto no acertó á encontrarlo en el clero español, es forzoso buscarlo hoy día en un General y en su campamento. Tiende la vista tú por ese estéril horizonte de nuestros generales, de nuestros prohombres, de nuestras notabilidades, y todos los verás pasados por el lecho riguroso de Procusto. Nada grande, nada

elevado, nada de inspiración: todos iguales.

»Así, pues, Córdova, relativa y absolutamente es el hombre que se busca, y que por desgracia de nuestro país no tiene igual, probándose de tal modo que la generación actual, al menos en España, se vació en la propia máquina y única turquesa. La valía de Córdova la represento yo, en una palabra, planteando esta ecuación: Córdoba=á la Revolución y á todas las esperanzas de los españoles. Mas este hombre, que conoce su altura, que no quiere maniatar á su patria para entregarla en holocausto á un partido cualquiera, que conoce cuán peligroso es no seguir con los ojos al enemigo cada vez más terrible que tiene ante de sí, tiene que obrar con gran circunspección para que á sus acciones y escritos no se les dé mayor valor que el verdadero, ó que no se tuerzan pasando de boca en boca ó de mano en mano. Él quisiera escribirte, pero las montañas de papel lo abruman, los sucesos lo absorben, y su salud no firme le hacen dejar para luego lo que no es precisamente esencial en el momento. Mas, sin embargo, me encarga que te escriba, y, que disculpándole por su posición, te manifieste cuánto aprecia tus comu-

nicaciones y el gran lugar que les da en sus meditaciones. Ha leído las tres tuyas, conoce y alcanza las nulidades del gobierno, aprecia y valúa el mal de Andalucía y provincias del Este; pero en su posición ni puede aprobar ni condenar, y como soldado, sólo debe combatir al enemigo común, que nos acecha para devorarnos á todos desde sus riscosas guaridas. Yo, si fuese consejero confidencial de la Reina, si delegado de alguna gran potencia quisiera servirla salvando á la pobre España, que tanto bien ha defendido en la Europa y en el orbe todo; en una palabra: si yo tuviese influjo en la tribuna, en los salones, en la imprenta ó en cualquier otro foco de poder moral, inclinaría á que Córdova se pusiese al frente de los negocios como Presidente del Consejo de ministros; y para que dirigiese la guerra, y para otras miras más trascendentales acaso, trasladaría la corte á Burgos, Vitoria ó Logroño, pensamiento que hace tiempo debiera haberse realizado.

»Apreciando en tu discreción las reflexiones mías, te diré también que creo está Mendizábal no muy bien prevenido con Córdova, lo cual te lo advierto para que no te empeñes en algún pa-

so difícil, por los muchos incidentes imprevistos que saltan en las materias políticas. Yo te tendré al corriente de todo, y tú debes seguir haciendo lo propio con tu buen amiguillo. Si yo, con mi pobre valía y ardiente deseo del bien de la patria, puedo ser de alguna utilidad para la empresa de la salvación, iría á esa corte y te daría un estrecho abrazo, confundiendo nuestros brazos como tenemos confundidos nuestros sentimientos.

»Volviendo los ojos á la parte puramente militar, te diré que el astro de Córdova luce cada vez más brillante. Por la acción del dos se ha fortalecido la moral de la caballería, entablándose entre las dos armas principales del ejército una confianza sin límites en el valor recíproco de ellas. Los facciosos no pondrán los ojos por ahora ni en la Ribera ni en las Castillas; pero, si nuestros medios se debilitan y ellos los aumentan, dentro de una semana ya los contrarios habrán borrado aquel desmán. La brigada de Gurrea, que es una división verdadera comparada á las demás, tiene orden de quedar en el Aragón, y andando las cosas así, pronto D. Carlos nos pondrá en paz á todos, como aquél que

se engulló la breva que dos se disputaban. Acabo de salir del gabinete del General, y sé por su boca que va por tercera vez su dimisión, en fuerza de la desmembración que se le hace, é impotencia en que se le deja de contener el torrente faccioso. Esto nos hace temblar. Es una ironía cruel la conducta del gabinete para con este ejército.»

Pero la agitación de los ánimos era tanta en general, tamaña la rapidez de los sucesos, y tal la impaciencia que reinaba, muy singularmente en el ejército, por aquella época, que no es maravilla que veinticuatro horas después volviera á tomar la pluma Estébanez, dirigiéndose á Borrego en los siguientes términos:

«Ayer te escribí una larga carta, presentándote, según mi pobre juício, los remedios que pudieran aplicarse á tanto mal, y hallando consuelo en confiarte mis inquietudes y mis esperanzas. Á la noche el General me llamó, y la conversación, como puedes suponer, giró sobre los acontecimientos últimos y sobre los que sucesivamente van preparándose. El General es uno de los pocos hombres que existimos en la generación actual, que tienen un *cœur chaud*, distan-

te, por consecuencia, de ver con ojos impasibles desplomarse el Estado, disolverse el nudo nacional y sumirse la sociedad en un abismo, con tal de mirarse en situación salva desde donde se pueda después dominar los sucesos y aprovecharse de ellos. Muy al contrario: sea emulación de gloria ó desprecio por las pequeñeces del engrandecimiento personal, no conozco nadie á quien menos trabajo cueste su entero sacrificio por la salvación de nuestro pobre país; y, por consiguiente, puedes figurarte cuán firme cimiento son tan peregrinas cualidades para todo lo bueno, en hombre que se encuentra á tal altura. Así, pues, en nuestra conversación, haciendo la discreta distinción entre el soldado y el político, me dió á entender el General, que, si bien se abstendría de tomar bandera alguna en las diversas y contradictorias excisiones que afligen á la monarquía, comprometiendo la opinión del ejército y con ella la causa de Isabel y la libertad, no tendría óbice en empeñar su influencia privada para hacer que con otro más adecuado se reemplazase el ministerio actual. Si para el logro de tal empresa fuese necesario, directamente escribiría á la misma Reina

Gobernadora, inclinándola á tal medida é indicándola como único hombre para manejar el timón en trances tan peligrosos á Mendizábal, con los hombres y capacidades que este mismo propusiese. Según el General, este Mendizábal es un asombro, y á pesar de que no los creo muy bien avenidos, el *financier* le debe al militar una opinión, no sólo relevante, sino de que es el único que puede salvar el Estado. Yo no tengo más idea de esta notabilidad española que la celebridad que adquirió con la expedición de Riego, y después siendo el compañero y director, según dicen, de las aventuras prodigiosas de D. Pedro. El General, que está más al alcance de lo que merecen las reputaciones contemporáneas, y tú con él, que has visto trabajar á Mendizábal en teatros donde no se adquiere fama á poca costa, son para mí testimonios de entera convicción, y desde luego saludo á Mendizábal como uno de los pocos agentes *in fieri* de felicidad que ofrece nuestra patria.

»Ahora bien: ¿se podrá detener el torrente de la disolución con el ministerio Mendizábal, atrayendo con la obediencia al centro las fuerzas que se necesitan para domar las facciones car-

listas, y hacer entrar en orden las pequeñísimas fracciones que siempre quedan en semejantes crisis, porque nunca se pueden acallar todas las pasiones? Tú conoces, como yo, el carácter de Málaga. Satisfecha la necesidad que allí aparece, como en todos los corazones, de hacer esfuerzos para aniquilar á la facción navarra, tranquilos de que no volverán á ver otro año 23 y 24, y que la libertad é Isabel están aseguradas, ¿quién en Málaga se atrevería á oponerse á una sola compañía que fuese allí proclamando objetos tan sagrados y queridos? Sin que tú ni yo nos jactemos de imprudente vanagloria, traeríamos á cordura á aquellas gentes sólo con la fuerza de la razón, si es que la razón había tomado ya asiento en los sillones ministeriales. Aunque no en todas partes hoy son de condición tan fácil y suave como en Málaga y Andalucía, sin embargo, se puede esperar mucho de la persuasión del ejemplo, de la nueva marcha que se imprima á los negocios, y de la fuerza de los intereses materiales y mercantiles, que son de gran monta en esta cuestión, como que los focos de estas excisiones se encuentran naturalmente en pueblos comerciantes é industriosos.»

Largas son las precedentes citas; pero la biografía de Estébanez gana mucho, y nada pierde en ellas nuestra historia contemporánea.

Lo más digno de nota que se halle en estas cartas políticas de nuestro héroe es el alto juício que encierran, tocante á D. Luís de Córdova, y las esperanzas que descubren de que fuera éste el hombre destinado á librar la patria de guerra civil y de anarquía en aquella crisis espantable. Habíale debido tratar en Madrid, durante los meses que aquí pasó de regreso de su misión á Lisboa, donde prestó servicios insignes á la causa de la Reina; mas no creo que tuviera parte en su nombramiento de Auditor, porque tampoco pienso que á la sazón gozase de gran influjo. Desde entonces al menos, y oíselo decir muchas veces, opinó Estébanez que Córdova era el primer hombre de salón de su tiempo, no habiendo quien le igualase en la brillantez y elocuencia de la conversación. Más tarde habló varias veces y con discreción y tino en las Cortes, por más que allí no alcanzara igual éxito. Su *Memoria justificativa* lo acredita por otra parte de militar y de escritor. Y otros hechos y documentos conocidos confirman que

aquel General era, no tan sólo el mejor hombre de guerra, sino la persona más al corriente de los grandes negocios europeos que tuviese á la sazón España, la más digna de gobernarla en circunstancias normales, y más en disposición de ello por su talento innegable, su experiencia, su cultura, y la flexibilidad y amplitud de miras que debía á sus largas relaciones con políticos de primera talla en el extranjero. Tal es el juício sincero que, de acuerdo con el de Estébanez, he formado de D. Luís de Córdova, después de examinar con detenimiento muchos datos de distinta naturaleza. Como militar, podía comparársele á los mayores generales españoles del siglo pasado, es á saber, Montemar, la Mina, y Ricardos; y no sé yo si fuera justo igualar con él á ninguno del siglo presente. Murió cuando era yo niño; no tengo evidentemente por qué adular á los que son sus deudos, y el juício de Estébanez no ha de cegarme, pues que voy á diferir de él, y sin duda en lo más grave, inmediatamente. No: entiendo que en este punto es ya mi voz la voz de la historia, falible, á la verdad, como cosa humana, pero nunca desdeñable cuando brota de una conciencia des-

interesada y de una razón imparcial y serena.

Para militar, faltáronle sólo á Córdova mayor teatro y vida más larga. Para político no le faltaba personalmente sino lo que sobra en otros por lo general: una resuelta y tenaz ambición. Aquel hombre inteligente, y de ordinario sesudo, solía ser ligero en dos cosas, que hubieran siempre aminorado la eficacia de su acción personal: cifrábase la una en dejarse mover por la atracción del peligro, hasta el punto de sacrificar al instinto que lo impelía á correrlo, sus anteriores y más meditados cálculos; la otra consistía en buscar antes el merecimiento ó la gloria pura que no la posesión y conservación del fruto que de ella se podía derivar. Comprometióle la atracción que sobre él ejercía todo peligro heroico, á la oficiosa é inesperada defensa de la Cortadura de Cádiz contra los insurrectos de las Cabezas de San Juan, y á seguir por consecuencia en política, durante su edad juvenil, una línea de conducta que no estaba en su cabeza ni en su corazón, según declaró él mismo más tarde, y hace para mí evidente el estudio de su modo de sentir y pensar. Todavía le ligó más con aquella causa su intervención en los sucesos de 7 de Julio

de 1821; donde él, que no era sino oficial subalterno, hizo de jefe ya, y donde sólo, entre tantos veteranos como encerraba la Guardia española, sacó ileso su honor de soldado. Nacido al parecer para la guerra, aprovecha luego el favor del Rey Fernando, tan ásperamente adquirido, no para mandar regimientos, ni plazas, ni colonias, sino para que se le hiciese oficial del ministerio de Estado, porque en la paz ni le entretenía, por lo visto, ni le ilusionaba la profesión militar. Desempeña luego varios puestos diplomáticos en Dinamarca, en París, hasta llegar con grandísimo lucimiento á Ministro plenipotenciario en Berlín y Lisboa; dijérase entonces que había nacido no más que para redactar notas de secretaría, despachos y memorias diplomáticas; pero en esto suenan tiros hacia el Pirineo, los que disparaban contra el gobierno absoluto Mina y Chapalangarra, y al punto corre á empuñar las armas: iníciase, por último, la guerra civil, y para siempre cuelga su uniforme diplomático, pretende un puesto en el ejército, preséntase en él mandando una corta brigada, pomposamente bautizada, á la manera española y portuguesa, con el nombre de divi-

sión, y desde los primeros días lo pone su valor al nivel de los más veteranos y más bravos. Ni el barón del Solar, ni el de Meer, ni Espartero le superan entre sus iguales. No era posible, sin embargo, ganar el primer puesto allí por el valor, que había muchos valientes; pero lo alcanzó muy pronto por lo que menos se podía esperar de él, subalterno anticuado y ducho sólo en fiestas, comidas y conversaciones diplomáticas: por su talento estratégico. Al frente ya del ejército, hace todo cuanto á mano le viene para alcanzar reputación y gloria: nada por conservar el mando. Multiplica sus dimisiones vencedor, cual si hubiera quedado vencido. No lucha, no intenta luchar siquiera al frente del ejército con sus émulos ó sus adversarios políticos; jamás se le ocurre imponerse; abandona fácilmente la partida; ríndese á la injusticia, antes que á la indisciplina ó la sedición, sin ningún género de resistencia. ¿Y era este el hombre que guardaba Estébanez para que crease un gobierno de campamento, una corte militar, una dictadura semejante á la que asumió por fin Narvaez, después de los anárquicos tres años de 1840 á 1843?

No tenía, no, D. Luís de Córdova, ni ambición, ni carácter para eso; pero hubiéralo apetecido ó no, era imposible para él entonces, y aquí estaba el primer error práctico de Estébanez Calderón. Su corazón, vivamente inclinado al bien, tal como se representaba en su conciencia y su imaginación vasta y ardiente, nubló la claridad de su juício en aquel caso, y en muchos otros, relativos á materias de Estado, de suyo concretas, realistas, poco obedientes á los dictados del sentimiento y al imperio de lo puramente racional ó ideal. Justamente por este modo de ser nunca fué Estébanez, ni hubiera sido, aunque con seriedad lo intentara, verdadero hombre político. Bien le habría venido un buen dictador á España cuando el Auditor general del ejército del Norte pensó en él, no cabe negarlo; pero en 1835 y 1836 no estaba aquel puesto al alcance de nadie que previamente no tuviese á su favor una grande é indisputada popularidad. Por llenar hasta cierto punto esta condición, logró su dictadura efímera Mendizábal, si tal nombre merece el poder anormal que á impulsos de otra que la propia voluntad se ejercita; que, en realidad, aquel ministro sobrado célebre se limitó

á cumplir los buenos ó malos propósitos del más popular y revolucionario de los partidos españoles de la época. El hombre de la Cortadura y del 7 de Julio; el ministro que en Berlín solicitó la cooperación de Europa para mantener el gobierno absoluto en Portugal, y fortificarlo en la Península; el amigo personal de Fernando VII, imposible era que llegara á ser popular, y con efecto no lo fué. Grandes habían sido sus servicios á la causa liberal en Lisboa, donde, enviado para apoyar á D. Miguel contra su regia sobrina y su hermano el Emperador D. Pedro, acabó por proteger la causa de éste eficazmente, no ya por inconsecuencia propia, sino por el cambio de política exterior é interior que en el gobierno de España introdujo la influencia decisiva á la postre de doña María Cristina. Una vez puesto del lado de esta valerosa princesa y de la infanta heredera, lidió por ellas con su ardimiento ordinario y su singular talento diplomático, antes y después de la muerte del Rey, sirviéndolas como quien más; y cuando, por inútil ya, soltó la pluma, desenvainó, sin tener en cuenta sus antecedentes absolutistas, y esgrimió con el acostumbrado arrojo, lo mismo por la liber-

tad que por la Reina Isabel, su noble espada.

Pero estos servicios de última hora, aunque altos y generosos, no podían conquistarle la confianza de los que había tenido por adversarios durante su vida anterior. La desconfianza popular perseguía su nombre, aunque todos celebrasen sus hechos; y el propio valor que ostentaba en Navarra, al lado de los liberales, recordaba más bien que hacía olvidar el que en aquellas montañas había mostrado, combatiendo en 1823 contra las tropas constitucionales y á favor del Rey Fernando. Más odiado que nadie por el antiguo partido de la monarquía pura, declaradamente carlista, en su inmensa mayoría, y sospechoso á sus nuevos aliados los liberales, no había para él base alguna en la nación sobre que fuera dado erigir un poder personal, una verdadera dictadura. Nada de esto previó Estébanez, y otro más político aunque menos pensador y patriota que él lo hubiera fácilmente adivinado. Fortuna grande fué de la causa liberal que la desconfianza injusta, aunque no sin motivo, que inspiró aquel hombre eminente, no le lanzase, que bien pudo ser, dada la impetuosidad de su carácter, al ejército

de D. Carlos; porque, si apenas hubo medio de resistir al principio á Zumalacárregui, ¿qué habría acontecido á hallarse en el campo enemigo Zumalacárregui y Córdova juntamente? Si cupiese experiencia en los pueblos, y fueran los odios políticos capaces de prudencia, por donde quiera debería andar esculpida en mármol, para eterna lección, la historia del peligro sumo que hizo correr á la causa liberal española, en los comienzos del reinado de Isabel II, la poca justicia con que los dos más peligrosos hombres de la época se vieron sucesivamente tratados. Córdova permaneció fiel, y esto y la muerte de Zumalacárregui inclinó más que nada la balanza del lado de las armas liberales.

Ello es, en tanto, que los sueños generosos de Estébanez se disiparon cual humo, y bien pronto; haciendo los hechos patente, que no era Córdova, por las circunstancias en que se hallaba, el hombre destinado á librar de por sí sólo la nación de las profundas calamidades que estaba experimentando y debía experimentar en adelante. Si en un régimen político ordenado podía apetecer Córdova reunir altos servicios militares y políticos, tampoco, según he indicado,

pertenecía al número de los que la ambición empuja á asumir, con buenos ó malos móviles, una dictadura. Hasta su mérito por ser de tan buena ley se contaba entre aquellos que ni en España ni en parte alguna suele la muchedumbre conocer bien y estimar. Bastaría ver que la estatua de Mendizábal se levanta en Madrid y la suya no, habiendo sido uno y otro personajes históricos, para saber, por ejemplo, quién de los dos valió más. Hombre era Córdova de los que sobresalen en cualquier tiempo y cualquier nación. Mendizábal sólo pudo ser tan notable en la España de su tiempo. Y dicho sea aquí de paso: si no llega á establecerse inflexiblemente que á nadie se levanten estatuas sino por consentimiento unánime, ó al cabo de un siglo siquiera, el catálogo de los monumentos honoríficos con harta frecuencia va á aparecer aquí en escandalosa contradicción con la historia. No digo yo, ni mucho menos, que mereciese estatua Córdova: digo que Mendizábal la mereció menos, sencillamente.

No es propio de esta obra entrar en muchos pormenores históricos, y he de limitarme por esa razón á recordar los más indispensables, con-

el fin de que se entienda mejor el profundo sentido de las cartas de Estébanez que he copiado antes, y queden fijados los antecedentes de los graves hechos sucesivos; hechos que tantó influjo tuvieron en la suerte de Córdova y de su Auditor general. Sabido es que, por dimisión del conde de Toreno, nombró la Reina Gobernadora jefe del gobierno á D. Manuel Ricardo de Álava, y que, no habiendo aceptado éste el cargo, Mendizábal, poco antes hecho ministro de Hacienda, le sucedió con fecha 25 de Setiembre de 1835. Pocas veces ha entrado un hombre en el poder con más unánimes simpatías á su alrededor. Apoyábale enérgicamente la diplomacia inglesa, en especial; mirábanle con benevolencia los partidos liberales de las tres naciones que con la nuestra formaron la cuádruple alianza; los emigrados y todos los exaltados españoles le aplaudían con entusiasmo, y aquellos mismos que sustentaban ideas conservadoras en el bando de la Reina, confiaban, según se ha visto, en él, á punto que el mejor y más afortunado y potente de los generales del ejército, estuvo pronto, por declaración de Estébanez, á facilitarle, si preciso era, el camino para que lo-

grase el objeto de su ambición. Parece que no podía pedir ni apetecer más Mendizábal, cuando quiso ser y fué á su manera, aunque por breves plazos, caudillo de la plebe, que no dictador.

Mas las cosas andan de prisa en tiempos tales, y el programa con que aceptó Mendizábal el ministerio no pareció suficiente á sus genuínos secuaces. Resueltamente se pedía ya por los emigrados de 1823 la integridad del régimen destruído entonces, y, mayormente todavía, que en sus manos estuviera , y no en otras, la nueva dirección del Estado. Toreno era uno de ellos; pero no más que hasta cierto punto, por no compartir ya todas aquellas exageradas opiniones liberales ; Mendizábal lo era mucho más, pero no bastó con que él figurara á la cabeza del gobierno : reclamábase además con cierta lógica que gobernara con los principios del partido y sus hombres. Era, en suma, otra restauración la que exigían muchos , y los más activos y potentes ya entre los partidarios de la Reina , totalmente opuesta y antitética á la restauración absolutista de 1823. La imparcialidad me manda proclamar altamente que si esta nueva no era menos imprudente que la primera, el exagerar

su sentido y sus pretensiones fué, en primer lugar, consecuencia indeclinable del tristísimo ejemplo dado doce años antes, debiéndose en segundo lugar añadir en su abono, que fué más despacio siempre, y que en venganzas no igualó, ni con mucho, á la precedente. Por de pronto, aunque muy poco á poco, y á fuerza de concesiones de Mendizábal en personas y cosas, ó de discordias recíprocas, se disolvieron y sometieron las juntas, incluso la central de Andalucía. El conde de las Navas, que con ser paisano mandaba en jefe el singular ejército de la Mancha, constituído con milicianos nacionales movilizados del Mediodía y regimientos sublevados del ejército, condescendió al cabo en volver á Madrid para contribuir pacíficamente á la obra del dictador, declarado tal, de hecho, por el ilimitado *voto de confianza*, que le dieron los Estamentos, de nuevo reunidos, con arreglo al *Estatuto Real*. No hay que decir si durante tales acaecimientos crecerían los carlistas en recursos y hombres. Ni los cien mil quintos nominales de Mendizábal, ni sus mermados, aunque naturalmente onerosísimos empréstitos, ni los recursos de todo linaje que logró allegar, equivalieron

luego para su causa á lo que ésta perdió con todo aquello, y á lo que sus enemigos ganaron y adelantaron en cambio. ¡Pluguiera á Dios, sin embargo, que allí hubieran terminado los *pronunciamientos*, siquiera mientras duró la guerra civil!

Otra cosa muy distinta dispuso la suerte. Las exigencias crecientes de la restauración liberal, que no podía Mendizábal satisfacer sin faltar á sus compromisos previos con la Reina Gobernadora, y desencadenar el malcontento de todos los hombres de orden, dando así pábulo al acrecentamiento de los enemigos armados, forzaron de una parte á aquella animosa señora á hacer alto en la pendiente, y de otra volvieron á desatar la furia de los triunfantes adversarios del gobierno anterior. De acuerdo Mendizábal con ellos, pretendió definitivamente imponer su voluntad un día á la corona, presentando su dimisión, que no pensaba que ésta se atreviese á aceptar. Pero doña Cristina de Borbón sin vacilar la aceptó, con más dignidad que prudencia. ¿Se quiso reemplazarlo con Córdova, por algunos al menos de los consejeros extraoficiales de la Reina Gobernadora? Ni que sí, ni que no me atrevo á

decir. Lo cierto es que la idea de Estébanez de que aquel gran soldado y diplomático eminente estaba con dictadura ó sin ella destinado á reprimir á un tiempo la reacción ultra-monárquica que representaba el carlismo, y la reacción poco menos que anti-monárquica que el liberalismo de 1823 representaba, bullía ya á la sazón en ciertos isabelinos templados ó moderados; y que, por los propios días de la caída de Mendizábal, dispuso y realizó algo inesperadamente Córdova un viaje á Madrid. Defiéndese enérgicamente en su *Memoria justificativa* éste último de que interviniera lo más mínimo en aquel atrevido cambio político, y bien pudo ser, porque no era hombre, como llevo expuesto, á quien la ambición precipitase ni cegase, antes bien cuando el peligro, á modo de imán, no atraía el hierro de su espada, solía siempre discurrir con serenidad y abnegación. Muchos sospecharon, no obstante, que se le había llamado para que ocupase el poder, y no se quiso ó no se pudo lograr después que lo ocupara.

El gabinete Istúriz, en tanto, aunque compuesto de emigrados y hombres de incontestables antecedentes liberales, no supo contener,

como quería, el ímpetu avasallador de la corriente. Furiosamente combatido en las Cortes por los partidarios del sistema de 1823, que alardeaban por entonces de *exaltados* haciendo bueno el apodo que se les daba, hubo de disolverlas Istúriz, y convocar otras, solemnemente llamadas ya á modificar el *Estatuto Real*, de acuerdo con la Corona. Era el propósito de esto atraer, por medio de una transacción prudente y sin menoscabo del poder real, los ánimos de algunos que, descontentos por la estrechez de aquella Constitución otorgada, no querían llegar, con todo, á restaurar la de 1812. Pero verdaderamente los nuevos ministros carecían de autoridad bastante para persuadir ó imponer á sus correligionarios de la víspera la prudencia, que ellos no habían conocido ó practicado hasta aquella sazón y por sus antecedentes exaltados tampoco inspiraban confianza plena á los conservadores, más recelosos que antes con el desengaño recibido de Mendizábal. Estos últimos se aprovecharon, sin embargo, de circunstancias tales, que les permitían acudir con menos miedo que otras veces á las urnas, y ganaron en la mayoría de las provincias las elecciones para las Cortes ape-

llidadas *revisoras*. Desde el principio fué de prever que, fijada la reunión de ellas para 24 de Agosto de aquel año de 1836, ni siquiera llegarían á juntarse, porque el partido exaltado había de recurrir de nuevo á alzarse en armas, obteniendo otra victoria, como en efecto sucedió. Iniciada á fines de Julio la rebelión en Málaga, pronto se secundó en unas partes, y en otras, incluso Madrid, se trató luego de secundarla; y bien que resistiese, no sin firmeza, el gobierno, doce días antes de la proyectada reunión de las Cortes sobrevino el conocido motín militar de la Granja, que lo derribó, proclamándose tumultuariamente tras esto la apetecida Constitución de 1812.

Cuál fuese en el ínterin la situación y la fortuna de Córdova y de su Auditor general, puedo y quiero decirlo en breves frases. Llamado Córdova, por aquellos quizá que le juzgaban el único hombre capaz de evitar los males públicos, y anheloso también, tiempo antes, por dar á conocer allí el estado de la guerra y sus dificultades, había estado en Madrid, al fin; mas aunque la autorización se la diese Mendizábal, no llegó sino formado ya, y en los primeros

momentos del ministerio Istúriz. El propósito suyo, según dice en la *Memoria justificativa*, y creo yo de su carácter, era procurar una conciliación provechosa entre los principales jefes de los partidos beligerantes. No dudo que á ser ella realizable, con un ministerio que representase la unión de todos contra los carlistas, se hubiera prestado ya entonces Córdova á tomar el poder, puesto caso que se le ofreciera; pero no de otro modo, que ni tenía medios, y él sin duda lo sabía, para ser un dictador popular, ni era á propósito, cual he dicho, para imponer al país por la fuerza su dictadura personal y militar. En el punto en que halló las cosas de la corte, nada pudo hacer, de todos modos, tocante á política, limitándose á decir que él era un soldado obediente al gobierno, extraño á todas las cuestiones y controversias políticas, y á los partidos; pero declarando al tiempo mismo, en un consejo solemne celebrado ante la Reina Gobernadora, que veía bien que no alcanzaba la confianza de todos los liberales, tan conveniente al que hubiese de dirigir con éxito la guerra, por lo cual renovaba la dimisión que en distintas ocasiones tenía presentada. Los ministros, que, al decir del propio

Córdova, no se hacían la menor ilusión acerca de lo crítico y grave de la situación general, rogáronle con insistencia que conservara el mando; y Córdova, dejándose vencer, tornó al ejército, todavía más desalentado que salió de él. Lo único de importancia que obtuvo fué que se anulase la cesantía de Estébanez, decretada en los primeros días del nuevo gabinete, ganoso de conservarlo á su lado.

Nadie, en el entretanto, sabía mejor que con los cien mil hombres nominales de aquel ejército, derramados por un arco enorme entre los confines de Santander con Vizcaya, y los de Aragón con Navarra, sin seguridad ninguna en los recursos de boca y guerra, á los cuales y no á las conveniencias estratégicas había de ordinario que acomodar las operaciones, teniendo detrás gobiernos impotentes, desnudos de prestigio, ya hechos, ya deshechos, por rebeliones consecutivas, y delante un país fanáticamente enemigo, con un ejército compacto, y entusiasmado á la par por el rápido acrecentamiento de sus fuerzas, toda esperanza de triunfo era quimérica. Su sistema de líneas, en gran parte seguido en la última guerra civil, que con verdadero triun-

fo terminó D. Alfonso XII al comenzar su reinado, necesitaba para ser eficaz lo que en ésta ha habido, y hasta sobrado; es decir: hombres y recursos en proporción á la empresa, y completa seguridad á las espaldas; un verdadero gobierno, en fin, que en 1836 faltaba.

Al recorrer ahora su *Memoria*, he hallado, no sin placer, que Córdova juzgaba imposible terminar la guerra en las provincias del Norte sin la formación de dos ejércitos distintos, si bien movidos por un común propósito, capaces de operar independientemente, los cuales, penetrando por Navarra el uno, y por Álava y Vizcaya el otro, privaran al enemigo de la ventaja inmensa de su posición central, evitando las alternativas marchas del grueso de nuestras tropas, ya al Este, ya al Oeste del gran istmo pirenaico, tan ocasionadas á dejar descubierto uno ú otro de los espaciosos flancos, y á traer derrotas parciales, de más ó menos consideración en sí, pero siempre funestas. Ese plan, sin tenerse presente el de Córdova, fué el adoptado por el primer gobierno del Rey D. Alfonso en la dirección de la guerra del Norte; y no hay que decir cuáles fueron los resultados, que vie

nen á comprobar ahora el indudable talento estratégico de aquel malogrado capitán.

No bien volvió Córdova á su cuartel general, pudo ya hacerse cargo, y muy dolorosamente, de que, no tan sólo carecía de medios militares para vencer, y le faltaba la confianza de la mayoría de los liberales, sino que los más verdaderamente exaltados de éstos, en odio al gabinete Istúriz, y anhelosos por inutilizarlo á él mismo, ponían en juego todas las trazas posibles para indisciplinar el ejército, y robarle también el prestigio que por sus hechos de armas merecía. En vano le denunció Estébanez, actuando desde Logroño como jefe político, una vez y otra, con sagacidad y previsión muy notables, así los trabajos de seducción que se seguían, cuanto el resultado desastroso que comenzaban á producir en las tropas. Centinela vigilante del orden público, y leal subordinado y amigo de Córdova, no descuidó Estébanez nada, en verdad, para impedir ó retardar la catástrofe que inminentemente amenazaba, y su correspondencia acerca de este punto merecería ser conocida, porque esclarece no pocas de las negras páginas de la historia de aquel tiempo. Pero ni los avisos de

Estébanez, ni el arrojo y fortuna con que dominó Córdova, personalmente, y acompañado de aquel, á título de Auditor, la primera manifestación de hecho del mal espíritu en que estaban ya las tropas, ni la decisión con que todavía peleó aquel victoriosamente en la línea de Zubiri, al frente de soldados cuatro días sin distribución de víveres, y muchos más sin recibir paga alguna, sirvieron de provecho. Completamente desesperado ya el General, hizo en 19 de Julio su última renuncia del mando, que al fin y al cabo fué aceptada, mas no sin exigírsele que siguiera á la cabeza del ejército hasta la llegada del sucesor, que fué tanto como ordenarle que asistiera impotente á la rebelión de sus soldados, muy poco después iniciada por la división de caballería de la Ribera, y al pronunciamiento y proclamación en Logroño de la Constitución de 1812. Hallábase nuestro Estébanez, cuando esto último tuvo lugar, fuera de Logroño, con ocasión de la gran correría que en aquel tiempo hizo el famoso caudillo carlista, generalmente nombrado D. Basilio, por las riberas del Ebro, y mucha parte de la Rioja y Castilla la Vieja. Perseguíalo con actividad suma, aunque en vano, el

entonces brigadier Narvaez, agregado algún tiempo antes con varios batallones al ejército de Aragón, y Estébanez salió también oficiosamente al campo para contribuir á las operaciones. Cuál fuera su decidida y valiente conducta en tan críticas circunstancias, y el resumen de sus servicios en aquel teatro de guerra que ya iba á abandonar para siempre, hállanse á dicha expuestos en unas cuantas líneas por él mismo escritas, que voy pronto á copiar. Es de saber, que, andando los años, trocada ya la carrera administrativa por la jurídica, perteneció al Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y cuando la revolución de 1854 le dejó cesante, pidió su jubilación de aquel alto cuerpo, que le fué otorgada. Restablecidas luego las cosas al punto en que estaban antes de tal acontecimiento, y ocupando de nuevo el poder el general Narvaez, creyóse justo llevar á Estébanez, no obstante su jubilación, al Consejo Real; pero él se negó resueltamente á aceptar el nuevo empleo, si no se declaraba de un modo expreso que continuaba en posesión del fuero y honores de su cargo anterior, porque no debía dejar de ser contado entre los militares, decía, «el que como yo ha

hecho su carrera en el ejército, participando de sus peligros y privaciones; el que fortificando á San Vicente en la Sonsierra aseguró la Rioja alavesa tomando las veces de jefe militar; el que persiguiendo á D. Basilio, mandando una brigada de tropas, le cogió la revolución de 1836 en los caminos, desde donde escribió á V., entre breñas oculto, tratando de pelear con la revolución.»

Nadie me parece que ha de dejar de creer en la completa exactitud de este temerario proyecto de resistir á la revolución de 1836 con Narvaez, ya que Córdova, por tener hecha renuncia del mando y por sus condiciones especiales, no valía entonces para ello, sabiendo que las antecedentes palabras están literalmente tomadas de una carta dirigida al propio Narvaez, testigo en tal caso de excepción, con motivo de la reclamación que he referido [1]. Positivamente lo

[1] Pertenece esta carta al archivo del difunto duque de Valencia, y me ha hecho el favor de ponerla á mi disposición, con otras varias, el Sr. D. Carlos Marfori, su heredero fiduciario. La carta está al margen decretada por Narvaez, con estas palabras, que dejan bien conocer su asentimiento á cuanto se decía en ella: «he dado pasos para complacerle, y seguiré gestionando hasta que lo consiga.»

que le recordó así Estébanez era cierto, que no había de mentirle en cosa sucedida entre ambos, y, por cierto, que el haberse dirigido á Narvaez ya por entonces, cuando tanto y tanto otro caudillo contaba el ejército, prueba que no carecía del don de conocer los hombres. Ahora quiero de nuevo preguntar: ¿quién de los que observaron luego la aparente irresolución y la ordinaria indolencia de nuestro héroe le hubiera creído capaz de tal arranque?

No era Estébanez afecto, bien se ve, á los principios ni á los hombres que definitivamente triunfaron en el motín de la Granja; mas no por eso ha de pensarse que obtuviera su aprobación la imprevisora política de la Reina Gobernadora y del ministerio Istúriz. Para cerrar oportunamente este capítulo, léase lo que, en demostración de esto que digo, escribió á Borrego, no dictado, cual se va á ver, por el mal humor, sino por una apreciación desapasionadísima de los dobles peligros de la situación: «Lo malo que tiene este sesgo (le decía), es que el nombre de la Reina anda á vueltas con él, pues como todo el mundo supone que la augusta Señora tiene más simpatías con los principios de esta admi-

nistración que con la pasada, las murmuraciones que sufre la primera y los despechos que despierta esta última, reflejan desfavorablemente en aquella dignidad. Las maldiciones que pudo llevar la administración Mendizábal, jamás pasaron á esfera tan superior. Yo que anuncié al ministerio pasado con la lealtad que te consta la reacción siniestra que operaron sus decretos sobre regulares y enajenación de fincas nacionales, yo mismo te anuncio que la administración actual se despeña, si prosigue por el propio camino.» Señalada está ahí de mano maestra la especial flaqueza que los gobiernos poco revolucionarios, si no del todo moderados, padecían por entonces. Obligados á proseguir la obra revolucionaria por los antecedentes de las personas que los formaban, muchas veces, y, siempre por no exasperar á los liberales de 1823, perdiendo del todo su alianza indispensable, solían herir con las disposiciones que tomaban, sobre todo en materia eclesiástica, poco, muy poco menos que sus contrarios, los sentimientos religiosos de mucha parte del país, con lo cual no hallaban decidido apoyo en los hombres de ideas ardientemente monárquicas y conservado-

ras, mientras que los exaltados con nada de lo que hacían quedaban contentos, anhelando más y más. Corría la suerte de España por entre dos abismos, y quienquiera que se despeñara hacia cualquiera de ellos merece disculpa á la verdad; que no todas las cabezas, y todos los pies, aciertan á salvar sin riesgo los desfiladeros y barrancos, en vez de sendas, donde la muerte amenaza por todos lados, ya de los Alpes, ya de los Pirineos, ni es común habilidad la de salir bien de pasos tales. No hay mayor virtud que ejercitar en semejantes ocasiones que la prudencia, y esa en 1836 casi por igual les faltaba á todos. En las turbas populares no hay que esperarla jamás: por eso no hago de ella ninguna cuenta. En otra parte y en los hombres de Estado de todos los partidos se habría debido encontrar.

Obsérvese, para concluir, que no ya la de 1836, tan inmediata, sino la revolución misma de 1840, está prevista y anunciada en los anteriores renglones de Estébanez. Pues que la Reina Gobernadora no tenía bastante fuerza para imponer la legítima obediencia, que de poder ser, no cabe duda que habría sido, como siempre, lo mejor, menos mal cubierta estaba su responsabilidad

constitucional con hombres claramente exaltados á lo Mendizábal, que con moderados impotentes y medrosos, papel que los hombres del nuevo gabinete representaban. Estébanez veía, pues, en aquel crítico momento las cosas con todo su característico desapasionamiento y el poder de su entendimiento extraordinario. Si él no acertaba siempre, era, y ya lo he dicho, por sobra de corazón y de imaginación, y porque fácilmente identificaba los subjetivos dictados de su razón con la posibilidad objetiva de las cosas; el propio defecto, ni más ni menos, que aparece en la osada é imprevisora política de la Reina Gobernadora en 1836. Poder que tan recientemente había pasado por la derrota vergonzosa de 1835, no debió librar nunca, sin mayor fuerza y otros medios que racionalmente prometieran el triunfo, la desastrosa batalla política del año siguiente. No hay nunca buena política en acometer, por excelentes miras que se tengan, lo imposible





CAPÍTULO VIII.

«EL SOLITARIO» NOVELISTA.

SUMARIO. — Vuelta de *El Solitario* á Madrid. — Renueva sus ocupaciones literarias.—Trabajos sobre el *Romancero*. — El Ateneo.—Estébanez catedrático de árabe.—El Liceo.—Nuevos periódicos literarios.—Primeros ensayos de *El Solitario* en la novela.—Proyecto de una colección de *Novelas Españolas:* su prospecto.—Lo que es y se debe al carácter nacional. —D. Santiago Usoz y Río.—¿Cómo pudo estar asociado con Estébanez?—Reimpresiones que aquél hizo de libros antiguos. —El *Cancionero de burlas*.—Disimulo de Usoz.—Diferencias y alejamiento recíproco.—Examen de la novela *Cristianos y Moriscos*.—Compárasela con otras.—Los protestantes españoles y el interés de sus obras.

No bien vuelto á la corte, reanudó, como era natural, Estébanez, y con el antiguo ardor, sus tareas literarias, aunque por breve plazo. El estudio de la lengua y las letras árabes continuó siendo una de sus principales ocupaciones, aunque tuvo la desgracia de que, emprendiendo Gayangos entonces un viaje largo á Inglaterra, le privase de sus utilísimos consejos y de su para él deliciosa colaboración.

Desde mucho antes, pero todavía más en aquella época, fué su constante preocupación el examen de los códices arábigos del Escorial, no tan á la mano de todos como después, á punto de haber tenido que emplear en adquirir permiso para verlos, mucho influjo y largo tiempo. Hallábase aquel preciosísimo caudal de todo punto abandonado luengos años hacía, por el total olvido en que las lenguas sabias, y todos los trabajos serios de erudición, quedaron en España desde la guerra de la Independencia. Cuanto acerca de esto se había adelantado en tiempo de Carlos III se retrocedió en aquella época, y acaso más. La restauración de los estudios arábigos en España fué debida luego en parte al P. Artigas, consumado orientalista, según los que le conocieron, maestro de Estébanez Calderón y de Carbonero y Sol catedrático más tarde en Sevilla; pero en mayor grado aún á Gayangos, discípulo del famoso Silvestre de Sacy. Ella comenzó á redimirnos desde entonces de una gran vergüenza literaria; porque, ¿cuál nación está más obligada que la española á cultivar una lengua y manejar unos códices que en tanta parte contienen la historia de más de siete siglos de su existencia? Si

Estébanez no fué quien sobresaliese más en este ramo, por la multiplicidad de sus ocupaciones y gustos, ninguno le excedió en buen deseo, que rayaba hasta en entusiasmo. Por desdicha, la entrada de Zariátegui en Segovia, y la presentación de D. Carlos á las puertas de Madrid, estorbaron al fin su traslación al Escorial, de que hubiera podido sacar gran fruto á la sazón, por la buena edad en que se hallaba para trabajar asiduamente y hacer copias por sí mismo en semejantes manuscritos.

Otro de sus mayores afanes en 1837 consistió en madurar sus antiguos proyectos de *Romancero*. La idea de formar él uno, ya solo, ya acompañado, le dominó en la mayor parte de su vida, sin lograr ponerla por obra. Es increíble el trabajo que se tomó en reunir y sacar romances viejos, ya de libros, ya de códices, ya de hojas sueltas antiguas ó modernas, y hasta recogiéndolos de la tradición oral, especialmente en Andalucía. De estos últimos ingirió algunos en las *Escenas Andaluzas*. Hacía más, y era entonarlos en muy íntima confianza él mismo, que no presumía de músico, por cierto; tal y como durante su juventud los oyó cantar, según decía, en la Se-

rranía de Ronda y otros lugares de aquel país. De los romances moriscos, sobre todo, creía poseer auténticamente los tonos, las exactas notas y el aire mismo con que por allá se modulaban al tiempo de la rebelión de la Alpujarra y la total expulsión de los vencidos de aquella tierra. Durante esta época trabajaba en tal asunto de acuerdo con Usoz y Durán, aunque sin desdeñar un ápice la amistad de Gallardo, el cual lo veía y visitaba con frecuencia, salpicando la conversación, como solía, de invectivas contra los más de sus rivales en libros viejos, y contra Durán señaladamente. No progresó, en el ínterin, cuanto Estébanez quería, el gran *Romancero*, de que la primera publicación de Durán fué sólo ensayo; y ya en carta de 14 de Julio de 1837 le anunciaba á Gayangos que Usoz y él se cansarían de Durán regularmente, por ciertos defectos de carácter que le imputaban.

En resumen: ni con Gallardo, ni con Usoz, ni con Durán, realizó al fin Estébanez aquella idea; pero persistió tanto en su cabeza, que, no mucho después de llegar á Madrid, es decir, hacia 1846, le oí yo proponerle á Durán todavía la ejecución en común de la nueva obra que éste lle-

vó á cabo solo algún tiempo después. Lo único que mi erudito deudo hizo al fin, fué prestarle al otro auxilios, á pesar de todo, algo más generosamente que entre los del oficio se acostumbra, y atesorar en su librería una de las más copiosas y raras colecciones que existan, ó hayan existido, de romances viejos. En ella ocupó preeminente lugar la copia íntegra, minuciosa y correcta que hizo de un códice de la librería del conde de Campo-Alange, grande amigo suyo, sin duda, cuando se prestó á facilitárselo, siendo, según él, un tesoro inestimable. Decía en sus cartas Estébanez que era aquel un libro solitario y sin par para la literatura y costumbres del siglo XVI, habiéndose formado con pliegos sueltos, impresos al vuelo en diferentes villas ó ciudades de España, al modo de los modernos romances de ciego; género tan decaído de su antiguo esplendor, que desde siglos antes podía considerarse perdido, bien por las persecuciones de la Inquisición, á causa de ser muy libres á veces y hasta obscenos, bien por la moda petrarquista, que despreció todo lo antiguo y de pura escuela castellana. Tan grande era la opinión que nuestro insigne bibliófilo tenía del dicho có-

dice, objeto después de mucha codicia para los curiosos, de lo cual soy buen testigo por mi amistad íntima con la última condesa de Campo-Alange, hermana del valeroso oficial que semejante tesoro le fiara. Debiéronse tratar mucho en el ejército, donde desgraciadamente murió aquel aristócrata soldado, al golpe de una bala enemiga, poco después.

En el entretanto, el Ateneo de Madrid, corporación nacida en 1820, y cual otras tantas cosas muerta al rigor de la excesiva reacción de 1823, se había creado de nuevo, si no restaurado, en 1835, bajo los auspicios de la Sociedad Económica Matritense, y la sucesiva dirección de dos comisiones, de que formaron parte Alcalá Galiano, Olózaga, el duque de Rivas, Mesonero Romanos, Flórez Calderón, el marqués de Someruelos, D. Eusebio María del Valle, don Juan Miguel de los Ríos y algunas otras importantes personas de la época [1]. Fué su primer presidente el duque de Rivas, y en sus listas figuraron en breve cuantos nombres ilustres contaba Madrid. Bien pronto se abrieron las cá-

[1] *El Ateneo de Madrid*, por D. Rafael M. de Labra. Madrid, 1878.

tedras de la nueva institución, y entre los profesores figuraron ya, en 1837, Estébanez, que explicaba lecciones de árabe dos veces á la semana, miércoles y sábados, Usoz, que las daba de hebreo, lengua en que era muy perito, y Lozano de griego, comenzando por allí indudablemente la propagación activa, cuyos frutos se han visto luego, del estudio de las lenguas sabias.

No le bastaba, sin embargo, á Estébanez esta enseñanza del Ateneo. Su correspondencia demuestra que trabajó mucho para que se fundara cátedra oficial de árabe, y se le confiriese á Gayangos, á quien no cesaba de llamar en sus cartas con los más tiernos nombres, cuando por ventura no se dolía de él más cómica que amargamente, y cuya ausencia lamentaba sin tregua, llegando hasta maldecir el viaje á Londres. Poco después que el Ateneo, surgió, de una tertulia particular, según ya dije (la de D. José Fernández de la Vega), una nueva corporación, bautizada con el nombre de *Liceo*, que tomó en algunos meses un incremento maravilloso. Á sus reuniones, que tenían lugar los jueves de ocho á once de la noche, y en las cuales se pintaba, se recitaban

versos y algunas dosis de prosa, y se oía buena música, frecuentemente asistía Estébanez, sin olvidar el Casino, objeto de grande ojeriza al principio de parte de los llamados patriotas, ó sea liberales exaltados, en el cual se pasaba de otro modo el tiempo, aunque se conociera bastante, á la sazón, por lo que á Gayangos escribió nuestro héroe, la *falta de dinero*. Unido con Usoz y Río, colaboró también por estos días en *El Observatorio Pintoresco* de D. Basilio Sebastián Castellanos, periódico literario, que con el *Semanario Pintoresco,* muchísimo más afortunado, pues que el primero duró menos de un año, y el segundo ha llegado casi á nuestros días, continuaron la obra de renovación iniciada por las *Cartas Españolas* y representada en *El Artista* con tanto brillo.

Pero como más se distinguió Estébanez durante este período, fué como novelista indudablemente. Ya para entonces había dado á conocer algunos ensayos suyos en este género. Las *Cartas Españolas* contienen trozos incompletos de una *Novela árabe* en epístolas, no traducida, según el autor se apresuró á declarar, de los códices de los moros, sino original, aunque labrada con

metales sacados de las minas de aquella interesante y casi olvidada literatura. Aparte de ésta, que no tiene especial título, hay, con el de *Los Tesoros de la Alhambra*, otra novela brevísima suya, en la propia publicación, que sólo tiene el mérito de indicar el influjo que constantemente ejercían en su espíritu, así sus recuerdos juveniles de Granada, como las lecciones del P. Artigas. Más tarde comenzó á dar también á luz, guiado por móviles idénticos, otra obra novelesca, que asimismo quedó interrumpida, con la denominación de *Cuentos del Generalife*, á la cual concedía su autor mucho mayor importancia que á las anteriores. Pero no fueron estos sino ensayos en que únicamente se gozan nuevas muestras de la flexibilidad encantadora de su estilo y de la singular riqueza y variedad que su lenguaje ostentaba. De vuelta á Madrid, y en compañía de D. Luís Usoz y Río, con quien precisamente por entonces debió trabar amistad estrecha, fué ya cuando formó el proyecto de una *Colección de Novelas originales Españolas,* de cuyo primer tomo se encargó él mismo. Tal fué la ocasión con que escribió el breve volumen denominado *Cristianos y Moriscos, novela lastimosa;* verdadera nove-

la, aunque por demás corta. Su pensamiento fijo, con distintos motivos manifiesto en muchos lugares de mi obra, se patentizó en el prospecto de la proyectada *Colección de Novelas*, ni más ni menos que en aquellas de sus cartas políticas que ya conocen los lectores. Sin reserva manifestó al propio Borrego, confidencialmente, cuáles eran sus miras en la publicación literaria que emprendía; mas para darse de ellas cuenta exacta, basta con leer algunas líneas del referido prospecto, redactado por Estébanez, máxime cuando en él se expone el plan de la Colección por entero.

«Abraza éste (decía Estébanez) un objeto de no vulgar importancia: un objeto moral, y por consiguiente religioso y político, en el que no han podido nunca perderse de vista las circunstancias que modifican el corazón, las pasiones y pensamientos del hombre, cuando tiene la dicha ó la desdicha de pertenecer ó haber pertenecido desde su nacimiento á esta sociedad que llamamos española.... El editor asimismo participa al público que esta colección mostrará además su originalidad en que sus obras ó partes componentes no se presenten afeadas con el *moderno*,

vandálico, *bárbaro idioma* que hoy ha suplantado á la propiedad y hermosura de nuestra lengua.» Ó, lo que es lo mismo, que la colección que Estébanez se proponía publicar con Usoz, traía consigo el propósito de conservar cuidadosamente cuanto de nuestros castizos usos ó costumbres quedaba aún, fortaleciendo y propagando, además, los antiguos pensamientos ó afectos nacionales, y salvándolos de la corriente niveladora del siglo actual; no sin restablecer de otra parte, al tiempo mismo, toda la originalidad, vigor y gracia del habla castellana en su mejor época. Cosa, en verdad, que no puedo menos de alabar altamente, y deben conmigo aplaudir hoy en día todos aquellos que participen de mis ideas, tocante á lo que representan las naciones en la humanidad y en la historia.

El carácter nacional, en que está y se cifra la realidad de cada una de las grandes agrupaciones y asociaciones de hombres que se llaman naciones, es providencial, lentísima, y generalmente perpetua obra que elaboran los siglos, mediante combinaciones topográficas, étnicas, económicas y políticas diferentes, conforme he

expuesto en otra parte con mayor extensión. Y si la nación constituye una de las grandes, y aun la mayor y más eficaz de las fuerzas con que se mueve, progresa y se desenvuelve en el tiempo la humana historia, en el carácter nacional reside positivamente el impulso inicial de esa fuerza, el principio de su movimiento, la voluntad de aquel alma, si alma se entiende que sea el espíritu de que toda nación está poseida. Y en el carácter nacional, no hay que dudarlo; en ese carácter, de cuya persistencia ofrecen incontestables pruebas el galo de los días de Vercingetorix y el francés de Napoleón III, el español de la Numancia antigua y el de la moderna Zaragoza, palpita y se manifiesta, como en esfera propia, la eficaz virtud de la herencia, con frecuencia contrastada, contenida ó anulada por las circunstancias ó el *medium* social, acá en el estrecho campo que por fuerza limita la peculiar individualidad ó personalidad de cada hombre. Por eso creo yo que mucho más ventajas aún que la trasmisión hereditaria de la propiedad territorial, para el constante desarrollo y mejoramiento del orden social y mayores todavía que el propio principio de sucesión ofrezca á la inevitable y

tranquila traslación del poder supremo en las naciones, reporta á la humanidad, tomada en conjunto, la conservación histórica de los varios caracteres nacionales existentes. Por medio de sus diferencias en el sentir y en el pensar, y hasta de sus genios encontrados, que no de otra suerte, muévense incesantemente las olas inmensas de las generaciones, sobre las cuales flota y camina la nave de los destinos humanos hacia el siempre insondado y peligroso, pero no inseguro porvenir. Si la razón justifica de por sí y defiende la inviolabilidad de los verdaderos caracteres nacionales, la voz del sentimiento patrio resuena en ellos todavía mucho más ; y no hay nación digna de serlo que no deba agradecer y aplaudir el propósito de mantener ó restaurar su carácter propio, si por desdicha decae con el trascurso demoledor de los tiempos.

No sé, en tanto, si al leer las palabras del prospecto, y observar que los editores de la proyectada *Colección de Novelas*, eran juntamente, á lo que parece, Usoz y Río y Estébanez, se les habrá ya ocurrido á muchos ó pocos de los lectores un escrúpulo que salta á los ojos. ¿Cómo pudo ser que en empresa tal anduviesen asociados, y en

uno, hombres de principios tan diferentes como D. Serafín Estébanez Calderón y D. Luís Usoz y Río? Saldré al encuentro de esta importante objeción. Que, en verdad, si no se hubiera tratado más que de publicar libros castizamente escritos, ello sería llano, pues que Estébanez contaba á su colega por «uno de los pocos depositarios que le quedaban al habla castellana,» según de Gallardo insinuó también en cierto artículo crítico de las *Cartas Españolas* sobre el *Romancero de romances caballerescos é históricos*, de don Agustín Durán. No parece, por otro lado, sino que se está leyendo al susodicho Estébanez cuando en las *Advertencias previas al Cancionero de burlas*, que reimprimió más tarde, se tropieza, á propósito del asunto, con estas duras palabras de Usoz: «Hace ya algunos años que los literatos españoles no saben la lengua castellana.» Por eso también, y con no mayor mesura, afirmó Estébanez, tratando del *Romancero* de Durán, que podría prestar el servicio «de hacer familiares en aquella época *estéril y bastarda* las producciones lozanas é indígenas de nuestra literatura.» Vese, pues, que la idea de que se gozaban días de renovación y regeneración li-

teraria no había penetrado en el ánimo de estos eruditos gran cosa, y que, tocante á sus gustos en la lengua y á sus opiniones sobre el estado de nuestras letras, por los años que inmediatamente siguieron á 1830, reinaba entre los dos conformidad completa, siendo por lo mismo naturalísimo que para restaurar y propagar la antigua escuela literaria nacional se reunieran y asociaran. Debiólos, en suma, aproximar y mantener al principio en paz, su común españolismo, porque no diferían un punto respecto al ardor y hasta acritud de los sentimientos patrióticos. Á ser mejores, que, dicho sea en puridad, los versos de Usoz, antes que el calificativo de medianos, merecen el de detestables, también hubiera podido firmar Estébanez la siguiente lastimera estrofa del primero, que contiene una poesía intitulada *Aventura amorosa:*

«Y olvidara, en deleites hundido,
De mi patria la ajada beldad,
Y su púrpura, y grillos eternos,
Sus discordias y eterno penar.»

Y, por su parte, hasta en las propias reimpresiones de libros protestantes españoles, valiosísimos algunos por lo que hace á la lengua, todos ó

casi todos importantes para el exacto y profundo conocimiento de las antiguas costumbres patrias, así como en sus breves pero útiles investigaciones acerca de las ideas políticas que impulsaron el levantamiento de las Comunidades, y otros ligeros papeles, dió Usoz perennes pruebas de su repugnancia invencible á todo lo extranjero, y por contra, de su decidida afición á lo antiguo y español. Á tanto grado llegaba, pues, la semejanza de modo de pensar, entre los dos editores de la *Colección de Novelas;* los cuales, por señas de su exagerado purismo, ni siquiera consintieron en denominarse *novelistas,* sino *noveladores*. Pero, tratándose de un objeto, no ya sólo literario ó político, sino religioso, y religioso á la española, según denotaba el prospecto de la publicación, con eso y todo confieso, que el escrúpulo que intento desvanecer permanece en toda su fuerza. ¿Qué hacía al lado de Estébanez, siempre católico firme y convencido, D. Luís Usoz y Río, cuyas opiniones heréticas nadie hay que ignore, y en empresa donde los intereses religiosos de España se tenían en tamaña consideración? Pudiera, quizá, contentarme, con responder á esto que, por lo que se desprende de las noticias mismas del dili-

gente y erudito Menéndez Pelayo [1], hasta que Usoz fué á Londres en 1839, nadie pudo conocer su extraña conversión en cuáquero, mientras que la *Colección de Novelas* se proyectó y comenzó á dar á luz dos años antes y más. Si las relaciones de Estébanez con Usoz databan de su vuelta á Madrid por los postreros meses de 1836, cosa bien probable, pues que había residido éste en Italia hasta el año anterior, como colegial de Bolonia, no era aquella amistad bastante antigua para que ni el uno ni el otro se conocieran bien á fondo todavía. Ni es tampoco seguro que el Usoz de Londres pensara de aquel modo ya por los años de 1836 y 1837, que fué cuando le trató más Estébanez. La primera reimpresión que hizo, que fué la del obsceno *Cancionero de burlas provocantes á risa*, ni siquiera es de 1839, sino de un año después, sin que allí dé señal cierta de heterodoxia todavía; siendo el primero de los libros protestantes que de nuevo dió á la estampa *El Carrascón,* impreso ocho años más adelante. Bien pudo, pues, desenvolverse y realizarse lentamente, durante todo

[1] *Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo III, pág. 677.

ese espacio de tiempo, la apostasía de Usoz, sin que la menor señal de ella diese cuando se proyectó la *Colección de Novelas*.

No quiero callar, porque mi imparcialidad sea más patente, que si no hubiera cometido Usoz otro pecado que la reimpresión de *El Cancionero de burlas provocantes á risa*, con ser cual es el libro, pocos lectores habría hallado más indulgentes que Estébanez, harto tentado de la risa, en este linaje de cosas, á la manera que otros de nuestros primitivos poetas, y no pocos de los mejores de tiempos más cercanos; entre los cuales sabe todo el mundo que hay que contar, no tan sólo á D. Francisco de Quevedo, de suyo poco escrupuloso en todo, sino á hombres tan graves como el autorizado magnate que escribió la *Guerra de Granada*, ó el severo moralista inmortalizado por *El sí de las niñas*. Para ir rematando este asunto, diré, en fin, que ni en las *Advertencias*, ni en las *Observaciones* que preceden al *Carrascón*, se declaró todavía Usoz cuáquero, ni protestante; y que en las otras *Advertencias*, que puso al frente de *El Cancionero de burlas*, no hizo sino indicar que los españoles de otro tiempo, y muy especialmente

los del estado eclesiástico, eran tan amigos de obscenidades y liviandades, cual pudieran ser los que más de los hombres, no obstante el empeño de sus antiguos monarcas, y de ellos mismos, en ostentarse defensores de la religión católica, y el haber peleado largamente contra todos sus enemigos á un tiempo. Claro es que lo que allí, ante todo, buscó, fué tener ocasión de zaherir con tal motivo al clero católico, sin perdonar, por supuesto, á aquel de los Pontífices que ofrecía á sus tiros mejor blanco. Pero repito que no se declaró por entonces hereje, y todavía puso en *El Carrascón* esta hipócrita protesta: «Las doctrinas y opiniones todas del libro ahí quedan intactas: pues el objeto de reimprimirle podrá ser literario, histórico, todo lo que se quiera, menos un objeto *encismador* y *propagador* de errores.» Flaqueza impropia de quien presumía de tan libre en sus pensamientos, y por tan austero y verídico se reputaba.

Tamañas precauciones y reservas no le valieron, por supuesto, con Estébanez tan pronto como comenzaron á clarearse realmente sus intenciones. Hay sobre este punto, y el momento en que, á no dudar, se disolvió, sin demostra-

ción aparente, aquella amistad íntima, muy curiosos detalles en una carta que, de vuelta de cierta expedición, escribió Estébanez á Gayangos, la cual, aunque sin año en la fecha, debe de ser, por el sentido, de Julio de 1842. «En San Sebastián (le dice) encontré horas antes de salir á Usoz. Lo peregrino del caso es que habíamos estado quince días viviendo bajo un mismo techo, y si á esto añades que todo San Sebastián tiene poco más ámbito que el patio de Correos, podrás formar idea de la manera exótica con que vivía este singularísimo *flaneur*. En las dos horas que estuvimos juntos, le hablé de nuestro amigo, y le increpé su frialdad para con él. ¿Qué piensas que me dijo? Que su conciencia le hacía mirar con prevención á quien había vendido en el monetario francés unas medallas árabes sacadas de España. Como le repliqué que tales medallas eran de nuestro amigo, y que las monedas árabes no eran objeto de gran lucro, como las monedas latinas, griegas, asirias, etc., me dijo que había hecho mal. En San Sebastián ha reimpreso una carta de Garcilaso, señor de Batres, en que se habla de las intrigas de Roma. El objeto es tirar al ca-

tolicismo. Se ha convertido el tal Luís en un herejote de primera clase. Cuando me burlé de su puritanismo, habiendo reimpreso el *Cancionero de burlas*, se quedó como sonrojado; pero después, repuesto de su sorpresa, me dijo con una frescura que me enamoró, que había reimpreso el tal libro para hacer ver cuál era la educación que los frailes habían dado á este país, y que en esto había hecho un servicio á la humanidad entera. Con ideas tan particulares, con tal extravagancia, ¿qué quieres hacerle? Pensaba irse á Santander, y luego á Bilbao. Le he descubierto que es muy miserable. Se me excusó de darme un ejemplar de su *Cancionero*. ¿Cómo no había de tener ó consigo ó en Madrid tres ó cuatro de tales joyas? En fin: nos separamos con varios proyectos en fárfara sobre romanceros y cancioneros.»

No hay para qué nombrar al vendedor de las monedas, aunque el hecho fué lícito de todo punto, conforme sostuvo Estébanez; pero este incidente ofrece una prueba más del españolismo acalorado é intransigente de Usoz, que en aquel caso aventajaba aún al de Estébanez. Se prueba también por dicha carta, que el

Cancionero era para el último una joya, tomándolo, es claro, por documento importante de la lengua, que no por obra de recreo; y por cierto, que tan no pudo obtener que le regalase Usoz el librejo, que encargó al propio Gayangos que se lo comprase. Pero lo principal es que allí descubrió ya en Usoz al herejote consumado y pertinaz, que volvía de Inglaterra para dar comienzo á la propia propaganda que en público aparentaba condenar; y entre el tono con que desde entonces habla de él, ó los defectos que le encuentra, y aquella cariñosísima dedicatoria de su novela, media un abismo profundo: el que hubo siempre en adelante entre los dos. En vano charlaron todavía de proyectos comunes sobre romancero y letras en general; si en otro tiempo pudieron cariñosamente asociarse y andar juntos, ya eso no podía ser de modo alguno.

Durante sus últimos años, y cuando al descubierto era ya propagandista protestante, conocí yo un tanto á Usoz también, por más que nunca le tratase. Alguno de mis amigos lo era igualmente suyo, y con gran frecuencia lo encontrábamos en el Prado, paseando á solas por lo

común, de acá ó de allá, su extrañísima persona. No era posible que olvidase más su cara, su levita, su sombrero, toda su apostura, en fin, quien reparara en él una vez sola. Ni le oí jamás, ni supe, en tanto, por conducto alguno, que Estébanez conservase con Usoz por aquellos días el menor género de relaciones. Á la verdad, no era el carácter de este sujeto, según expuse al hablar de él por vez primera, para tener ó conservar muchos amigos; pero indudablemente su conducta religiosa influyó para apartar de él tan del todo al autor de *Cristianos y Moriscos*. Muy tolerante fué de ordinario éste con las ideas; pero una cosa había en que nunca transigió, según sabemos, que era en materia de patriotismo; y aunque exagerado en ello á las veces, poníalo siempre en cosas de más sustancia que la retención en manos españolas de unas cuantas monedas árabes de las que aquí y no más se encuentran, y es natural que en justa medida se comuniquen á los museos extranjeros. Usoz, tan severo para tal pequeñez, no advertía, en el ínterin, que, dígase hoy lo que quiera contra la represión religiosa del siglo XVI, lo cierto es que el espíritu español del *siglo de oro* en las le-

tras, y todo nuestro espíritu político, quedaron de resultas totalmente informados por el catolicismo; y que el protestantismo, en cualquiera de sus fórmulas, no puede menos de ser ya aquí siempre un elemento exótico, externo á la nacionalidad, natural enemigo de todo lo genuíno y castizo. Estébanez sentía esta contradicción vivísimamente, haciendo el nombre español, sinónimo para él de grande, también sinónimo de católico; y un adversario militante del catolicismo se le aparecía, sin querer, á los ojos como un enemigo de su patria. Por nada entraba en esto su devoción, que no era excesiva, ni menos hay que pensar que fuera supersticioso, fanático, ó siquiera tradicionalista (cosa que he advertido ya), por la manera con que lo han sido y son en España ciertas gentes, menos religiosas que políticas.

No: el catolicismo de Estébanez se asemejaba al de Quevedo y al de casi todos nuestros clásicos, sin excluir á muchos de los que fueron sacerdotes, y era placentero, abierto, desenfadado, hasta libre en ocasiones. La manera de entender y ostentar el catolicismo ahora, no niego que sea más correcta en la forma, y podrá ser por todos

estilos perfectísima; pero tiene muy poco de española. Su origen debe de estar en la moderna malicia, que obligó á cubrir, no ha muchos años, los desnudos é inocentes ángeles de piedra de San Pedro con camisas de plomo blanqueado. Jamás en los tiempos de los Felipes austriacos reparó nadie, ni la Inquisición misma, en los escritores, cosas que se censuran mucho actualmente, ni se escrupulizaron tanto palabras y conceptos; no siendo corta fortuna el que la actual intolerancia sea á secas periodística ó verbal, que, en otro caso, cuanto más ó menos exacta ó exageradamente se refiere del Santo Oficio antiguo, se quedara corto. De intento aprovecho la ocasión para dar á conocer con toda exactitud á Estébanez, bajo este aspecto importante. En resumen: cuanto acerca del carácter de su pasión por todo lo nacional he expuesto en varias ocasiones, hallo yo que está en esta frase, que escuché de sus labios más de una vez: «Ningún buen español disputa el paso, ni á un sacerdote, ni á una mujer.» Todo el sentido del teatro de Lope y Calderón paréceme ahí bien explicado.

Pero volviendo á *Cristianos y Moriscos*, que ya

es ciertamente hora, si fué ella la primer novela de la colección, según lo dicho, tengo que añadir aquí, que asimismo fué la última. Harto mejor fortuna merecía la empresa, juzgando por la muestra que ofrece aquel breve pero precioso libro. No hay que buscar allí el interés irresistible y á prueba de inverosimilitudes de las novelas de Alejandro Dumas; no el análisis psicológico y fisiológico de caracteres, que ha dado al autor de *Les Parents pauvres* y del *Père Goriot* un renombre, todavía mayor hoy que fué cuando vivía; no el vigor de intuición, ni el alto y á veces fantástico vuelo de la autora de *Indiana* y *Lelia;* no la profundidad de observación de que en *Madame de Bovary* hizo alarde un escritor poco ha, y á deshora, robado á las letras; no siquiera la inventiva y riqueza de exactos detalles, que al cabo y al fin disculpan algo la boga indisputable de *L'Asommoir* y sus hermanas, no obstante la impureza y fealdad del sistema literario con arreglo al cual están concebidas y ejecutadas. *Cristianos y Moriscos*, por su propio asunto, no podía seguir las huellas de la novela de costumbres contemporáneas, en ninguna de sus manifestaciones anteriores, ni aproximarse por su

sentido y circunstancias, en modo alguno, á las que más modernamente se han escrito, ó se escriben ahora. Su corte y tamaño es el de una de nuestras antiguas novelas españolas, v. gr., *El Lazarillo de Tormes*, *El Gran Tacaño*, *El Diablo Cojuelo*, ó cualquiera, por ejemplo, de las de Cervantes; y no creo yo que sea inferior ni aun á las de este grande ingenio, por lo que toca á lo exacto y pintoresco de las descripciones, á lo discreto de los diálogos, á lo castizo del lenguaje, á la gracia del estilo. Ni más ni menos que las novelas que acabo de citar, peca, en cambio, de falta de acción, y por consiguiente de interés, así como por evidente desproporción entre lo principal y lo accesorio, tan detallado esto y rico cuanto escueto aquello y pobre. Pero lo que distingue por esencial manera la novela *Cristianos y Moriscos* de toda otra española escrita hasta allá, es su carácter rigurosamente histórico. Lo que hablando de la novela en general dije á propósito de la histórica en un capítulo precedente, tengo que ampliarlo por eso mismo algo más.

No se conoció esta novela histórica en las letras, dentro ni fuera de España, hasta que dió

las suyas á luz el nunca bastantemente loado Walter Scott; que si los autores pedían nombres á la historia á veces, nunca pensaron en representar los caracteres verdaderos, ni las verdaderas costumbres de los siglos pasados. Algunos de los dramas de Shakespeare son, quizá, los únicos precedentes ciertos que en el arte tenga la invención histórica del preclaro novelista escocés. Pero este nuevo género andaba ya hacía tiempo en boga por todas partes cuando Estébanez, en compañía de Usoz, por lo que pienso, se propuso publicar aquella colección de *Novelas*, españolas, y además históricas. Para este fin, y considerada en tal concepto, es la de *Cristianos y Moriscos* un verdadero modelo. Si alguien quiere conocer lo que á la raíz de la conquista de Granada era un pueblo de la serranía de Ronda, de la Ajarquía de Málaga, ó de la Alpujarra, y por qué manera se pensaba en él y se vivía, no tiene más que recorrer las páginas de aquel librillo delicioso. Y de seguro, si es de veras conocedor de los anales de España en tal tiempo, y particularmente de los del reino de Granada, dirá para sí algo parecido á lo que en el *Censeur Européen* de fin de Mayo de 1820 escribió el célebre

Agustín Thierry á propósito de *Ivanhoe*; es á saber: que había más historia allí que en las genuinas historias. No hubiera pensado otro tanto por cierto aquel historiador insigne del moderno *Salambó* de Flaubert, muchísimo menos afortunado aquí que en *Madame de Bovary*, obra aún de verdadero arte, la mejor, á mi juicio, del naturalismo moderno. Ese otro confuso libro, por el contrario, no pasa de ser un mosaico de datos conjeturales, que no históricos, donde no hay un solo perfil que corresponda á viva ó real persona humana.

Á la novela de *Cristianos y Moriscos*, puede aplicarse, en cambio, la lisonjera sentencia del historiador francés, con no menos razón que á *Ivanhoe*, dejando aparte la gran distancia que media, como fábula, entre esta larga obra maestra y aquella corta narración de un autor que se ensayaba en tan difícil género. En el fondo de *Cristianos y Moriscos* se ve la misma lucha de razas, de vencedores y vencidos, que en *Ivanhoe*; pero tratado de nuevo el asunto con absoluta originalidad. Algo hay de aquella altivez resignada, de aquella autoridad á que no empece el estar él y su raza vencidos, de aquella oculta fe

en el porvenir, que tan noblemente caracterizan al Cedric de *Ivanhoe*, en el Xerif de *Cristianos y Moriscos;* pero María, como andaluza y mora que al fin es, atrévese á más, y siente con mayor vehemencia que la rubia, pálida y taciturna lady Rowena; y si D. Lope de Zúñiga, por su parte, no tiene tras de si la melancólica historia que tan interesante hace al caballero *Desheredado*, el amante y violento Muley recuerda, sin duda, al desesperado templario, y Antúnez el usurero se parece al judío de York, como gota de agua de fuente bautismal á otra en que no falte sino el estar bendita. La semejanza de aquellos personajes consiste en la casi identidad de la situación en que se hallan, no en ellos mismos, que son siempre diferentes. Tan de verdad son cristianos y moriscos los que representa *El Solitario* en la Alpujarra, durante el reinado de Carlos V, como eran indudablemente sajones y normandos los que Walter Scott puso en escena por los días de Ricardo Corazón de León. Las costumbres, las ideas, las preocupaciones, las pasiones generales que forman el fondo en los cuadros, de que se destacan los respectivos personajes, no están menos

bien dibujadas y coloridas, por cierto, en la novela española que en la británica. Todo lo cual pone más de realce el mérito de Estébanez; que en asuntos de todo punto diferentes, la comparación no estaría tan á mano, y por lo mismo no hubiera habido que vencer tamañas dificultades. Su obra no es, en suma, imitación, sino competencia. Tuviera las dimensiones de *Ivanhoe* ó *Quentin Durward*, y á su lado figuraría dignamente, como dignamente puede y debe figurar junto al *Eurico* de Herculano. Ni sería quizá *I Promessi Sposi*, de Manzoni, la mayor rival que hubieran encontrado hasta aquí las historias fabulosas del inmortal narrador escocés, si hubiera poseído nuestro autor, para dilatar, desenvolver y realizar cumplidamente la acción de *Cristianos y Moriscos*, una cualidad que con mi imparcialidad constante debo declarar que le faltaba, á saber, la perseverancia y el continuado y creciente aliento en la inspiración y el trabajo, que exigen las que por eso llaman, y con frase no impropia, obras de *longue haleine* los franceses. Este fué el principal motivo porque dije en uno de los capítulos antecedentes que, al dar con los artícu-

los de costumbres, había Estébanez dado con el género que más le convenía; es decir, con su especialidad nativa, con lo que estaba á la medida justa de su voluntad, de su entendimiento y de su imaginación. *Cristianos y Moriscos* es una novela empezada y no más: los cuatro primeros capítulos, y tres de ellos, al menos, admirables, de una novela interesantísima, que no tuvo paciencia ni bastante fijeza de espíritu para concluir su autor.

Extiéndese la exposición por dos de estos cuatro capítulos, y en ellos principalmente campean los retratos del falso cojo y ciego, y cuando más, soldado y arcabucero de veras, Cigarral, y del monaguillo Mercado, su acompañante, personajes que bien pudieran dar envidia á D. Diego Hurtado de Mendoza, si, vuelto á este mundo, los comparara con su ciego sin nombre, y su Lázaro ó *Lazarillo de Tormes*. Toda la trama y desenlace de la novela se encierra luego en otros dos capítulos no más; y estando el autor tan cansado, como parece que estaba, de escribir seguido sobre un mismo asunto, no fué mucho que atrajese á un mal paso á los dos amantes, es decir, á María y don

Lope; reuniéndolos precisamente junto á las opuestas orillas de «un hondísimo tajo, practicado por la acción lenta de las aguas ó por alguna explosión rabiosa de la naturaleza allá en remotos siglos,» que si de lejos no descubría «su abertura horrible, de cerca parecía un anchísimo foso por donde pasaba un río entero.» Una vez allí la linda morisca y el valiente hidalgo castellano, fácil era enredar las cosas de suerte, que al pasar azoradamente por un puentezuelo ó arcaduz roto, que sobre el abismo había, tropezase María ó Zaida, que así la llamaba su gente, con un gozque travieso, aunque muy fiel, y se cayese á lo hondo, lo cual, sabido al punto por su amante, que acababa de dejar al morisco rival herido en tierra, hizo que con furia ciega se arrojara también de arriba abajo, muriendo en las aguas mismas que acababan de arrastrar el cuerpo de la mujer idolatrada. No alabo, ni mucho menos, la acción, ni el desenlace, como se ve; pero aun por eso quedará más patente la serenidad y seguridad de conciencia con que por otro lado digo que, ó mucho yerra mi sentido crítico, ó es *Cristianos y Moriscos* de aquellas novelas históricas en que la realidad aparece tan positiva y palpa-

ble como en la que más de sus manifestaciones, pues si los hechos que forman la trama no llegaron á estar en la naturaleza *in actu*, los tuvo ella *in potentia*, mientras se dieron y duraron las circunstancias históricas en que al autor le plugo desarrollarlos. No de otra suerte las novelas históricas encierran verdad tan cierta como la de la historia estricta y didáctica, y aun mayor; que ésta jamás se piensa, ordena y escribe con el estro adivinatorio, y la plenitud de datos y elementos que la obra poética, ya versificada, ya prosaica, poema ahora, y ahora cuento, ó narración fabulosa de cualquier linaje.

No sé por qué no continuó, después de impreso el tomo de *Cristianos y Moriscos*, la publicación de las proyectadas novelas, que habían de constituir serie numerosa, según el intento. Ó bien salió en la práctica acertado el propósito que mostraron los editores en el prospecto, de no hacer cálculos prematuros sobre los aprobadores y favorecedores, por otro nombre suscritores, de la *Colección*; ó bien no hubo más novela que publicar que la de *El Solitario*, y habiéndose marchado éste, antes de mucho, á Sevilla, por falta de materiales se frustró el intento;

ó bien los Editores dejaron de entenderse entre sí, resultando, por tanto, imposible continuar el proyecto común. Y si por acaso—de lo cual no tengo prueba ninguna—fué Usoz, hombre acomodado ya de por sí y verdaderamente rico después, por su enlace con la conocida familia de Acebal y Arratia, quien tuvo á su cargo la parte económica de la empresa, cosa para la cual carecía Estébanez de suficientes medios, no pocos buenos católicos habrá que deploren el malogro y corta vida de aquella inocente y útil publicación de índole meramente literaria. Con lo que Usoz gastó después, ayudado por el inglés Wiffen, en imprimir esmeradísimamente más de veinte tomos de antiguos escritores castellanos, casi todos reformistas y propagadores de las herejías protestantes, habría podido, tal vez, hacer que cobrase vida, treinta y cinco años ha, la novela española en general, asentándose más particularmente sobre cimientos robustos nuestra novela histórica, mediante el discreto programa que el prospecto, escrito por Estébanez, encerraba. Entonces, dirán los católicos, sus libros habrían llevado con razón el lema aquel de «Para bien de España,» que ostentan

algunos de los libros protestantes que reimprimió Usoz.

Pero si he de decir todo lo que siento, sin profesar la menor consideración al protestantismo, pues que le tengo por dirección religiosa, no ya sólo falsa, sino caduca y estéril, ahora y para siempre jamás, lo que es á mí no me pesa, ni mucho menos, de la reimpresión de tales libros, aunque no sea más que por tener á mano las obras del insigne Juan de Valdés. Esos libros, como en el proemio del *Carrascón* reconoció, después de todo, Usoz, y con franqueza rara, no contienen ya «palabras vivas y fuertes,» sino *voces muertas*. Refiriéndose á los partidarios ó defensores de la intolerancia religiosa, exclamó también Usoz en un momento lúcido: «¿Qué mal puede causarles ya la muerta palabra, que pronunciada contra ellos y sus horrorosos hechos hace siglos, reaparece ahora, sólo para instrucción?» ¡Ah! Usoz tenía por casualidad en esto completísima razón; la verdad pura se le escapó ahí de los labios, con más ó menos reflexión y deliberación. Todavía menos, mucho menos que la memoria de los inquisidores, ó las opiniones de los que bien ó mal los defienden,

puede padecer ahora el Catolicismo en sí mismo, en sus dogmas, ni en sus hijos y adeptos, por el influjo de los libros protestantes españoles. Son verdadera letra muerta las apologías de esa doctrina, hoy ya ineficaz, y reducida á constituir, más ó menos ingenuamente, una de las varias formas del deismo contemporáneo. Viven únicamente por su buen lenguaje y estilo, los disidentes del espíritu general de España en el décimosexto siglo. Y en ese concepto los hay, no muchos como es natural, pero los hay tales, que la posteridad agradecerá en mi concepto que se conserven sus libros.





ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.

«EL SOLITARIO» ESTUDIANTE.

Sumario.—Motivo de que lo que empezó prólogo haya parado en libro.—Nacimiento de D. Serafín Estébanez Calderón.—Diferentes modos de escribir el primer apallido.—Su niñez, su adolescencia, sus primeros estudios, sus travesuras y su pronta aptitud para la poesía.—Estudios mayores en Granada.—Sucesos de 1820.—Primera poesía impresa, no á su nombre, sino bajo el seudónimo de *Safinio*.—Estébanez no fué nunca revolucionario.—Sus inclinaciones arcaicas, y sus sentimientos tradicionales y monárquicos.—Causas de su afición á Granada, y tempranas distinciones que en aquella Universidad alcanzó.—Principios de su carrera oficial en Málaga.—Invasión francesa y cambio político de 1823.—Consecuencias que tuvieron para Estébanez.—Su purificación.—Recíbese definitivamente de abogado.—Fiestas andaluzas y libros viejos castellanos.—Estudios y ocupaciones de Estébanez en general, desde 1824 hasta que en 1830 se vino á Madrid.... 7

CAPÍTULO II.

«EL SOLITARIO» POETA.

Sumario.—Razones seguras ó probables de la traslación de Estébanez á Madrid.—Sonetos de *Safinio* enamorado.—Escasa fecundidad de Málaga respecto á escritores de Bellas Letras, compensada, en parte, por eruditos y críticos: Leyva, Hidalgo, Ovando, de una parte; de otra, Alderete y Valdeflores.—*Safinio* convertido en *El Solitario.*—Primero y único tomo de poesías.—Examen y juicio de ellas, y del talento poético del autor, en general.—Poema ó colección de anacreónticas *Al Mar.*—Romances y Letrillas pastoriles.—Simultaneidad de la revolución literaria con la revolución política.—*El Solitario* cambia de asuntos y de manera en sus versos.—Los serios y principalmente los dedicados á la *Corona fúnebre* de la duquesa de Frías, y al P. Artigas.—Las poesías festivas.—Posición de Estébanez en la corte de Fernando VII.—Lo quc pensó y cantó sobre la América insurrecta.—Entíbiase su afición á la poesía.—Su pronta y decidida adhesión á la causa de la Princesa heredera.—Ingresa en el bando cristino.—Sus fundados temores, y los de todos, de próxima guerra civil... 43

CAPÍTULO III.

«EL SOLITARIO» Y EL ROMANTICISMO.

Sumario.—Influjo del romanticismo en la carrera literaria de *El Solitario.*—Si fué desfavorable ó provechoso.—Hubiera escrito de todas suertes artículos de costumbres?—Diferencias fundamentales entre la lírica clásica y la romántica.—Lucha del romanticismo con el clasicismo en España y Europa.—Augusto Schlegel y la tragedia clásica francesa.—Sistema literario de su hermano Federico.—Chateaubriand y Mad. de Staël.—El *panteismo* alemán y lo que al cabo significó el romanticismo en las letras.—Revolución universal.—Víctor

Hugo.—El romanticismo español.—*El Solitario* y Espronceda en campos encontrados.—Gallardo y Usoz y Río.—Lista y sus teorías anti-románticas.—Carácter general de la contienda en España.—Su fin y resultados.—Las modernas ideas sobre el romanticismo..... 91

CAPÍTULO IV.

«EL SOLITARIO» ARTICULISTA DE COSTUMBRES.

Sumario.—Vuelve sus ojos á la prosa *El Solitario*, é introduce en España los artículos de costumbres.—Historia de este género de literatura, según Mesonero Romanos.—Fundación de las *Cartas Españolas* y publicación del primer escrito en prosa de *El Solitario*.—Verdaderos antecedentes de los artículos de costumbres.—*L'Hermite de la Chaussée d'Antin*, ó De Jouy.—*Pamphlet des pamphlets*, ó Paul Louis Courrier.—Mesonero Romanos, ó sea *El Curioso Parlante*.—Larra, ó *Fígaro*.—Quevedo y la literatura picaresca castellana en general.—D. Juan de Zabaleta y su *Día de fiesta en Madrid*.—Originalidad de *El Solitario*.—Excelencias peculiares de su estilo.—Fenómeno de las costumbres y el habla, más castizos en Andalucía que en otras provincias.—*Escenas Andaluzas*.—La pintura de costumbres en Quevedo y *El Solitario*................ 127

CAPÍTULO V.

EL NATURALISMO Y «EL SOLITARIO.»

Sumario.—Diferencia de sistema entre *El Solitario* y los novísimos escritores de costumbres.—Qué cosa se llame hoy *naturalismo* en literatura.—Balzac, Stendhal, Zola.—Equiparación de la novela naturalista con la historia.—Ventaja de *L'Histoire de la prostitution*, y otros tratados semejantes.—Mayor dificultad de la novela histórica.—Cómo informa el dinamismo contemporáneo el sistema de Zola y sus secuaces.—Espíritu de *L'Asommoir* y de *Nana*.—Superioridad de la

Gazette des Tribunaux sobre tales libros.—La causa de la familia Fenayrou y la del *Gran Escándalo* de Burdeos.—El *Asno* de Luciano y Apuleyo.—El *Satyricon* de Petronio, novela naturalista.—El bien y el mal en el arte, como en la vida.—Goethe escritor naturalista. —Comparación de las *Escenas Andaluzas* de *El Solitario* con las novelas de ahora. —Trabajos que los naturalistas debieran abandonar á la administración pública. —Suspende Estébanez, por otras ocupaciones, el cultivo asiduo de las letras........................ 165

CAPÍTULO VI.

«EL SOLITARIO» MILITAR Y ARABISTA.

Sumario.—Razón de no seguir rigurosamente el orden cronológico en esta obra.—La guerra civil y las Provincias vascas.—Nómbrase á Estébanez auditor general del ejército.—Trabajos administrativos que precedieron á su nombramiento.—Lucha sin cuartel.—Romance á *La Golondrina*.—Estébanez soldado.—Junta la jefatura política de Logroño á la auditoria.—Su iniciativa en asuntos militares.—Correspondencia con Córdova y Zarco.—Situación de España en tiempo del *Estatuto Real*.—Ideas y sentimientos de Estébanez entonces.—Carta interesante.—Radical flaqueza de aquellos gobiernos.—Exigencias encontradas.—Aflicciones del país.—Martínez de la Rosa y Toreno.—Confianza de los moderados en Mendizábal.—Correspondencia con Gayangos.—Prosigue en campaña su estudio del árabe.................................... 207

CAPÍTULO VII.

«EL SOLITARIO» POLÍTICO.

Sumario.—Cartas de Estébanez á D. Andrés Borrego sobre la situación de España en 1835 y sus remedios.—El general Córdova según Estébanez y según la historia. —¿Era á la sazón posible su dictadura?—Nueva reseña

de los principales acontecimientos políticos de aquellos días, para explicar las cartas, los deseos y la conducta de Estébanez.—Ministerio Istúriz.—Córdova en Madrid, y primer propósito de destituir á Estébanez.—Vuelve Córdova á las provincias insurrectas.—Primeras conspiraciones en el ejército.—Previsiones dolorosas de Estébanez.—Dimisión del General en jefe.—Revolución de la Granja.—Proyecto de resistencia de Estébanez con Narvaez.—Separación del ejército del Auditor general 255

CAPÍTULO VIII.

«EL SOLITARIO» NOVELISTA.

Sumario.—Vuelta de *El Solitario* á Madrid.—Renueva sus ocupaciones literarias.—Trabajos sobre el *Romancero.* —El Ateneo.—Estébanez catedrático de árabe.—El Liceo.—Nuevos periódicos literarios.—Primeros ensayos de *El Solitario* en la novela.—Proyecto de una colección de *Novelas Españolas :* su prospecto.—Lo que es y se debe al carácter nacional.—D. Santiago Usoz y Río. —¿Cómo pudo estar asociado con Estébanez?—Reimpresiones que aquél hizo de libros antiguos.—El *Cancionero de burlas.*—Disimulo de Usoz.—Diferencias y alejamiento recíproco.—Examen de la novela *Cristianos y Moriscos.*— Compárasela con otras.— Los protestantes españoles y el interés de sus obras............ 299

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO I.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el día 16 *de Julio*
del año de
1883.



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL del Maestro Valdivielso.—Un tomo, con el retrato del Autor, y un prólogo del Rdo. Padre Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 10, 25, 30, y 250 pesetas.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II y III (el 1.º con el retrato del Autor), 5, 4 y 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 7 y 1/2, 10, 25, 30 y 250 pesetas.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con un prólogo de don M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y el retrato del Autor.—Un tomo, 4 pesetas.—Tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo de LXXXVIII-304 páginas, con el retrato del Autor y un prólogo de D. Juan Valera, 4 pesetas. —Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro A. de Alarcon.—1.ª serie, (con el retrato y la biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

El Sombrero de tres picos, novela, por el mismo. —Un tomo, 3 pesetas.

Cosas que fueron, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

La Alpujarra, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

Viajes por España, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

El Solitario y su tiempo, biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras, por D. A. Cánovas del Castillo.—Tomo I, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 4 pesetas.— Ejemplares especiales á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

(De todas las obras del Sr. Alarcon hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

EDICIÓN PEQUEÑA, DE LUJO.

La Perfecta casada, por el Maestro Fr. Luís de León, con el retrato del Autor.—Un precioso tomito, con tiradas especiales en pergamino, papel china, Japón é hilo, desde 2 á 50 pesetas ejemplar encuadernado.

OBRAS EN PRENSA.

Teatro de D. A. L. de Ayala.—Tomo IV.

Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo.

El Solitario y su tiempo, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Tomo II.

Escenas andaluzas, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).

Derecho internacional, por D. Andrés Bello.

OBRAS EN PREPARACIÓN.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomo V.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcon.

JUÍCIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, del mismo.

OBRAS de D. Alejandro Pidal y Mon.

OBRAS de D. José Eusebio Caro.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DE CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de escritores castellanos* se harán á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA.

LA MUJER.—Un tomo, 4 pesetas.

ROMA.—Tres tomos, 12 pesetas.

LA VERDAD DEL PROGRESO.—Un tomo, 4 pesetas.

VIAJE DE SS. MM. Á PORTUGAL.—*La Rosa de oro.*—Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

POESÍAS, CANTARES Y LEYENDAS, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

OTRAS OBRAS

(EN DIVERSAS EDICIONES)

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON,

DE QUE HAY EJEMPLARES
Á LA VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS.

1.°—*Romancero espiritual*, del Maestro Valdivielso, con retrato del autor, grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española.—4 pesetas.

2.°—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor, grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.°—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor, grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.°—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El Tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.°—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor, grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.°—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario):* tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.°—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro*: tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.°—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El solitario y su tiempo:* tomo I:—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.°—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las*

ideas estéticas en España: tomo I (hasta fines del siglo xv).—5 pesetas.

11.—Obras de A. Bello: tomo II.—*Principios de derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro:* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La Estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Estudios de crítica literaria.*—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce, 4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor, grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos,* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la Teodicea popular: el Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general.—El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la Economía política: la Economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateismo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II y último.—Contiene: Estado actual de la

investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneistas ilustres: Moreno Nieto: Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

20.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

21.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VI.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—OBRAS DE D. VICENTE DE LA FUENTE: tomo I.—*Estudios críticos sobre la historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Ávila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo V.—*Teatro*: tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.*—*El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de Don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor, grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VI.—*Teatro*: tomo VI y último.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pesetas.

27.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VII.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: Traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—OBRAS DE D. M. CAÑETE: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael

de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias*.—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la historia y el Derecho de Aragón*: segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Melia: tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo IV (siglo XVIII).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con

introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas,* con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo, y retrato del autor, grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano,* con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias),* por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron,* traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: La continuación del tomo anterior, hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo XV.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar. —La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del Juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez, con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías.* —Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe. —5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: La continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*La ciencia española*, tercera edición, refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra, y retrato, grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas. —Epopeyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—

Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII.—*La ciencia española:* tercera edición, corregida y aumentada, tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La Mujer,* con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: séptima edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*La ciencia española:* tomo III y último (en prensa).

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.*—*El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas*: tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV,* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexiones.—Negociación y rompimiento con la república inglesa.—5 pesetas.

68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA (en prensa).

70.—*Vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella (en prensa).

71.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV,* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo, tomo IV, vol. II.

Vida de Pedro la Gasca, por Calvete de Estrella.

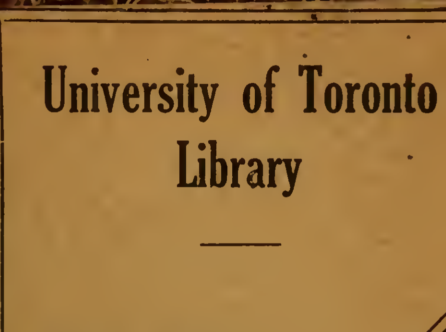
Obras sueltas de los Leonardo de Argensola.

Poesías de D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).

Obras filológicas de Andrés Bello.

Poesías de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas.




University of Toronto
Library

